



74



[Redacted]

[Redacted]

JUN 10 19

[Redacted]

PQ7297
.F37
Q8
v. 3



1020099372

1037

F

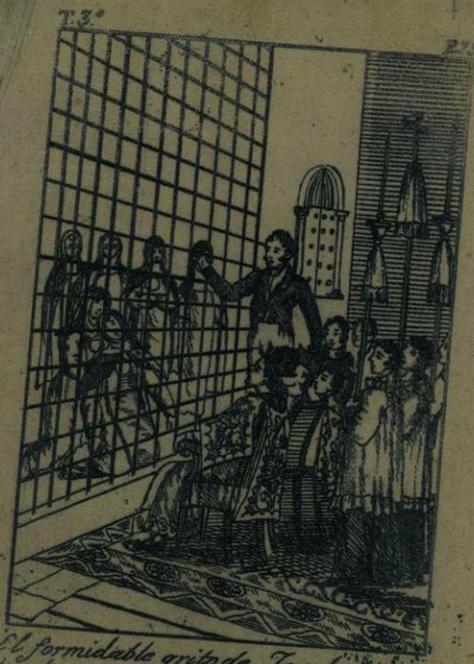
T1 52

5



RAI

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.



El formidable grito de Jacobo penetró las oídos de Carlota.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

LA QUIJOTITA

Y

SU PRIMA

HISTORIA MUY CIERTA
CON APARIENCIAS DE NOVELA.

ESCRITA

POR EL PENSADOR MEXICANO

SEGUNDA EDICION.

TOMO VII.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

MEXICO: 1831.

Imprenta de Altamirano, á cargo de Daniel
Barquera, calle de las Escalerillas núm. 11.

Se espende en el despacho de ésta oficina.

14643

II-1-14
v. 3

997297 LA QUILIQUA AI

F37

Q8

V.3

A todos y a ninguno
mis advertencias tocan
quien las siente se culpa;
el que no, que las oiga.

Y pues no vituperan
señaladas personas,
quien haga aplicaciones
con su pan se lo coma.

Tratado. Pról. fab. 1.

BIBLIOTECA CENTRAL
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO: 1931

Imprenta de Alvarado, a cargo de Don
Borja, calle de las Escuelas n. 11.
Se responde en el despacho de esta oficina.

11843

CAPITULO I
En el que se refiere el alegre día de campo
que tuvieron todos en la huerca del cura de
Tucubaya, y se comienza la triste histo-
ria de Carlota de Welster.

NADA le faltó que prevénir al señor cura
para que nuestra diversion fuera comple-
ta. En los arboles mas copados se veian pen-
didos diferentes objetos que la propor-
cionaban. En unos habia curiosos table-
ros de damas; en otros bolsas de fichas y
naipes para jugar tresillos y otras cosas
en estos instrumentos músicos: en aque-
llos libros de novelitas y poesias; algunos
estaban surtidos de barretas de fierro: otros
de pelotas y guantes. Para los que quisie-
sen ejercitar las fuerzas, y en muchos habia
reasas muy comodas para la diversion del
columpio.

Cada uno fué tomando la que mas le
inclinaba segun su edad y su temperamen-
to de sperte, que dentro de media ora ya
estaban todos destinados. Por aqui se veian
dos jugando a las damas; por alli otros to-
cando los bandolones y flautas: cuales esta-
ban tirando la barra: cuales jugando a la

355

pelota ó los naypes: ya se encontraba una señora recostada sobre un sofá leyendo un libro: ya otra cantando una aria ó un terceto, mientras las mas jovenes se divertian apedreando los arboles para bajar las frutas zasonadas, ó meciendose en los columpios, ó jugando en los cañitos de agua, ó cortando las mas fragantes rosas, con que se adornaban el pecho y las cabezas.

Parece que la inocencia y la alegría habían bajado de los cielos á aquel lugar ameno y delicioso. Yo observé, que en un instante las mugeres cortesanas de pusieron el ayre de etiqueta, y las payitas su natural encogimiento. Todas conversaban, corrían y retozaban alegres y contentas con la mayor familiaridad. Hasta Marantofia que por razon de novia debia haber estado mas acuitada (*) que las otras, andaba con todas saltando como una cabra, y trepándose á los arboles con mas ligereza que una ardilla, para tirarles á las niñas los chabacanos mas grandes, y las peritas mas maduras. Por

(*) No hay razon para que las novias se avergüencen ó se acuiten; pero ya lo han hecho costumbre, principalmente las aldeanas.

Asi permanecieron jugando y divertitiendose como hasta la una y media del dia, á lo cuya hora mandó poner las mesas el señor cura, y trató de que fueran todos á comer. Facil es conocer que las muchachas llegaron muy cansadas de retosar, y muy coloradas por el sol y el ejercicio; y las mas con alguna averia; porque unas llegaban con los tunicos rasgados, otras con los zapatos llenos de fodo, esta con un brazo raspado, aquella con la peyneta hecha pedazos; pero todas llenas de risa, sudando y rebozando la alegría por todas partes.

El señor cura las recibió con mucho agrado, y despues de que todos nos sentamos á la mesa, decia al coronel: vea V. condiscipulo, lo quanto gusto tienen estas niñas y que contentas han estado. Ciertamente que si todas las señoritas de la ciudad tubieran proporcion de divertirse si quiera cada ocho dias de esta manera, padecerian menos flatos ó hísticos que los que padecen.

El ejercicio en el campo y entre personas alegres y joviales es mucho mas provechoso para la salud y mas inocente

en lo moral que los bayles, que apadrinan por lisitos muchas personas. Pues, hablé de los bayles en general, que en lo particular ya sabemos que puede haber bayles donde se junta la honra y el provecho; pero el campo, el campo es el depositario de la alegría, de la salud, de la riqueza y de la inocencia. *ya no am. 28. y*

De esta manera alternaron sus conversaciones ya sérias, ya jocosas; pero todas instructivas ó inteligibles á aquellos pobres rústicos, á que nos acompañaban; y luego que se concluyó la comida, dió gracias á Dios el eclesiástico de quien hablamos en el cap. 1.^o folio 22. del tomo 2.^o que se llamaba don Jayme; seguimos conversando un poco mas por sobre mesa; y despues fuimos cada uno tomando nubes ó sofá ó canapé de los muchos que había debajo de la sombra de los arboles; y nosotros acostamos á reposar la siesta. *ya no am. 29. y*

Andas cuatro nos sirvieron café y chocolate, y subimos á la vivienda del párroco: allí se aguardó lo mas de la comitiva, mientras que el coronel, su esposa, su hija, la familia del donya Eufrosina y yo fuimos á dejar á los novios y sus padres

á su casa; despues de darle al cura los mas justos agradecimientos. *ya no am. 30. y*

Luego que llegamos á la pobre habitacion de estas buenas gentes, le dijo el coronel á Pascual que nada de delia de los veinte y cinco pesos que le habia pedido, y este sencilló labrador le dió mil gracias por tantos favores, sintiendo al mismo tiempo la daga que á su parecer tenia contraida con el cura, y añadia: ya yo estoy vendido y Casas. cuando me es para dós años, pos si por solos los derechos del casamiento me ha llevado quince pesos el señor cura, ¿cuantos nos llevarán por todo el gasto que ha hecho agora? Nada te llevará, me respondió el coronel; porque todo el gasto ha sido mio, y la disposición ha sido suya, lo que debemos todos agradecer, porque ninguna obligacion tenia de haberlo. Entonces redobló sus esprecciones Pascual y todos los suyos, confesándose esclavos del coronel, de su familia y de su cura. El fervor con que prorumpia aquella buena gente sus agradecidas esprecciones manifestaba que las decian de corazon, y el alegre semblante con que el coronel las escuchaba,

daba á entender que estaba satisfecho de su sinceridad: ya se ve que los beneficios que se hacen á los pobres, como que van desnudos de interés, por lo comun se perpetúan en sus corazones para el agradecimiento.

En fin, llegó la hora de despedirnos. Todos abrazamos á los novios, y les felicitamos su enlace con las palabras más sencillas; pero Ponpocita, acordandose de su genio cortésano pedantesco, dijo á Maria Antonia: me alegraré de que disfrute V. el amable consorcio de su esposo los años de Nestor y con la paz del tiempo de Augusto, Cesar, Octaviano. Atónita se quedó la pobre ranchera con esta arenga, que entendió lo mismo que si se la hubieran dicho en griego. Doña Matilde y Pudentiana hicieron por disimular la risa, y no pudiéndola, volvieron los rostros á otro lado, y se taparon las bocas con los abanicos: esto lo advirtió la payita, y pensando que se reían de ella, se acortó más, y le dijo á su madrina: y agora que digo yo, porque maldito lo que entiendo á esta niña? Dile que viva mil años, le respondió el coronel. Lo dijo así, se repitieron

los abrazos y nos marchamos para la calle. Cerca de las oraciones de la noche llegamos á las casas curales, donde nos sirvieron el refresco, y concluido, nos despedimos del señor cura y nos regresamos para esta hermosa capital, adonde llegamos en media hora, acompañados de dos mozos que nos puso Pascual para que cuidasen y volviesen al rancho los caballos.

Entramos en Méjico, paró el coche en la casa de doña Eufrosina, y todos nos apeamos en ella, llevando los mozos los caballos á su destino.

Cuando subimos á la sala encontramos en ella á un joven como de treinta años, muy bien presentado, que habia llegado á esta capital esa misma mañana, y habia ido á casa de doña Eufrosina en solicitud del caballero Labín, á quien venia recomendado de la ciudad de Wasington de donde era natural, y se llamaba Jacobo Welstér.

Este individuo nos captó la voluntad luego que comenzó á platicar, y darnos razon de su patria y del fin de su viage, que era sobre asuntos de comercio. Dijo nos que habia estado en España largo tiempo

pó, y lo acreditaba con la perfeccion con que poseia el castellano y con las exáctas noticias que daba de la península y especialmente de Madrid. Después de habernos dejado aficionados á su trato fino, y satisfechos de que era un hombre instruído, se despidió con el señor Labin, con quien se retiró, y nosotros hicimos lo mismo, pues estábamos cansados y con deseo de recoger nos temprano.

Algunos meses pasaron sin que yo advirtiese nada particular sino la mucha familiaridad que contrajo Welstér en la casa de doña Eufrosina, la que cada dia se aumentaba con las frecuentes visitas que él hacia con objeto determinado. Este era una joven hermosa llamada Carlota, hermana de Adelayda, y antigua íntima de Eufrosina y de su hija.

Desde luego el amor enredó los corazones de ambos, y por mas que hacian uno y otro por disimularle mutuamente su pasion, no podian. Cada ves que concurrían juntos, tenían sin duda un rato muy amargo. Los ojos de Jacobo se encontraban con los de Carlota y se expresaban con demasiada viveza: esta recibia las

miradas con agrado; pero en el momento apartaba la vista de su amante, manifestando la mayor indiferencia. De manera que Carlota estaba asegurada de la voluntad de Jacobo; pero este no estaba cierto de la correspondencia de su amada.

Asi pasaron como seis meses, hasta que una noche, agitado fuertemente su corazon con la memoria de su adorado objeto, y no pudiendo dormir, comenzó á dar vueltas y mas vueltas en la cama, á suspirar y hablar solo con tal tono de voz, que su compañero el señor Labin, temiendo nó estuviere enfermo, le preguntó desde su catre ¿que tenia? Jacobo respondió que nada; pero que no podia dormir. Disimuló entonces y se sosegó por unos cuantos minutos; al cabo de los cuales, volvió á su primera inquietud.

El señor Labin temió que su compañero estuviere para perder el juicio; y como lo queria mucho, trató de ver como lo serenaba, haciendose primero informar de la causa de su afliccion.

Resuelto de esta manera, se levantó, se cubrió con su ropón, se puso sus ohinelas, se dirigió á la cama de Jaco-

bo, y sentandose en ella, con el mayor cariño le dijo: Welstér amigo, ¿que tienen? ¿que te aflige? ¿por que me disimulas tu cuidado? ¿Tienes algun motivo para desconfiar de mi amistad, ó ya me he hecho indigno de la tuya...? ¿Qué? ¿inclinas la cabeza sobre el pecho? ¿me miras con vergüenza? ¿enmudeces? ¿y las lágrimas destilan de tus ojos? Vamos, Welstér: hablame por tu vida: yo me intereso en tus desventuras tanto como tú mismo: declárate, ensánchate: ¿que tienes?

Entonces Welstér, desarrollando sus sentimientos de una vez, y apretando la mano del señor Labin contra su pecho, le dijo: ¿que he de tener amigo, que he de tener? una rabia, una desesperacion, un fuego que me consume el alma. Tengo amor; si: adoro á una joven hermosa, cuyas recomendables circunstancias han avasallado mi corazon en términos que no soy dueño de mi.... Este abatimiento es vergonzoso en un hombre de mi caracter, lo confieso; pero tu eres discreto, si: tú conoces que no siempre le es muy facil al hombre el resistir á

sus pasiones: muchas veces estas nos dominan y avasallan contra lo mas poderosos gritos de la razon. En este caso me hallo: compadeceme.

Desgraciado de ti, dijo el señor Labin, si has pensado alguna vez estar escênto de las humanas flaquezas. Welstér: todos los hombres tenemos nuestras imperfecciones: nadie vive sin delitos, dijo un antiguo, y el mejor hombre es el que tiene menos. El amor es una pasion propia de las almas generosas y sensibles como la tuya. Las virtudes por sí mismas son amables y cuando se hayan en una muger hermosa nos parecen aun mas atractivas. ¿Que hay, pues, que estrañar que una criatura de estas haya rendido tu corazon al imperio violento del amor? Lo que debes ahora no es avergonzarte de amar, sino ver si puedes poseer el objeto de tu amor honestamente. ¿Cual es la señorita que te ha agradado? Carlota, dijo Jacobo, la hija del comerciante don Tadeo, que concurre á la casa de doña Eufrosina. = Y no le has declarado tu pasion? = Mis ojos le han dicho mucho, pero mi lengua

nada, pues el ser extranjero me parece que es bastante para que no me corresponda. Sin embargo: ya no puedo sufrir, y pues eres mi amigo verdadero, y me has dicho que cuente con tigo para todo, estoy resuelto á declararme. Mañana le he de escribir un villete, tú has de hacer que llegue á sus manos, y que no se quede sin respuesta. =

La empresa es opuesta á mi caracter, pero soy tu amigo, y te he empeñado mi palabra. Duerme ya sin cuidado, que mañana escribirás, y yo haré por que todo se allane. Con esto se sosegó un poco Welstér y se recogieron.

A la mañana siguiente, cuando el señor Labin se levantó, ya tenia Jacobo escrito el villete para su amada, el que puso en manos de su amigo, y este salió para la calle.

Llegó á casa del coronel, con quien etabamos almorzando, y allí nos contó lo que va referido. Doña Matilde no pudo reprimir su curiosidad, y asi rogó al señor Labin que si no lo desmerecia su confianza, y si el villete estaba sin laere, se lo leyera; por que deseaba ver como se

esplicaba Jacobo. El señor Labin condescendió con su ruego, y les leyó el papel que decia de esta manera: *Bella Carlota: yo os amo con pureza: no puedo ya resistir al dulce imperio de vuestros ojos. Decidme si os ofendo, ó si algun dia podrè esperar que hagais para siempre venturoso al infeliz Jacobo.*

¡Que poco escribe! dijo Matilde; pero se esplica bien, y V. como piensa salir de su cuidado? Facilmente, respondió el señor Labin: la señora su hermana de V. tiene mucho arte para todo, y ademas lleva una amistad muy intima con Carlota. De ella pienso valerme, y creo que pronto tendremos la respuesta en nuestra mano.

Asi fuè en efecto. A los dos dias volvió el Sr. Labin y nos manifestó la contestacion de Carlota concebida en estos términos: *Caballero Welstér: una de las virtudes que mas me agradan es la ingenuidad y sencillez. No hay para que disimular los afectos cuando son inocentes. En esta inteligencia, si V. me ama, esta correspondido, y se lograria sin duda nuestro amor con el honroso enlace que V. por*

su parte fácilita; pero por lá mia hay dos obstáculos insuperables que lo impiden. Las leyes civiles y eclesiásticas estan en nuestra contra. Yo no puedo casarme sin licencia de mi padre, opuesto siempre, no sé por que motivo, al matrimonio; y menos puedo unirme en este estado con quien no profese la religion católica. Si V. me ama como dice, haga por allanar estos inconvenientes, y podrá asegurarse de que será suyo el corazon de Carlota.

La carta me parece muy bien puesta, dijo Matilde; da á entender que la muchacha no es tonta ni loca, piensa con juicio; pero tambien es demasiado facil para corresponder: no parece sino que estaba deseando la ocasion. Cuando así sea, contestó el coronel: yo no se lo tengo á mal, pues si ella esta tan apasionada como él, desearia dar desahogo á su pasion correspondiendo á su amante. No tienen las mugeres menos derecho que los hombres para usar de lá verdad licitamente, y la misma Carlota lo da á entender cuando dice que no hay para que disimular los afectos cuando son inocentes, en lo que explica mas

de lo que parece. Finalmente, veremos en que paran estas nuevas aventuras, en que se ha metido nuestro amigo Labin.

Este, concluida la conversacion, se retiró para su casa, y entregó á Jacobo el papel de su querida. Lo leyó cinco ó seis veces, y no cabia en si de gusto al saber que contaba con el corazon de Carlota. Ahora si, decia á Labin; ahora si me tengo por el mas feliz de los mortales con la posesion de mi Carlota. Si, Méjico es ya mi patria. No tengo en Wasington ninguna cosa que me arrastre: mis padres han fallecido; mi hermana es rica, no necesita de mis auxilios para nada: la mayor parte de mis intereses estan en mi poder, y para recoger los que allá quedan, tengo buenos amigos de quienes valerme; pero aun cuando tubiera en el norte padres, deudos é intereses, todo lo abandonaria, porque todo se debe abandonar por Carlota.

Pero de qué manera piensas vencer los dos inconvenientes que ella dice; le preguntó el señor Labin, y Jacobo sin detenerse respondió: Por lo que toca á la religion, estoy resuelto á abra-

zar la católica. Este debe ser el primer paso, y por lo que respecta a persuadir a su padre para que le conceda su permiso, creo que no habrá mayor dificultad, pues yo no carezco de bienes suficientes para sostenerla con decencia, y tú y el amigo coronel tienen, a lo que entiendo, mucho influjo sobre el caballero Tadeo, y no dudo que ambos hareis por mí en tanto os sea dable.

Puedes estar seguro, dijo el señor Labini, de que el coronel y yo te serviremos en cuanto este de nuestra parte, pero en confianza de la amistad, debo advertirte: que examines bien tu corazón: mira que las pasiones aun las más puras, cuando son vehementes, nos ofuscan, y no nos dejan ver lo más cercano. Se necesita vocación así para entrar en el cristianismo, como para abrazar el matrimonio. Yo te he oído hablar siempre bien de nuestra religion, pero jamás te he observado tan dispuesto como ahora para recibirla, y esto me hace pensar que Carlota ha hecho esta repentina mutacion. Si así es entiendo que no se debe seguir a Jesu Christo por particulares intereses, sino un

amor en las mismas nociones de las bodas. Y como te convengidos, por la pureza de su ley, y por la elusion de la ley. Con que si quieres ser cristiano, mira lo que haces, registra tu interiora cesamina, el origen de tu deseo, instruyete en nuestros principios, y si despues de bien explorada tu intencion, resultare, que es recta, adapta como la mejor, y la mas cierta la religion católica. Advierte tambien que no es lo mismo desear la posesion de una muger como unger hermosa, rica, ó prendada, que desearla para esposa, madre de familia, y compañera íntica hasta la muerte. Para lo primero, hasta ser hombre, por que todo hombre se inclina a la muger; pero para lo segundo, es necesario ser católico, y conocer la virtud y gracias del sacramento del matrimonio. Aquí quando el casamiento era solamente un contrato natural, desagradaba á Dios tanto, que se ligaba únicamente por saciarse con los placeres sensuales, que en las sagradas letras se nos enseñan de aquellos siete maridos, que tuvo Sara muertos por el demonio Asnateo.

en las mismas noches de las bodas, y temiendo Tobias casarse con ella porque no le sucediera otro tanto, lo animó el ángel san Rafael diciendole: *el demonio solo tiene poder sobre aquellos que se casan sin acordarse de Dios, y únicamente para satisfacer su libidinalidad, como el caballo y el mulo que carecen de entendimiento.* (*) Si esto sucedió, según te dije, cuando el matrimonio era un mero contrato natural, que se debería esperar hoy que se haya elevado por Jesucristo a la dignidad de sacramento.

Verdad es que no oímos y referir ejemplares tan terribles como el pasado. Se casan muchos, muchísimos con el mismo fin que los maridos del Sara, y con todo eso no los mata Asmodeo; pero sobre estos casados llueven treinta mil plagas, que son á veces peores que el demonio. La pobreza, los hijos mal criados, las desconfianzas, las riñas, los celos, el desprecio y el odio son las resultas de un casamiento hecho sin vocación.

(*) Tobias 6. 17.

El matrimonio, considerado, como sacramento de la ley nueva, tienes tres fines que son: *propagar la naturaleza, aplicar la concupiscencia, y causar gracia unida.* Del logro de estos fines resultan en el matrimonio tres bienes: *el de la prole, el de la fe, y el del sacramento.* El primero consiste en tener sucesión, el segundo en la fidelidad y amor que de ben tenerse los consortes, y el tercero en que esta unión en paz y en amor sea hasta la muerte.

En inteligencia de esta doctrina, consulta bien tu corazón para que después no te arrepientas cuando pruebes los sinsabores del estado; porque ya sabes que en esta vida miserable no hay uno que no los tenga, y sería un necio el que se representara el matrimonio como un jardín lleno de flores, y sin ningunos abrojos ni malezas. Así lo pinta el amor, visto de lejos; pero luego que entramos en él, advertimos que en el mejor, en el mas pacífico y feliz no faltan algunas espinas, que aunque no hieren lastiman. Conque, vuelvo á aconsejarte que antes que te resuel-

20
vas, lo pienses bien, con la prudencia propia de tu caracter.

Así desempeñaba el caballero Labia el cargo de amigo y verdadero de Welster, y este correspondía, agradeciendo su instruccion y observando en cuanto podía, sus consejos.

No dejó de traslucirse en la tertulia de doña Eufrosina la mutua inclinacion de los dos nuevos amantes, y tanto que las amigas de Carlota la llamaban la inglesita, sobre nombre que ella no le desagradaba.

El señor Labia, usano con la resolución que tenía su amigo, acabó de hacerse católico, fué a casa del coronel y la participó muy placentero. Doña Matilde, desconfiando de la verdad de la vocacion, le dijo: yo me alegrare de que piense el ingles en ser cristiano; pero dudo de que lo quiera ser de veras, Carlota se puede lisonjear de esta repentina conversion; aunque yo no quiero creerla todavía; antes juzgo que si como ella es cristiana, fuera moro o judío, Welster se volveria judío no con la misma facilidad que quiere

21
ser cristiano. Es mucha la fuerza del amor.

Es cierto, le dijo su marido; pero aun cuando Jacobo quiera abrazar la religion católica por interes de Carlota no es extraño. La verdad que siendo este solo el motivo, no es muy raro; pero la mujer fiel sacrifica al marido infiel, y muchas veces Dios se ha valido de las mugeres como de medios oportunos para la conversion de los gentiles y aun de reynos enteros. Descubriendo San Pablo a los de Corinto, destruyéndolo con doctrinas sagradas la iglesia de Cristo que comenzaba entonces, y no estaba aun bien enseñada, entre otros preceptos que les dio fue este: si alguna mujer cristiana está casada con varon infiel, no lo deje, ni se aparte de él, porque algunas ha sucedido que el marido infiel vino a ser santo por medio de la mujer cristiana. Estas palabras traslado; San Gerónimo a una noble señora romana llamada Leta, mujer de Toxicobato, hijo de santa Paula, del cual tenía un hijo del propio nombre.

Esto para que hemos de citar casos particulares en prueba de esta ver-

22
dad; cuando sabemos que las mugeres cristianas, colocadas en los tronos, hicieron cristiana la mayor parte de la Europa, atrayendo al cristianismo á sus maridos. Por medio de ellas recibieron el evangelio la Francia, la Inglaterra, parte de la Alemania, la Baviera, la Hungría, la Bohemia, la Lituania, la Polonia &c., y tambien por su medio renunciaron el Arrianismo la España y la Lombardia. Con que nada nuevo será que Carlota sea el instrumento de la conversion de Jacobo. ¡Ojala hubiera mil Carlotas que atrajeran al gremio de la verdadera religion otro tanto número de Welstéres!

Ya me conveniste, dijo Matilde; pero satisface mi curiosidad que quiere saber como pasó la España del arrianismo á nuestra religion por medio de una muger, y que muger fué esa, pues hasta ahora oigo semejante cosa.

Te daré gusto, dijo el conde, citándome á la posible brevedad. Habiendose hecho dueño de casi toda la España Lecvigildo, casó de segundas nupcias con Goshinda, y estableció á Hermenegildo su hijo rey de Sevilla, y dandole por es-

23
posa á Ingunda, hija de Sigisberto rey de Austracia.

Ingunda era catolica y su suegra arriana; pero tan apasionada por su secta, que no omitia diligencia para atraer á ella á cuantos podia. Ingunda debía merecer este cuidado á su buena suegra. En efecto, esta empleo las caricias, las amenazas, la autoridad, el desprecio, los ultrages hasta llegar á arrastrarla de los cabellos; pero todo fue en vano, pues la reyna cristiana resistió con una inflexible firmeza sus malos tratamientos, y con tan heroyea paciencia que todo lo disimulo y oculto á su marido, sin quejarse jamas, ni faltar al respeto y afabilidad á su cruel enemiga.

Sin embargo, fueron tales los excesos de Gosvinda que llegó á saberlos Hermenegildo y admirado de la virtud de su esposa, conocio, en el contraste de ambos procederes, la diferencia de las dos religiones, y juzgo que la de Ingunda no podia inspirar tanta virtud sin ser la verdadera.

Con este pensamiento se dirigió á su tio san Leandro Obispo, quien lo ins-

trojó en los misterios de la fe y abjuró el arrianismo. Este fué el día de mayor gozo para su virtuosa muger, que no le duró mucho, pues habiendo sabido Leovigildo la conversion de su hijo, se irritó contra él furiosamente, y procuró reducirlo á su antigua secta á toda costa.

Probó los medios de la dulzura, le salieron vanos, y se valió del poder. Se dirigió á Sevilla, la sitió, la tomó, y cayó Hermenegildo en sus manos.

Fue puesto en una prision, y cuando Leovigildo se cansó de mortificarlo, le envió á crecer su libertad, y restituyó á su troño como se convirtiera al arrianismo. El santo preso despreció las ofertas con resolución cristiana.

Por segunda vez le envió su padre á su hermano Recaredo, asegurándole que lo admitiría á su gracia con la condicion sola de que recibiese la comunión de mano de un sacerdote arriano. Respondió Hermenegildo que la religion católica no permitia estos disimulos en la fe. Esto irritó á Leovigildo tanto que inmediatamente mandó que le cortasen la cabeza en la prision. Su esposa huyó con su

hijo Teodorico á la Africa, donde á poco murieron los dos.

Leovigildo despues lloró la muerte de su hijo, y su sentimiento se convirtió en un odio mortal contra los católicos. Desterró á los obispos y al mismo san Leandro su cuñado: despojó las iglesias de sus bienes y ornamentos: quitó la vida á los mas ricos y poderosos señores, y cometió otras crueldades semejantes.

En el mismo año se enfermó de muerte, y sucedió una cosa rara estando próximo á ella, y fué que mandó llamar á san Leandro para que instruyese á su hijo Recaredo en los dogmas de la religion católica, y deseando que su hijo fuera cristiano, el murió herege, sin querer abrazar una religion, cuya verdad conoció á las orillas del sepulcro. En una palabra, la virtud de Ingunda convirtió á Hermenegildo, y la sangre de este martir se logro en la conversion de su hermano Recaredo y de toda la nacion de los Godos de España.

Esta es en breve la historia, que hace ver como una muger fué el medio, de que Dios se valió para que sea me-

nos de dos años casi toda la nacion Goda abjurase el arrianismo. Por qué no se podrá valer de Carlota para que Jacobo deteste los errores de los anabaptistas que es la secta que profesa, segun sabemos por mi amigo Labin?

Asi es, dijo este, y á mas de esa cristiana esperanza, que es la mejor, tenemos otra que se puede llamar política, y consiste en que Welster es muy sensible, tiene talento, ha vivido mucho tiempo entre los catolicos, y está mas que medianamente instruido en nuestra religion. Yo estoy acabandolo de catequizar, y creo que no me costará mucho trabajo. El muchas veces ayudami diécurso con sus solidas reflexiones. Si ustedes lo oyeran probar la verdad de nuestra santa religion por principios sencillos y evidentes, se complacieran demasiado.

Ay y como que si, dijo Matilde: quando nos hace V. favor de traerlo para que tengamos ese gusto? Esta misma noche, dijo el señor Labin. = Pues quedamos en eso, no se olvide.

Aqui acabaron estos señores su conversacion, y yo el capitulo.

CAPITULO II.

Welster resuelve incorporarse á la iglesia catolica: hace un análisis de los fundamentos mas sólidos de nuestra religion: recibe el bautismo, y va á la Habana á negocios de comercio.

Como habia de quedar mal el señor Labin? A la noche fué con su camarada Welster, segun que lo ofreció, y ambos fueron recibidos de todos los de casa con general complacencia.

Se les sirvió un refresco que se les habia prevenido, y poco despues, no pudiendo Matilde resistir mas á la curiosidad que la devoraba, dijo: señor Welster: ya hemos sabido la resolucion de V. sobre hacerse cristiano, y nos hemos alegrado mucho, y hemos dicho que semejante resolucion prueba bien el talento de V.

Gracias, señora, contestó Jacobo, por el favorable concepto en que ustedes me tienen; pero mi determinacion mas es obra del convencimiento de la verdad, que del escaso talento mio?

Pues qué, está V. plenamente convencido de la verdad de nuestra reli-

gion? = Si no lo estubiera, desde luego no variaria de comunión: no soy tan débil. = No puedo comprehender como haya sido tan pronto convencimiento. = Oiga V. señora: el largo tiempo que he vivido con los católicos, la íntima amistad que he llevado con algunos de las luces y probidad del caballero esposo de V. y del señor Labin, y la tal cual instruccion que he tenido por los libros que he leído, despertaron días hace en mi corazón unos vehementes deseos de incorporarme en vuestra religion; pero siempre resisti á ellos, haciendome violencia; porque esperaba volver á mi patria, y no me determinaba á sufrir con constancia los desprecios y aun ultrajes que tendria que experimentar de los míos cuando supieran que habia variado de religion; pero ahora que estoy resuelto á docimiliarme para siempre en esta capital, no tengo ya que temer, y así quiero acallar los incesantes gritos que la verdad me da en el corazón, haciendome católico con todo gusto, y convencido de la solidez de los principios de vuestra religion.

V. dispense mi curiosidad, dijo Matilde; pero yo quisiera saber que principios fundamentales son los que han persuadido á V. esa verdad? Voy á darle á V. gusto, señorita; dijo Welster, y prosigio de esta manera: seis son para mí los principios mas fundamentales de vuestra religion, que me han atraído á su gremio, y que me parece serian bastantes para persuadir á cualquiera que los escaminase sin pasión.

Estos son los siguientes: 1. Las revelaciones. 2. La pureza de la moral de Jesucristo. 3. Sus milagros y su resurreccion incontestables. 4. El modo con que se estableció la religion. 5. La constancia y la uniformidad de la tradicion. 6. y último. La perseverancia y union de la iglesia católica.

Si atendemos á las revelaciones, se ven exactamente cumplidas en la persona de Jesucristo, habiendo sido escritas en tiempos muy antes de su venida, en diversos lugares, en distintas épocas, y por distintos profetas. De estas revelaciones fueron algunas tan circunstanciadas y profijas, que unas parecen historias de

lo pasado que predicciones de lo futuro. Tales son las del santo rey David. Este profeta anuncio el nacimiento, la vida, pasion y muerte de Jesucristo con tanta escrupulosidad, que no deja la menor duda en que fué el Mesias prometido por los antiguos padres y profetas.

Si examinamos la moral de Jesucristo, la hallamos pura, opuesta al impetu de las pasiones, y la mas propia para conseguir aun en esta vida la felicidad á que todo hombre aspira. Esto es, la paz del corazon.

Es cierto que sus reglas son dificiles para el hombre natural ó segun sus inclinaciones en el estado natural. Refrenar nuestros apetitos, dar á otros nuestros bienes, perdonar los agravios, y hacer bien á los que nos injurian, son, sin duda, unas leyes muy desconformes con nuestra natural inclinacion; pero por eso son tanto mas elevadas y heroyicas las virtudes que deben resultar de su observancia.

Los milagros de Jesucristo, y su resurreccion, fueron muy publicos. Sus mismos enemigos, los que lo aborrecian

de muerte, los que lo calumniaron en los tribunales, lo malquistaron con el pueblo y lo hicieron morir en un suplicio, jamas se atrevieron á negar que los hizo. Ellos quisieron deprimir su mérito, fingiendo patrañas y atribuyendo su virtud al poder de Beelzebub del Demonio; pero no se atrevieron á negar los hechos; ni como podrian, cuando estos fueron tan públicos y repetidos. Todos los milagros del Mesias fueron hechos delante de testigos, que á veces se contaron á millares.

Su resurreccion tuvo igual caracter de verdad. Predicha por él mismo, cosa que no se atrevió á hacer Mahoma ni el seductor mas famoso, se verificó. Sus enemigos lo habian oido muchas veces de su boca y la temieron: por esto tomaron todas las precauciones oportunas. Pusieron guardias que custodiaran el sepulcro: serian escogidas y bien pagadas. Este sepulcro estaba bien serrado con una losa muy pesada; sin embargo, Jesucristo resucitó dentro del plazo que habia prefijado, y sus enemigos, no pudiendo negar la sobrenatural falta del cadaver, dicen que los centinelas se durmieron y que

mientras se robaron el cuerpo los discipulos. Mas ¿es posible que todos se durmieron? ¿es creible que los amigos de Jesucristo rompiéran el sepulcro, levantaran la pesada piedra y estrageran el cuerpo con tanto silencio que no despertó ninguno de los soldados? ¿Acaso estarian ébrios? pero ébrios ó dormidos, ellos no vieron robar el cadáver segun aseguraron, y sin embargo fueron creidos sobre su palabra. Tenian los ojos cerrados y depusieron del robo como testigos de vista. ¡Que contradicciones tan absurdas!

Si atendemos á la moral de Jesucristo y al modo con que estableció su religion, nos hemos de confirmar en su verdad. La moral opuesta á las pasiones, es desagradable á los hombres: por lo mismo debía de haber sido poco seguida la del Mesias, y mucho menos segun el modo de su establecimiento. Este fué mas raro y mas maravilloso.

Considerémoslo comenzado por Jesucristo y perfeccionado en su virtud por los apóstoles. ¿Quien fué Jesucristo en el mundo? Un hijo de un artesano y de una

costurera, (*) nobles en su origen; pero humildes, oscuros y abatidos por su mucha pobreza y ningun nombre. ¿Quiénes fueron los apóstoles sus principales agentes? Unos pobres, idiotas, sin dinero ni representacion en la república. Estos establecieron la religion católica ¿y como? jesucristo no prometiendole riquezas ni delicias temporales, no ampliando el libertinage de los hombres, no auxiliado de la fuerza de las armas, no alucinando con fábulas ni mentiras á los pueblos idólatras y necias, como lo hizo el impostor Mahoma para establecer su ridículo y absurdo partido; sino predicando humildad, pobreza y mortificacion: chocándose contra la opinion comun de todo el mundo: solo, sin mas auxilio que sus penetrantes palabras, su santo ejemplo y sus muchos milagros. De manera

(*) Por tal era tenido de los que ignoraban que señor san José era su padre estimativo, pues Jesucristo no tuvo padre en cuanto hombre, por haber sido su concepcion sin concurso de varon. Esto lo saben los niños de la escuela; mas no es ocioso decirlo aqui. Los libros van á manos de sabios ó ignorantes.

que como dice un escritor francés: Jesucristo, humanamente hablando, hizo todo lo necesario para no conseguir el establecimiento de la religión. Con todo esto, los hombres lo seguían en turbas, lo confesaron hijo de Dios, y tendían sus capas en Jerusalén cuando lo recibieron con ramos cantándole: *alégrese en las alturas: alégrate, hijo de David.* ¿Esto no maravilla? ¿no pasma? ¿no prueba hasta la evidencia que este Jesucristo era el Mesías verdadero? ¿Cual otro de los seductores que ha habido ha establecido su ley tan áspera, tan contradicha por los hombres, tan desagradable á sus pasiones, tan sin humanos auxilios, y milagrosamente acreditada?... Señores, perdónen ustedes que me exalte. Yo me entusiasmo en favor de la religión católica, cuando hablo de ella seriamente, y concidero que sus principios son tan evidentes, que me parece que basta el criterio humano para convencernos de su verdad.

¡Siga V. señor Jacobo, dijo el coronel pues V. mismo no sabe el gusto que nos da, cuando se explica en una materia que nos debe ser la mas interesante!

Yo agradezco mucho á ustedes su política condescendencia, dijo Welstér; pero ciertamente me enageno cuando considero estas cosas; y ya quisiera hallarme perfectamente instruido en vuestra religión para recibir cuanto antes el bautismo, que es la puerta, según enseña la fe, para entrar al gremio de la iglesia.

Pero como no se ha de arrebatar mi espíritu, señores, al considerar lo que me falta que decir? Mientras que Jesucristo, este sagrado Legislador vivió, pudieron haberse engañado los que lo seguían en fuerza de sus promesas: pudieron haber creído con la esperanza de mejor fortuna; ¿pero que debían haber hecho cuando lo vieron preso y acusado ante los jueces por hechicero, revolucionario, y traidor contra el Cesar Romano? ¿Qué, cuando lo vieron morir por esta causa en un afrentoso suplicio? La razón natural nos dicta que debían haberse arrepentido de haber seguido su doctrina, y detestado para siempre sus máximas y hasta su nombre. Mucho buenos que esto se necesita para que los hombres

se abandonen unos á otros. Solo el ser pobre es una causa muy eficaz para que se desconozcan los parientes. ¿Que se debía esperar que hicieran los apóstoles con Jesucristo despues de verlo muerto afrentosamente en una cruz por su doctrina? A los principios hicieron lo que se debía esperar de cualquier hombre. Huyeron, lo negaron, se escondieron y lo abandonaron, refugiandose con Maria en un meson. Y despues ¿que sucedió? Bajó sobre ellos el espíritu de Dios vieron á Cristo, y predicaron al Mesias con la mas santa intrepidez. San Pedro el mas cobarde de los apóstoles, pues espantado por una mugercilla, negó á su maestro, asegurando que ni lo conocia, fué el primero que predicó su doctrina en Jerusalem; pero ¿con qué viveza y con qué espíritu? sus primeras palabras mas parecen reconvençiones de juez que persuasiones de orador; y sin embargo, se convierten millares de enemigos de Jesucristo á Jesucristo mismo en el primer sermón. Esto no es obra de los hombres.

Comenzaron á verse perseguidos los apóstoles por su predicacion: fueron apri-

sionados, fueron entregados á las afrentas y á la muerte, que sufrieron por sostener el crédito de su máestro.

Pero acaso los apóstoles como amigos de Jesucristo le profesaban una muy tierna voluata, y encaprichados se dejaron matar por su amor. Esto sería una objecion ridícula, pero fuera tal vez suficiente para alucinar á los incautos; mas qué diremos de los demas discípulos, y qué de tantos mártires que sin haber conocido á Jesucristo, derramaron por el su sangre con tanta libertad que corria por las calles se enturviaban con ella los rios, se cansaban los tiranos de derramarla, y enfadados de tanto confesor de Jesucristo que se ofrecia al martirio, les decian: si tanta gana tenéis de morir, mataos por vuestra mano. ¿Que diremos de esto repito, sino que es verdadera la fé del Crucificado? Un autor vuestro de gran fama (*) dice que es preciso creer unos testigos que se dejan degollar.

Si atendemos á la tradicion ¿qué cosa mas igual ni mas constante? Desde

(*) Pascal.

Jesucristo hasta nosotros todos han profesado una misma fe, han creído unas mismas cosas y han ido fundados sobre unos mismos principios. Es increíble que si hubiera habido falcedad en este sistema, no se hubiera descubierto entre tantos hombres sabios que han predicado la pureza de la religion, como un Pablo tan inmediato á Jesucristo, y como un Agustin, un Gerónimo y otras no muy distantes de la publicacion del Evangelio; pero todos inmediatos ó distantes han ido acordes con sus principios.

Por último, yo he leído el tratado de las variaciones de las iglesias protestantes, sabiamente escrito por el señor Bossuet, y veo en él como cada iglesia ó comunidad ha padecido notables alteraciones en sus artículos, en sus dogmas y en sus cultos; cosa que no advierto en la religion de Jesucristo, pues esta, á pesar de sus muchas y sangrientas persecuciones, ha sido siempre una, santa, católica, apostólica, romana. Una, porque es uno el Dios á quien adora, una la fe que profesa, uno el bautismo, una la cabeza invisible de la iglesia que

es Jesucristo, y una su cabeza visible que es el Pontífice de Roma. Santa es porque es santa su cabeza invisible santa la fe que profesa, santa su ley, sus misterios y sacramentos, y solo en ella puede haber santos como los ha habido, los hay y los habrá hasta el fin del mundo. Católica se llama que es lo mismo que universal, porque en todas las naciones que le abrazan es una misma, sin variacion alguna en la fe, en los preceptos, en los sacramentos ni en cosa substancial; y por que ninguno puede salvarse fuera de su gremio. Lámase tambien Apostólica porque fué fundada por Jesucristo en sus apóstoles, y por último, se dice romana, porque su príncipe visible, que es el Papa, reside en Roma, y por quanto los católicos son miembros de una iglesia que tiene tan honorosos epítetos, se honran llamándose cristianos, católicos, apostólicos romanos. Estos son en breve, señorita, los motivos que yo he tenido para decidirme por la religion de vuestros padres. Decidme si tengo razon, ó si he procedido con

oldia Doña Matilde enternecida no supo
 responder; pero el coronel la desempe-
 ñó, abrazando a Jacobo y diciéndole: *V*
 verdaderamente pertenece a la herencia
 del Señor: El lo condujo aquí y lo ha
 hecho radicar por unos caminos impre-
 vistos. Yo me glorio del que ya ya se
 vi muy buen cristiano, pues se ha es-
 plicado mas bien como un neófito. Dele gra-
 cias al padre de las luces, pues se las ha
 querido comunicar tan ampliamente. *Y*
 apresúrese para recibir el bautismo.
 Jacobo correspondió estas afectuo-
 sas expresiones, manifestando sus deseos,
 y el señor Labin dijo que estaba muy pro-
 pósito a recibirlo, por que apenas le falta-
 ba que saber, de manera que para el do-
 mingo inmediato tenia dispuesta la función
 que debia de ser en el Sagrario, por ser
 la parroquia a que correspondia, para lo
 qual habia visto ya al señor arzobispo,
 quien tenia dispuestas todas las cosas por-
 que Jacobo lo habia elegido ya él para
 padrino. Con esto y otras conversaciones
 se discurrió la velada por esta vez.

En la víspera del domingo citado

fué el señor Labin a convidar al coronel
 y a su familia para el bautismo. Este
 caballero aceptó con gusto el convite, y
 al dia siguiente fuimos todos para la igle-
 sia. El adorno del templo y lo lucido de
 la concurrencia dieron todo el lleno a la
 función. Lo augusto de las ceremonias
 y la modestia del neófito enterneció a los
 circunstantes, penetrándose los corazones
 de amor y respeto hacia nuestra sagrada
 religion. Llegó por fin, la hora tan deseada
 de Jacobo: se hizo junto a la fuente y
 recibió el sagrado bautismo, que se dig-
 nó administrar el ilustrísimo señor ar-
 zobispo de esta diócesis. Feliz acto
 en que la iglesia católica recibió en su
 seno a tan buen hijo, regocijándose con
 este nuevo triunfo de la fe. *Después*
que recibió el sagrado bati-
 smo, en el que a petición suya se pu-
 sieron por nombre *Agustin*, se cantó un
 solemne *Te Deum* y se celebró el san-
 to sacrificio de la misa, en cuyo tiem-
 po recibió el adorable sacramento del al-
 tar con la mayor humildad y sumisión.

tando la más devota compostura. Concluida la función religiosa, desnudó en la sacristia la vestidura blanca, y habiendo correspondido los abrazos y parabienes que le dieron los convidados, tomaron todos sus coches, y se dirigieron para la casa de doña Eufrosina en donde se habia preparado el refresco. La sala estaba llena de señoras, y ya se deja entender que no faltaria entre ellas Carlotita. Estaba alli en efecto, vestida muy de gala y mas hermosa que nunca. Su regocijo era inesplicable en el instante que vió á Welstér: este tuvo mucho que hacer para disimular su pasión; mas ella no tenia entonces la prudencia necesaria, y mas de dos veces advirtió que estaba á pique de declarar su amor, á pesar de la presencia de su padre, cuyo respeto la contenia. Sin embargo, como la alegría era general y la bulla mucha, se ocultaron sus cariñosas imprudencias, á lo menos para los que ignoraban sus amores. Todo aquel día se pasó en pláticas y diversiones agradables, y á la noche se concluyeron con un lucido bayle.

Desques que se acabó, se retiró don Tadeo con Carlota para su casa, Welstér con Labin para la suya, y todos hicieron lo mismo.

Muy contento Welstér de verse admitido en el grémio de la iglesia católica, trataba ya de arreglar sus intereses temporales, para lo que le fué necesario ir á la Habana; pero antes tuvo cuidado de asegurarse de la firmeza de Carlota. Hizo mil experiencias que todas correspondieron á sus deseos, y cuando ya no le quedó ninguna duda de que lo amaba muy de veras, le dió por escrito palabra de esponsales, y un rico cintillo de brillantes, en señal de que la cumpliria.

Carlota recibió ambas cosas con el gusto que se deja conocer, y las correspondió de igual manera. Le dió su palabra firmada de su mano, y un relicario de oro con su retrato, que recibió Welstér con la mayor satisfacion.

Llegó por fin el dia de la partida, y como doña Eufrosina estaba ya impuesta en los negocios de Carlota, se le facilitó á esta la ocasion de despedirse en su casa de su amante. Para esto fué á

visitarla con Adelayda a la hora en que la había citado Welster, pero no bien se vieron, cuando asomó a sus ojos un sentimiento de sus corazones. Esta vista pareció de duelo. El señor Labin procuró disminuir el martirio, acelerando la despedida. Llegó el momento crítico, y no pudiendo disimular la vehemencia de su pasión, se abrazaron los dos públicamente; se juraron de nuevo su firmeza, renovando con mil tiernas expresiones las promesas que se tenían hechas por escrito, y se separaron con el dolor que es fácil conocer.

El rato fué de los mas tristes que podía experimentar la sensible Carlota. A todos interesa una mujer hermosa y afligida: no fué mucho que doña Eufrosina, Adelayda, y algunas otras vistas de confianza la acompañaran en su llanto.

Luego que se serenaron, trató Adelayda de consolar a su hermana, asegurándole que la vuelta de Welster sería pronta, según había ofrecido, y que al instante se casaría y se convertirían aquellas lágrimas en gustos. Carlota algo se consolaba con esto; pero no dejaba de te-

mer la inflexibilidad de su padre tan tenazmente opuesto al matrimonio; á lo que Adelayda le decía: no tengas miedo, hermana: no es tan bravo el león como parece; nuestro papa es de capricho; pero tambien suele variar de opinion. ¿No te acuerdas cuánto trabajo costó para persuadirlo a que permitiera mi casamiento? El no quería; pero por fin se redajo y consintió; pues lo mismo será contigo. A los principios se opondrá, te reñirá y aun te llenará de amenazas; pero despues poco á poco se irá amansando; hasta que consigas tu deseo. Yo misma te prometo ser tu empeño, y te juro que no me saldrá vanos mis esfuerzos.

Con estas expresiones se consoló un poco mas Carlota, y se despidió de Eufrosina. ¡Pobrecita! el escito no correspondió á estas lisonjeras esperanzas, como se verá en el capitulo que sigue.

CAPITULO III.

Descubre Adelayda los amores de Carlota á su padre: se indigna este, y la hace recibir por fuerza el hábito de monja: pasa el año del noviciado, y llega Welster la

víspera de la profecion.

Qué cierto es que el interés es la piedra de toque de la virtud y la amistad. Muchos afectan muy bien la probidad y la amistad mas constante; pero apenas media el mas ligero choque por causa de intereses, quando se quita el oro aparente del honor y la constancia, y se descubre el vil metal del vicio y de la falsedad. Esto mismo experimentó Carlota con su hermana.

Un mes hacia que se había embarcado Welster, quando un dia de repente llegó a casa de Carlota una criada con un papelito de su hermana, por el que esta le pedia prestado el cintillo que le había dado Jacobo.

No era mezquina Carlota: varias cosas le había dado a su hermana en clase de prestadas, y ni habían vuelto, ni ella se las cobraba nunca; pero no fué tan generosa con el cintillo de su amante. Redondamente se lo negó, diciéndole: que ya sabia que podía mandar en todo quanto tenia, menos en el cintillo de Welster, por que llegar a nada suyo

era llegar á las niñas de sus ojos. Adelayda, como no acostumbrada á semejantes negativas, se enfureció, y propósito vengarse de su hermana.

Dejó pasar como ocho dias; y al cabo de ellos fué á visitarla, y la halló cosiendo con Doña Ana, que era una señora viuda, ya vieja, y tía de las dos, que tenia don Tadeo en su casa para que acompañara á Carlota. Esta Señora queria mucho á su sobrina y era depositaria de sus secretos; motivo porque no receló de ella Adelayda.

Luego que entró abrazó á su hermana con mucho cariño y començaron á hablar. Le preguntó que como le iba de ausencia, á lo que Carlota contestó con sencillez, que cada dia estrañaba mas á su Jacobo, Ya te considero, mi alma, como estaras, decía la pérfida hermana: y tienes mil razones de estar triste: no es para menos el lance, por que ciertamente que Welster tiene mil prendas: yo no he visto joven mas fino ni mas amable; sobre que yo no tengo las relaciones que tú con él, y lo quiero tanto que ya no veo las horas de que venga y que se ca-

se para poder decirle *hermano*. Y no, no pienses que estas son pobladas mias. Mira: aqui te traigo esta purera para que cuando venga se la regates en mi nombre. Ella no tiene nada de particular sino haberla yo hecho con mis manos. Diciendo esto, le dio una purera de chaquirá muy bien hecha, con un letreiro que la ceñia por enmedio, y decia: *Carlota á su amado Weisler*. Loca de contenta quedo la cándida Carlota con el regalo de su hermana. Le dio las gracias y unas argollas de oro, con lo que quedo la purerita bien pagada.

Preparada la intriga, la consumo Adelayda diciendo: anda, niña, que me negaras tu cintillo el otro día. *Hermanita*: respondió Carlota: no te enojes: pero ya ves que el cintillo... = Si, si, tienes razon. Carlota, y si no lo hicieras así, no fueras gente: pero yo no queria el cintillo mas que para cotejarlo con uno que me venden. Aqui te lo traigo: miralo, y prestame el tuyo á ver si se parecen.

Entonces sacó Carlota el cintillo de uno de los secretos de la almohadilla, donde tambien estaba la palabra de Weis-

tér y algunas cartas. Adelayda lo observó todo, vió el cintillo y se lo volvió diciendole: ahí puedes guardar la purerita. Carlota recibió el consejo y platicaron de otras cosas. Le sacó á su hermana vino, queso y viscochos, y dentro de breve rato se despidió.

¿Quién habia de esperar de una hermana una villanía, y menos no habiendo dado motivo? Ello es que sucedió, porque es mucha la malicia de los hombres, y no se queda atrás la de las mugeres. A los cuatro ó cinco dias espío Adelayda la hora en que su hermana salia á misa con la tia doña Ana, y cuando la vió en la calle, se entro en su casa donde habia al viejo don Tadeo costando dinero. Lo saludó con mucho cariño, le besó la mano, se sentó y comenzó á hacer su negocio de este modo: Papa, ¿que está V. haciendo balance para darle su parte á Carlota? ¿Y para qué quiere dinero Carlota? dijo su padre. ¿Como para qué? ¿pues no está ya para casarse? = ¿Para casarse Carlota? = Si, señor. ¿Ahora está V. en eso? Dias hace que está preñada y parabrada con don Agustín Jacobo Weisler,

ese inglés que se bautizó el otro día en el Sagrario; y que visitava tanto á Eufrosinita. Vaya, tu has venido de gorja, decia el viejo: cuando la pobre de mi hija piensa en eso, y mucho menos con un extranjero á quien apenas habrá visto tres veces?

Tres veces: dijo Adelayda: trecientas se han visto en cuatro dias ó cuatro meses que se conocen... Vaya, no dude V. ni lo quiera alucinar mi hermana. Registre V. su almoadilla y se convencerá de que no vine á engañarlo; sino á descubrirle la verdad; porque V. al fin es mi padre y me duele mas que ella. Ya se ve que si V. quiere que se case, que se case enorabuena. V. es tambien su padre, y sabe lo que hace.

¿Que se case? decia el viejo, echando lumbre por los ojos: primero la vea yo hecha pedazos. Esperame aqui, voy á sacar su almoadilla. La sacó en efecto, y la traidora hermana puso en sus manos los papeles, el cintillo y la purera. Cuando el viejo vió las cartas y la palabra de Welster, poco faltó para que no se echara por un balcon Tal estaba de eiego de la colera.

La pérflida Adelayda lo sereno diciendole: no es menester. señor, que V. se incomode tanto, ni que lo pague su salud: con modo se haran bien todas las cosas V. es su padre y si no quiere que se case, no se casará aunque el mundo se venga abajo. El caso es que sepa V. sostenerse para que otra vez no le pierda á V. el respeto. Castiguela V; pero sin encolerizarse, y eso que sea el castigo moderado, pues. por que es mi hermana, y es fuerza que me duela. Diciendo esto se despidió.

A poco rato volvió Carlota de misa y la llamó su padre á una pieza retirada de la casa. Cuando entró en ella, cerró la puerta con llave, y le dijo que se sentara. La infeliz Carlota se sento toda temblando y él dijo ¿sabes que eres mi hija? ¿sabes lo que me debes? y por último ¿sabes la autoridad que tengo sobre tí?—Si señor.—¿Pues como tan sin honor, tan sin vergüenza te has atrevido á ofrecerte por muger á un hombre vil, sin consultar conmigo? ¿No sabes que una hija de familia no debe tener mas voluntad que la de su padre, y que no

es dueña ni de sus pensamientos? pues como te has arrojado á amar á ese hombre sin mi licencia, hasta el estremo de recibirle papeles, y regalos? Ea, no te pongas desenfadada, no tiembles: yo no habia de memoria: estoy bien informado de tu conducta, y te voy á poner testigos que no te atreverás á desmentir... Conoces esta purera; ves este cintillo: entiendes la letra de estos papeles. Vamos; hija ingrata, indecente, sin vergüenza; no te confundes convencida de tus criminales procederés: Habla, respóndeme, disculpate si puedes.

La desdichada Carlota, no pudiendo negar lo que tantos documentos aseguraban, hecha un mar de lágrimas se arrojó á los pies de su padre, y le dijo: es verdad, señor, que he tenido la debilidad de corresponder á los afectos de Weistér. Si es delito el amor, yo he amado, lo confieso; pero ahora ya no tengo mas remedio que pedirle á V. perdón de mi delito. Si, amado papa: perdóne V. á esta desdichada.

Está bien contestó don Tadeo con toda gravedad; pero me has de dar pa-

labra de ser monja y de aborrecer para siempre á ese infame Weistér. Qué decis. Ah señor! respondió Carlota: no merece Weistér que le aborrescan. Cuando el rayo se desprende de la nube no hace mas estrago que el que hieleron en el corazón de aquel infame padre, quien arrojando á la infeliz Carlota y batiéndola en sangre á bofetadas, le decía hija vil, hija ingrata, y atrevida: así me faltas al respeto: Ah! no estás contenta con proceder mal! sino que en mi propia cara haces alarde de tu infame liviandad? Yo te pondré en unas recogidas para siempre.

Así que se cansó de golpearla, se paseaba furioso por el cuarto; mientras la triste Carlota permanecía en un idílico estado de ruidos, batiendo la sangre de su rostro con las lágrimas que corrían de sus ojos.

Un espectáculo semejante hubiérale enternecido á un león; pero aquel viejo estaba empedregado. No podía apesadumbradamente frotando una con otra, arañar la barba le temblaba debajo de la barba; sus ojos despedían sobre Carlota unas miradas

das de fuego, y con un tono de voz de condenado le decia: Con que, maldita, no quieres darme gusto no quieres aborrecer á ese vil ni ser monja: Te has empeñado en llenar de amargura el corazon de este tu pobre padre: ¿Quieres abreviar mis dias y dar conmigo en el sepulcro, Pues anda, hija ingrata y desconocida; no seas monja no; pero asi el cielo derrame sobre tí sus maldiciones: confundida y arrastrada te veas en este mundo: jamás tu corazon pruebe los placeres de la paz: sea toda tu vida un círculo de afrentas, dolores y miserias, y en la hora inevitable de tu muerte, el Dios eterno que me escucha, permita que no halles confesor que te absuelva, para que muriendo impenitente, recibas en los infiernos por toda la eternidad el premio de tu tenaz inobediencia.

No pudo la inocente Carlota soportar el temor que le infundieron estas impías ésesecraciones, (*) y asi, trémula,

(*) Es una vulgaridad creer que siempre se cumplen las maldiciones de los padres. Cuando son injustas no hay para qué temerlas; por que Dios no affige á sus criaturas

descolorida y palpitandole fuertementé el corazon, se abalanzo á los pies de su cruel padre, se los beso mil veces, los empapó con sus lagrimas, y apenas artiondando las palabras le decia: ya esta, papa de mi alma: ya esta, yo seré monja, y cuanto quisiere, pero deje ya de maldecirme. Entonces el cruel viejo, aparestando una alegre serenidad la levanto en sus brazos, y estrechandola en ellos le decia: ya no hay nada, Carlota: ya no hay nada. Tu eres mi hija y estás obligada á obedecerme, asi como debo amarte por ser tu padre, Con tal que me des gusto y me cumplas esa palabra, ya no te recibiré en mi vida; antes te recibiré á mi gracia, y solo por complacer un mal deseo, sin embargo, el maldecir es un vicio y una costumbre reprobada aun cuando se maldiga con razon; porque nunca hay razon para maldecir. Muchas veces Dios ha permitido que se cumplan las maldiciones de los padres por castigo de ellos mismos. Asi como sus bendiciones afirman la felicidad de los hijos, sus maldiciones destruyen hasta los cimientos de las casas. Esto lo dice el mismo Dios en las divinas escrituras. Ecl. 3. V. 11. no es mucho pues, que haya tantas familias desgraciadas habiendo tantos padres maldicientes,

te daré gusto como siempre, y abinlocaab
 Vamos, sientate, serenate, no llores;
 sí yo te quiero mucho, si eres mi hija
 no te he de amar? Ahora, que imposi-
 bles te pido? Que seas monja? Mira tú
 cuál es el daño que te hago? Acaso
 crees que en los conventos se pasa mala
 vida? No, hija, todo lo contrario: cuan-
 tas están allí están contentas, sin echar
 menos la calle para nada. Qué te podrá
 faltarte en el convento, allí tendrás tu cel-
 da muy compuesta, tus macetas, tus pa-
 jaritos, y cuántas golocinas apetezcas.
 No te faltará un peso que gastar con
 libertad, ni amigas con quien amistar.
 Tampoco carecerás de diversion, pues
 en los conventos tienen sus días de re-
 creo, sus rejas, sus visitas, y azoteas; ha-
 cen también sus máscaras y mogigam-
 gas, sus comedias, sus jamaicas. En fin,
 no extrañan la calle para nada.

A mas de esto ya sabes que mi her-
 mana es la abadeza: con ella vivirás y
 te tratará como tu tia y como que te
 quiere y te ha querido tanto. Por es-
 ta misma razon, y las monjas y las niñas
 te traerán en las palmas de las manos

6. Ultimamente, tu vas á asegurarte de los
 peligros de este mundo, y vas á alenarte
 de la gracia de Dios, á merecerte la bien-
 olaventuranza con tus virtudes, y á ser na-
 da menos que esposa del mismo Jesu-
 cristo. Quieres mas dicha? Quieres mas
 satisfaccion? Quieres mas gloria? como
 oxido. Conque que dices; te resuelves á
 aborrecer á Welster y ser monja? Ay papá!
 respondió Carlota sin poder interrumpir su
 llanto, ya me dixerás. V. que seré monja
 pero aborrecer á Welster es imposible.
 Vaya, vaya: tu estás apasionada; te dis-
 culpo: al fin eres muchacha, y no sabes
 lo que hablas ni lo que haces. Me con-
 sienten con que seas monja. En el con-
 vento, despues que no sepas de Wel-
 ster, cuando pasen dos años, y no tengas
 ni esperanzas de verlo, se apagará den-
 tu pecho esa llama que ha encendido tu
 infame seductor, y ya no te volverás á
 acordar de él; pero es preciso acelerar
 este paso antes que se enfrie esta vocacion.
 Mientras vuelvo vistete, y serenate, Te de-
 jo encerrada, por que no quiero que tú
 y las criadas te vengáis á incomodar ni á in-
 formarse de lo que ha pasado. Ya vuelvo!

Diciendo esto, el viejo la encerró
 y se salió para la calle. Fácil es con-
 cebir que Carlota, viéndose sola, se desahoga
 en su satisfacción, y se bañó en su llanto
 mil veces besando el retrato de Welster.
 que no se le olvidaba del pecho, le decía
 como si hablara con él mismo: ¿dónde
 estás hoy! Jacobo, de mi vida, hechizo
 de mis ojos, bien de mi corazón. Pa-
 ra que veniste á esta tierra que te ha-
 bían de ser tan azarosa; para que me
 amaste tanto de veras, y ya que me amas-
 te, para que te ausentaste de mis ojos;
 Ah Welster, desdichado! Ven, vuelven
 las alas del amor al socorrer á tu infe-
 liz Carlota: mira que te la arrebatan de
 los brazos. Sí; yo te voy á perder
 eternamente. Ya no volveré á ver ese sem-
 blante tan lindo de candor y de inocen-
 cia; ya no escucharé de tu boca aque-
 llas violetas expresiones, y aquellos ino-
 cibles sentimientos que me manifestaban
 tu amor puro; ya no tendré la gloria de
 verte estrecharte entre mis brazos:
 ya huyó de mi corazón aquella dison-
 ción y esperanza que me alentaba de poder
 alguna vez llamarte mio. Ay desdicha-

da Carlota! Ya se acabaron para tí los
 días de la serenidad y la alegría. Sepul-
 tada en una horrible prisión, vas á
 perder á Jacobo para siempre. Wel-
 ster, mi amado, Welster, mi esposo, mi
 ven, corre, favorece á esta muger aman-
 te y desgraciada. La fuerza del dolor oprimió el cora-
 zon de esta infelice, anudó su lengua, he-
 ló su sangre, y la hizo sucumbir á su ve-
 hemencia. Cayó privada, al pié de un ca-
 napé sin soltar el retrato de su amante.
 Así estuvo algún tiempo hasta que
 naturalmente volvió en sí, y advirtiendo
 que había pasado largo rato, y que podía
 ya volver su padre, escondió el retrato
 se limpió los ojos y se vistió. Apenas había acabado, cuando en-
 tró don Tadeo y le mandó se pusiera el
 túnico negro y la mantilla. Obedeció al
 instante, y tomándola el padre de la ma-
 no la bajó la escalera, y entrando los
 dos en un coche, la llevó al convento,
 en cuya portería la estaba esperando la
 abadesa. Esta la recibió con mil carinos y la
 introdujo en su habitación. Como don

Tadeo tenía dinero, facilitó todas las cosas de modo que al tercer día tomó el hábito de religiosa. Esto fué con tal secreto que ni doña Eufrosina, ni ninguna de sus amigas, ni su hermana Adelayda, ni las mismas criadas de su casa lo percibieron, ni pudieron rastrear su paradero por mas pesquisas que hacian.

El viejo se unió con la abadesa, y entre los dos tomaron todas las precauciones necesarias para impedir que Carlota avisara á nadie de la calle donde estaba. Continuamente tenia sobre sí los ojos de la tia, ó de una monja de su conuansá: no se le permitia jamas bajar á la puerta, subir á la azotea, ni tener refugio de prohibió absolutamente toda amistad dentro del convento: se le quitó de la celda el tintorero, se le impidió bajo de graves penas que hablara sino con la abadesa ó con la monja perpetua centinela, y para acabar de quitarle todo recurso, se la hacia dormir sola en un cuarto, bajo de llave.

La infeliz novicia cayó en la mas negra melancolia. Siempre llorando sola,

y sin hablar con nadie del convento, se entregó á rienda suelta á la tristeza. A muchas instancias y regaños comia un bocadito; el sueño se retiró de sus ojos, y con semejante vida en cuatro dias se estragó su salud notablemente. Ella se puso flaca y descolorida en términos que infundia compasion á quantos la miraban. Su confesor con quien podia haber tenido algun desahogo, estaba coludido con su padre, y así en vez de consolarla, la reprehendia asperamente, tratandola de loca y de inconstante.

Tantos verdugos juntos dieron con ella en una cama, donde padecio mas de seis meses. Cuando avisó la abadesa á su padre que estaba de peligro, y que no la aseguraban los médicos; respondió: ¡ojala se muera! mas bien la quiero muerta que casada.

No se cumplieron sus indignos deseos; porque ya por la resistencia de su edad y su constitucion, ó por los auxilios de la medicina, se fué restableciendo poco á poco, hasta que logró ponerse en pie.

Quando se levanto de la cama se halló con otra niña que tenia la abadesa,

llamada Irene, con quien le permitieron amistarle, pero sin perderla de vista como siempre. Esta joven era muy amable y padecía la misma enfermedad que Carlota; esto es, estaba apasionada por un hombre de bien; pero era pobre, y los padres de ella para ver si lo olvidaba, la pusieron en el convento. Asi que las dos se comunicaron sus penas, estrecharon mas su amistad, y se consolaban ó horaban mutuamente con mucho disimulo, por temor de su imprudente vigilancia, pero degemos á Carlota cumpliendo su año de noviciado mientras nos dirigimos á la Habana para saber que es lo que hacia Welstér.

Este, luego que llego, comenzó á realizar sus proyectos con la mayor eficacia para regresarse pronto á esta ciudad. Ya casi los habia concluido felizmente, cuando una tarde andando de paseo, se quebró la caleza, cayó con él, y le lastimó una pierna tan malamente, que los cirujanos temian que la perdiera.

Siete meses estuvo en una cama sin poderse levantar, hasta que por fin, á costa de sufrimiento y de dinero, logró quedar enteramente bueno.

No tanto lo desesperaba su mal, cuanto no tener noticia de Carlota. Tres veces le escribio, y otras tantas se quedo esperando la respuesta; pero como la habia de tener si en Mejico no sabian sus conocidos donde estaba? El señor Labin, á quien venian las cartas de Jacobo, se volvia loco por inquirir el paradero de Carlota; pero todas sus diligencias eran vanas. Mil veces llego á pensar que la habia matado su cruel padre. Como que era amigo verdadero de Jacobo tomaba el mayor interes en serenarlo, y asi unas veces le decia: que estaba en una hacienda al tiempo que salio el correo marítimo, otras, que estaba algo enferma, y otras, que se habia ectraviado la contestacion en el camino.

Esto acongojaba demasiado al sensible Welstér, porque atribuia el silencio de Carlota á alguna inconstancia mugeril; y asi apenas se alivio, cuando se embarco para este reyno, sin dar noticia de su viaje á su intimo Labin.

Ya se acercaba el tiempo en que estos dos amantes apuraran de una vez el amargo caliz de su última separacion. Las

horas volabou para apresurar el fatal momento. Jacobo desembarco sin novedad en Veracruz, y como su pasion era vehemente, no pudo sosegar: trató de acelerar su viage á esta capital, y lo verificó á marchas dobles.

Dos dias faltaban para la profesion de Carlota, y ella no habia tenido un rato proporcionado para escribir al señor Labin, como deseaba; por que su vigilante cuidadora estaba en esos dias mas alerta que nunca por especial encargo de su padre.

Pero no todas han de ser desgracias en la vida. Un accidente, que pudo ser funesto, facilitó esta ocasion deseada. La antevíspera de la profecion, como á las doce de la noche, acometió á la abadeza un fuerte insulto apoplético. Se albororó el convento: llamaron al confesor y al médico, y en estas horas nadie pensaba sino en restablecer la salud á la prelada. entraban y salian en su celda atropoyadamente y nadie se acordaba ni su perpetua cuidadora. Ella aprovechó estos preciosos instantes, y cojiendo una pluma y una poca de tinta en un vasito, se entró a escribir á su recámara, quedándose Irene guardando la puerta con

disimulo para que no la sorprendieran.

A las cinco de la mañana volvió en sí la abadeza, sin sentir ningunas resultas temibles del pasado ataque. Todas se retiraron, y la centinela de Carlota, no pudiendo ya resistir el sueño, se quedo dormida como una piedra, y esto sirvió para dar lugar á enviar el papel á Labin. El interés todo lo vence, y así no se dificulto encontrar una moza que desempeñara bien su encargo.

Todo salio como se habia de menester. A las ocho del dia ya habia recibido el Sr Labin el papel de Carlota, y luego que lo leyó, se penetró de compasion ácia ella, y de rabia contra su indigno padre. Despidió á la mandadera muy contenta por que le dió dos posos, rogándole mucho que pusiera la respuesta con todo recato en manos de la misma que le habia dado el papel primero.

No bien salio la mandadera de su casa, quando el señor Labin se dirigió á la de su amigo el coronel, á quien dio parte del suseso.

A todos intereso la desgracia de Carlota, y le rogamos que nos léese la car-

ta de esta á Welstér. Labin condecen-
 dio, y sacando el papel leyó de esta
 manera. *Jacobo: la suerte está echada en
 nuestro daño. Mañana profesaré contra
 mi voluntad. Te voy á perder para
 siempre, siendo un cruel padre la causa
 de mi separacion. El sepulcro se abri-
 rá bajo de mis pies luego que me li-
 gue con los votos. Voy á morir, por-
 que no he de poder vivir sin tí. Solo
 te ruego por aquellos momentos dicho-
 sos, en que me asegurabas tu firmeza,
 que no me olvides, y si alguna vez, os-
 tigado de mi debilidad, te consagrare
 á otra hermosura mas dichosa, acuérda-
 te, á ~~lo~~ menos de tu infelicitima Car-
 lota, en cuyo corazon vivirá tu memo-
 ria eternamente. A Dios, á Dios, Wel-
 tér amado mio.*

Todos nos enternecimos con la las-
 timosa despedida de Carlota y quando
 estábamos compadeciéndola, entró en la
 sala su padre el tirano don Tadeo. Su
 vista nos sorprendió, y al coronel lo lle-
 nó de tal colera que apenas pudo di-
 simularla. La sangre se replegó á su
 corazon, segun lo dió á entender lo des-

colorido del semblante; pero como esta-
 ba dotado de bastante prudencia, recibió
 al impío viejo con su acostumbrada ur-
 banidad. Este, á pocos momentos, apa-
 rentando que le hacian un gran fa-
 vor en revelar el gran secreto refi-
 rió que su hija era monja, que iba á
 profesar el dia siguiente, y concluyó
 convidándolo y á todos sus amigos para
 la funcion prevenida.

Entonces el coronel, no pudiendo
 encubrir su indignacion, le dijo: temo
 mucho señor don Tadeo, que esta niña
 va á profesar contra su voluntad una
 vida, de que quisiera desprenderse en este
 instante. El secreto que V. á guarda-
 do, ocultándonos por un año el lugar
 en donde se hallaba, por mas preguntas
 que se le han hecho, me asegura de
 este temor. Si ella hubiera entrado con
 verdadera vocacion, con pleno conoci-
 miento de lo que hacia, y con delibe-
 rada voluntad, no habia un justo moti-
 vo para que V. negara la verdad. Lo
 cierto es que mi cuñada, sus amigas, su
 misma hermana doña Adelayda no han sa-
 cado de V. sino equívocos pueriles cuan-

do le han preguntado por ella, luego nada mas se necesita para inferir, y aun para asegurar que su ingreso al convento fué forzado, lo mismo que será su profesión.

Si así fuere, yo a.e. admiro, me asombro, extraño esta violencia en el juicioso talento de V. y considerándolo padre de esta niña desgraciada, me espanto de que en un padre quepa semejante crueldad. Accion menos tirana mera que V. dividiere su corazon con un puñal, que no que la obligue á condenarse por su boca á una prision eterna sin delito.

No es V. ignorante, amigo don Fa-
deor: sabe V. muy bien que la autoridad de los padres no llega hasta el extremo de violentar á los hijos á que abracen un estado para el que no tienen vocacion: esto es, para violentarlos sin justicia.

El mismo autor de la naturaleza, aquel gran Dios que nos crió y nos conserva, y que es arbitrio de la vida y de la muerte de los hombre, no quiso apropiarse su alvedrio; sino que los dejó en plena posesion absoluta de su voluntad, para que obrasen en todo se-

gun les pareciese. Pues si el dueño de los hombres les deja esta inestimable libertad ¿porqué los padres han de querer apropiarse unos derechos que el mismo Dios renunció en favor de los miseros mortales? Si este soberano Monarca hubiera querido, nos habria quitado la libertad, y en este caso obedeceriamos su voluntad con el mismo mecanismo que el sol la luna y las estrellas; pero no seriamos merecedores de premio ó del castigo. La voluntad del hombre, bien ó mal dirigida, hace que se haga digno del odio ó del amor del Ser supremo, y por lo mismo, acreedor á unas penas ó á unas felicidades eternas. Vea V. amigo, si podrán los padres forzar á sus hijos á abrazar un estado de cuya buena eleccion depende su felicidad temporal y eterna.

El santo y general Concilio de Trento inspirado por el Espíritu de Dios y en consideracion á estas cosas, fulmina una terrible excomunion contra aquellos padres temerarios, que tienen la sacrilega osadía de violentar á sus hijas para ser monjas. Pero acaso V. no me creer

Voy á traerle el mismo texto del sagrado Concilio, para que se convenga por sus ojos Vamos aquí esta el libro. Hágame V. favor de leer las propias palabras que dictó aquel sagrado Congreso, inspirado por el Espíritu de la verdad.

Tomó don Tadeo con harta repugnancia el libro, y leyó de esta manera. = *El santo Concilio excomulga á todas y á cada una de las personas de cualquier calidad ó condición que fueren, así clérigos como legos, seculares ó regulares, aunque gocen de cualquier dignidad, si obligan de cualquier modo, á alguna doncella ó viuda, ó á cualquier otra mujer..... á entrar contra su voluntad en monasterio, ó á tomar el hábito de cualquier religión, ó á hacer la profecion; y la misma pena fulmina contra los que dieren consejo, auxilio ó favor; y contra los que sabiendo que entra en el monasterio, ó toma el hábito ó hace la profecion contra su voluntad, concurren de algun modo á estos actos, ó con su presencia. ó con su consentimiento, ó con su autoridad....*

Sesion 25 cap. 18.

Todo esto está muy bueno, dijo el obstinado viejo; pero no habla conmigo, porque Carlota va á profesar con su voluntad, y ella misma me encargó que no publicara que era monja hasta este día, porque no queria tener visitas, y yo no he hecho mas que condescender con su gusto.

El coronel, conociendo la malicia de don Tadeo, le dijo: está muy bien amigo: la niña profesará como V. quiere; pero yo sé y muy bien que no profesará con su voluntad. En fin, V. es su padre, lo quiere así y basta; pero acaso en los infiernos se acordará del coronel Rodrigo, cuando maldiga su avaricia que es la causa de sacrificar al claustro la voluntad de Carlota, ofrecida por ella misma á Welstér. Todo lo sabemos, y ya no puedo disimular mi justa indignacion. Es V. un hombre pérfido, un ciudadano inútil y un padre verdugo. Por no desmenbrar su capital, dándole á su hija la legítima que le corresponde, la va á entregar á la última desgracia, separandola de su inocente amante, y condenandola á una eterna desesperacion.

Pero vaya V. señor don Tadeo: haga creer á su hija que tiene sobre su voluntad un poder que Dios no le concederá, compre seductores á su antojo: válgase de medios reprobados y haga las infamias que pueda, que algun dia, algun dia se ha de acordar de mi en los infiernos, cuando sorprendido por la muerte, conozca la fuerza de estas verdades y maldiga en los abismos el poder de su maldito dinero.

No, no será V. el primer padre que gemirá en aquellos obscuros calabozos. ¡Cuántos están allá por la misma causa! Muchos, don Tadeo, muchos han ido á los infiernos por violentar el alvedrio de sus hijas. Las han hecho ser monjas por reservar el dinero, el mismo dinero que no aprovecharon sus hijas, pero lo tiraron sus sobrinos en juegos, bureos y diversiones.

En fin, señor don Tadeo: V. dispense si me he cesedido en favor de la infelice Carlota, de quien presumo, ó sé con evidencia que va á profesar contra su voluntad y deme por escusado del convite.

Todos digeron lo mismo, y don Tadeo se salió avergonzado, pero no arrepentido de su maldito proceder. Luego que llegó á su casa se le olvido la sería reprehencion del coronel, y se entretuvo en disponer las cosas para el siguiente dia. Es mucho el poder de la avaricia.

Toda aquella mañana la ocupó en sus particulares negocios, y á la tarde.... pero hagámos una visita en su convento á la desventurada Carlota. Hasta las tres no tuvo lugar Irene de darle la carta de Labin. Abriola muy sobresaltada, y apenas vio la de su querido Welstér y reconoció la letra, cuando se enterneció su corazon sensible, y las lágrimas salieron á sus ojos. Beso el papel innumerales veces, lo humedeció con su copioso llanto, lo apretó contra su pecho y su mano trémula iba á romper la cubierta, cuando la llamo, la abadesa para que leyera un libro devoto, y mando á Irene que hiciera chocolate.

En ese mismo tiempo llegó Welstér á Méjico, y se dirigió con su equipage al meson que llaman de la Herradura, no habiendo ido desde luego á la casa de La-

bin, por escusar que lo incomodaran los mozos y las caballerías.

No bien anocheó, cuando tomó la capa y se fué para la casa de Carlota, deseoso de informarse por sí mismo de su salud y de su proceder. Se paró con disimulo en la puerta del sahuán para observár lo que pudiera. Pero cual fué su asombro cuando advirtió el alboroto que había? Entraban y salían muy alegres los mozos de servicio metiendo cajones de dulces y viscochos, fuentes, vasos, mesas, ramos de flores y otras cosas. No pudo contenerse, y acercándose al portero poniéndole en la mano un peso para tabaco, le dijo: amigo: V. dispense: dígame V. ¿quien vive en esta casa, y por qué causa hay ahora tanta bulla? Estos preparativos son para alguna boda, porque á lo menos así me lo parece. Señor: dijo el portero: aqui vive mi amo el señor don Tadeo Gonzalez de la Mora, y la bulla que V. ve es porque se está disponiendo el refresco para mañana que profesa de monja su niña la señorita doña Carlota en el convento de... ¿Quien amigo, quien dice V. que profe-

sa? pregunto Welstér con mucha precipitacion, y el portero le decia con igual flema: ya no dije, señor, que la niña Carlota. = ¿La hermana de doña Adelaida? = Si señor. = ¿Aquella joven muy hermosa que tiene un lunar debajo de la barba? = Si, señor: esa, esa mismísima es la que va á profesar. = Hombre, V. se engaña. Si eso no puede ser. Sobre que esa niña está para casarse. = Eso yo no sé; pero vaya V. mañana al convento y alli saldrá de la duda; y V. perdone que no le de mas contesta, porque me está gritando el amo. Con esto se despidió el portero, y Welstér se fué para el meson, lleno de las ideas mas tristes, y no queriendo creer lo que pasaba.

No pudo conciliar el sueño en esa noche, y así luego que vió la luz del dia se vistió y comenzó á pasearse por su cuarto, deseando que llegara la hora de ir á la iglesia para ver por sus ojos lo que le habia dicho el portero, á haciendo contra la inocente Carlota los mas injustos discursos.

Llegó por fin la hora funesta, tomó una taza de café, y entrándose en el

templo vió ó hizo lo que sabrà el lector si quisiere leer el capítulo que sigue.

CAPITULO IV.

En el que se concluye la historia de Jacobo y de Carlota.

NO hay que esperar firmeza en esta vida. Todos los hombres son variables; pero mas que los hombres las mugeres. Ellas son el deposito del fingimiento y la supercheria. Sus ternezas son adulaciones, y sus mas firmes juramentos no pasan de unas mentiras estudiadas. Mal haya el que se cree de unos entes tan débiles y miserables que abusan de los dotes de la naturaleza y de la ternura de su sexo para engañar un corazón sensible y generoso. Mas ¿quien no se creerá de una muger hermosa cuando jura y promete ser firme hasta la muerte, y mas si llama el llanto para que sostenga su mentira? Las lágrimas y los suspiros son unos arbitrios eficaces, que tienen á mano estas viles criaturas intrigantes para alucinar á los incautos....

De esta ó de peor manera pensa-

ba Welstér dentro del templo, creyéndose agraviado de su amante Carlota; pero no pensaba con razon, porque hay mugeres fieles que conocen las leyes del honor y saben cumplir firmemente su palabra; mas Welstér no entendia de eso. En aquellos instantes no pensaba sino en tomar satisfaccion de la inconstante Carlota, que tal concepto le merecia.

Se entró por fin al templo y se acomodó cerca del coro: comenzó la misa y siguió el sermon segun se acostumbraba. El orador pondero las virtudes de la novicia con arreglo á las instrucciones de su padre, y entre otras cosas decia *cui comparabo te, del cui asimolavo te, filia Jerusalem?* ¿á quien te compararé, á quien te asemejaré, feliz Carlota, hija de Dios y destinada para la celestial Jerusalem? Tú, en la tierna edad de diez y seis años (*) supiste despreciar la vanidad, y con pié firme hollaste un mundo faláz que te seducia

(*) Solo cumplidos los diez y seis años se debe admitir la profesion: haciendose con menor edad es nula por disposicion del citado Concilio, Ses. 25 cap. 15.

con tus placeres y pompas, lisongeras, para seguir con tu cruz á Jesucristo tu esposo predilecto....

Jacobo oía el sermón y cada palabra del orador heria su espíritu vivamente, renovando el mal juicio que se había formado de Carlota.

Concluida la misa, el preste y los ministros del altar se dirigieron al coro para solemnizar la profesion. Las religiosas se ordenaron en dos filas con vela en mano, la abadeza tomó el lugar que le correspondia, y entonces Wels-tér que estaba muy inmediato á la reja pudo ver bien á su amada Carlota. Esta tenia los ojos bajos, y su macilento semblante manifestaba su estragada salud. Jacobo la veia de hito en hito, observava las ceremonias religiosas, y escuchaba los cánticos sagrados con una atencion imperturbable. Amaba tiernamente á Carlota, y su vista renovó su cariño; pero al mismo tiempo se creia abandonado de ella sin motivo, en un instante convertia en odio mortal aquel afecto, que volvia á desechar para quererla. De modo que su atribulado co-

razon batallaba á un tiempo con dos pasiones opuestas entre si, el aborrecimiento y el amor, y sintiéndose agitado de las dos, no tenia libertad para decidirse por ninguna.

Entre estos amargos momentos llegó el de la profesion de Carlota. El sacerdote le hizo una exhortacion breve y patética acerca de la vida religiosa, durante la cual, ella no alzaba los ojos de la tierra que estaba regando con sus lagrimas. Asi que el sacerdote concluyó, pasó la novicia á hacer la profesion en sus manos. Cada movimiento, cada palabra de ella era un puñal con que atravesaba el corazón de Jacobo sin saberlo. Este la contemplaba sin moverse; pero cuando la oyó decir, aunque con débil voz: *yo soror Carlota de Jesus: hago voto y prometo....* no pudo contenerse: perdió el juicio, se olvidó de la prudencia, y sin atender al lugar en donde estaba, con una voz fuerte é indignada le dijo: *¿que prometes.... perjura?... ¿me conoces?*

El formidable grito de Jacobo penetró los oidos de Carlota. Levantó sus ojos abatidos y los dirigió ácia donde ma-

el eco pavoroso, conoció á su amante, y con una voz desfallecida dijo: ¡Ay Wels-tér.....! la fuerza..... No pudo articular otra palabra. Un sudor frio bañó su hermoso rostro: su vista se eclipsó: la convulsion sacudió sus miembros fuertemente, y hubiera caido en tierra desmayada, si no la hubierøn sostenido las monjas.

Todos se sorprendieron con tan inesperada novedad. Un sordo mormullo se estendió por el templo: Labin, que habia ido con el cura don Jayme para cerciorarse de la profesion, y estaba cerca del coro, luego que oyó á su amigo Wels-tér, corrió adonde estaba y le dijo: ya es menester que te sostengas. El escándalo es mucho. Haslo tú, por mi, le respondió Welstér; porque yo no estoy para hacer ni decir cosa á derechas. El oficial Labin que acababa de dar el consejo, luego que se alló comisionado por su amigo, se embarazó, y no se atrevia á hablar una palabra; pero el cura lo sacó del cuidado. Se acercó á la silla del preste, y le dijo: me consta que esta profesion, en caso de ser, será violenta: sirvase V. hacer que se suspenda, mientras

vamos á dar parte del caso á su Illma. Acuerdele á la abadesa la excomunion del Concilio, por si quisiere hacer una violencia. Dicho esto, llamó á Labin y á Wels-tér, y entrando en un coche, partieron al palacio arzobispal.

En un momento llegaron é informaron al señor Arzobispo, quien mandó que fuera el secretario, que llamase á la novicia á un confesonario para que libremente le digese si era su gusto profesar ó no, y que en caso de que no quisiera, inmediatamente notificara á la abadesa en su nombre que le diese su ropa de secular, y se la entregara; lo cual verificadó, pasára á aquella señora á la casa del conde de la Roca, en la que se mantendria en clase de depositada, hasta que el señor Virrey determinase si podia o no casarse.

Entre tanto que esto pasaba en palacio, volvió en si Carlota, y creyendose ligada con los votos, y desunida para siempre de su amante, prorrumpio en tan amargo llanto, y en tan lastimosas exclamaciones. que enterneció á todos los circunstantes. Solo su padre estaba inflexible, y como le digeron que habian ido

á consultar al Arzobispo, temia se le frustraran sus intentos, y agitaba á la abadesa para que recibiera la profesion de su hija: pero el sacerdote que presidia aquel acto, lo embarazo cuanto pudo, hasta que volvieron Labin, el cura Welstér y el secretario.

Sin pérdida de tiempo practico este último las ordenes del prelado; y habiendo Carlota protestado la fuerza con que iba á profesar, porque su intencion era ser esposa de Welstér, notifico á la abadesa se la entregára pena de excomunion mayor reservada al Arzobispo. La abadesa obedecio al punto. Llevaron á Carlota para adentro, la vistieron de secular, y despues la bajaron á la portería donde la esperaba Welstér y sus amigos.

Luego que se la entregaron al secretario y se vio libre de las monjas, corrió á Jacobo y lo abrazó sin hablar una palabra, porque las lágrimas se lo impedían. Ella no tuvo ni miramiento ni vergüenza en aquel acto. ¡Qué cierto es que una pasión vehemente no deja reflexionar en nada! Don Tadeo, que todos estos lances presenciaba, hubiera

querido matar á su hija y á Welstér cuando los vio abrazarse; pero sus amigos le impidieron acercarse á ellos.

Sin embargo, ya que no podia usar de su mano contra ella, usaba de la lengua, llenándola de oprobios, y confundiéndola entre sus acostumbradas maldiciones, que no atendió Carlota, embriagada con el gusto de haber visto á su esposo, y de haberse escapado de ser monja: bien que el secretario y los demás señores, hicieron mucho por no dar lugar á que oyera á su padre, apresurando la despedida de las monjas; y luego que esta ceremonia se concluyó, la subieron al coche, y la condujeron á la casa del conde.

Naturalmente nos interesa el bien de nuestros semejantes, y así toda la gente que habia presenciado este raro suceso, y se habia informado de la causa y circunstancias de él, felicitaban á Carlota. ¡Pobrecita! decían: ¡gracias á Dios que ya no fué monja á fuerza! maldito sea el viejo codicioso de su padre.

Ya se sabe cuanta es la desvergüenza de un pueblo conmovido. Estas pa-

labras no las decian en voz baja, sino muy recio para que las oyera don Tadeo, que se quedó pateando y blasfemando en la portería. Sus amigos lo fueron dejando uno por uno, hasta que lo dejaron todos, y él se quedó solo repitiendo: ya no es monja, ya no es monja, maldito sea su padre. El cochero y el page temiendo que las gentes rabiosas no hicieran con él alguna tropellía, y conociendo al mismo tiempo que no tenia el juicio en su lugar, cargaron con él, y lo metieron en el coche, acompañandolo el page para que fuera mas seguro. De esta suerte lo condujeron á su casa.

Entretanto, el secretario y sus compañeros entregaron la noble depositada al conde y á su esposa, con recomendacion del arzobispo, y estos señores la recibieron con las mas sincéras demostraciones de cariño y ternura, luego que supieron sus desgracias, asegurando á Welstér que descansára en su cuidado, pues ellos no solo se dedicarían á complacerla, sino que se valdrian de la estimacion que merecian al Virey, para que informado de la ninguna justicia que

tenia don Tadeo, le dispensara la edad, y concediera su permiso para que se casasen cuanto antes.

Se despidió Welstér y los demas señores, de los condes, y suplicando al secretario que los acompañase, fueron á palacio en la misma hora, é informaron á S. E. de lo acaesido. El Virey dijo á Welstér que pusiera su pretencion por escrito, y que resultando cierto cuanto esponia, podia esperar un decreto favorable en justicia. Con esto se retiraron todos muy consolados. Dejaron al señor secretario en el arzobispado, despues de haber dado las debidas gracias á su Illma. Luego el señor Labin llevó á Welstér á su meson, y él con el cura fué á casa de don Tadeo, para consolarlo y persuadirlo á que desistiera de la tenáz resistencia que oponia para el casamiento de su hija.

Trabajo costó al cochero poner el coche frente á la puerta de don Tadeo, porque la gente pleveya se habia agolpado allí, y casi no dejaba pasar á nadie por la calle. La causa era, que don Tadeo les estaba arrojando por el

balcon los dulces, viscochos y licores prevenidos para el refresco. Subieron Labin y el cura, y lo encontraron solo en su sala y en la mas ridicula figura; porque estaba sin casaca, con el chaleco desatacado, la camisa rota hasta la cintura, con la barriga y la calva al aire, porque habia tirado la peluca, y todo él hecho un asco, lleno de dulce, empapado en vino, pero muy afanado en tirar á la calle hasta los vasos, repitiendo sin cesar: ya no es monja: maldito sea su padre.

El señor Labin y el cura se compadecieron del miserable viejo: procurando consolarlo y hacerlo sosegar; pero todo era en vano. Por momentos se ponía mas furioso.

A este tiempo entró su hija Adelayda, y apenas la vió cuando creyendo quizá que era Carlota, lleno de la furia mas infernal, le dijo: no hay herencia, maldita, no la esperes, y diciéndole esto, le tiró con un frasco de cristal con tanta fuerza y tal tino, que se lo hizo pedazos en la cara. Cayó en tierra Adelayda bañada en sangre, y su

padre sobre ella dándole furiosas puñaldas. y aun la hubiera ahorcado con sus manos, si no entrara el cochero y el paje, con cuyo auxilio pudieron librarla el señor Labin y el padre cura.

Lo ataron como era regular, lo metieron á su recámara: pusieron en otra á la desventurada Adelayda: llamaron un médico: se encargó el cura de cuidar la casa en compañía del escribiente, que por casualidad llegó á ese tiempo, y el señor Labin pasó á informar á S. E., quien, como que conocia su honrada conducta, le previno por orden escrita que recogiese todos sus papeles, las llaves de las arcas, y se hiciese cargo de todos los intereses, inventariándolos con noticia del cajero mayor, y reteniéndolos en custodia. cuidando al mismo tiempo de la salud de don Tadeo.

Todo se hizo como el virrey determinó. A Adelayda la pasaron á su casa en una camilla, porque podia perjudicarla mas el movimiento del coche. Alguna terrible puñada recibió en el pecho, porque echaba sangre por la boca. Luego que entró á su casa y la vieron

en tal estado su marido y sus hijos, comenzaron á llorar amargamente; pero ya no era tiempo sino de asistirle con cuidado.

El señor Labin de acuerdo con el coronel y el cura, procuró que se arduciera cuanto antes el negocio de Carlota y Welstér, sin que ella trascendiera nada de las desgracias de los suyos. Con el favor del conde, y mucho mas sabiendo el Virrey que su padre estaba loco de remate, concedió su superior permiso para que se casara con Welstér, lo que se hizo secretamente en la misma casa de los condes, que se ofrecieron por padrinos.

A pocos dias se agravó don Tadeo, habiendo tenido la felicidad de que se le despejase el cerebro perfectamente dos dias antes de morir. El no era idiota: aprovechó estos preciosos momentos: conoció sus yerros: se reconcilió con la Iglesia: se dispuso cristianamente: otorgó su testamento, mejorando en gran parte á Carlota: mandó que enrase su escribiente, y despues que le dictó una carta reservada, la cerró con

su sello, se la entregó al señor Labin, suplicandole que despues de su muerte y funerales, la pusiese en manos de su hija, á la que no se atrevia á ver, confundido de su inícuca conducta. Recibió los santos sacramentos, y el dia siguiente murió como cristiano quien habia vivido como idólatra de su dinero.

No se pudieron ocultar estas cosas al esposo de Adelaida; porque esta lo enviaba diariamente á saber de la salud de su padre: pero tenia bastante prudencia; y así fué facil que las hijas ignoraran la muerte de su padre, hasta que Adelaida se restableció. Ella padeció mas de un mes y quedó con la cara señalada para siempre, lo que no fué poca fortuna.

El señor Labin, el cura, el coronel, y Welstér mismo emplearon sus talentos, para dar á las hijas la triste noticia del fallecimiento de su padre, y para inspirarles la debida conformidad con la voluntad divina, especialmente á Carlota que como la mejor hija, lo sintió mas; pero por fin, las dos se conformaron á la fuerza.

Entonces se vistieron los lutos de

costumbre, y cuando al señor Labin le pareció, las hizo estar juntas, y en su presencia abrió la carta de su padre, y á su ruego la leyó, y oyeron que decia de esta manera.

*Carta de don Tadeo á su hija
Carlota.*

Querida hija mia: á las orillas del sepulcro hiere la luz de la verdad poderosamente nuestros ojos. Apasionado por la maldita codicia del dinero, creyéndome inmortal, y temiendo me faltara, te iba á precipitar en un abismo de miserias, te iba á ser infeliz eternamente, haciendote abrasar un estado para el que no tenias vocacion, sin considerar que no era mi autoridad ilimitada, y que el Dios de bondad y de justicia no cesige de nosotros sacrificios violentos, ni aprecia los que se hacen á costa de su ley sacrosanta; mas yo, ciego por el vil interes, me desentendí de estas verdades, sufoqué el continuo clamor de mi conciencia, desprecié los avisos de los hombres de bien, y atropellé con las censuras del concilio, haciendome á un tiempo odioso al cielo y á la tierra.

Pero ya que el Dios de las misericordias ha querido derramarlas sobre mi con tanta liberalidad, concediéndome el uso de la razon que habia perdido, quiero yo corresponder en algun modo á su bondad, y aprovechar estos pocos instantes que me restan.

Conozco mi error, lo confieso, lo detesto, y con lágrimas de mis ojos te pido perdon, hija mia, de los agravios que te inferí. Perdoname, Carlota, perdoname, hija de mi corazon: no te acuerdes que tuviste un padre cruel, ni ceses de rogar á Dios por él.

Pídele tambien de mi parte perdon al joven Welstér, al coronel, al señor Labin, y á cuantos escandalicé con mi mala conducta para contigo.

Perdona asimismo á tu hermana, que fué causa de estas escenas desgracias.

Tengo otorgado mi testamento, en el que te nombro por heredera de mis bienes. Distribuye el quinto de ellos por tu mano, en beneficio de los pobres, para que Dios perdone mis pecados.

Unete en su santa gracia con Welstér, pues no te desmerece, y tú lo quie-

res. Procura vivir en paz toda tu vida, y si tuvieres hijos, jamas abuses de tu autoridad para violentarlos á que abracen el estado que repugnen.

Dignate en fin de admitir esta carta, como la única satisfaccion que puede darte un padre que te ama, y apenas puede respirar. Yo quisiera estrecharte entre mis brazos por última vez; pero conosco tu corazon sensible, y temo que facilitarte este paso, seria tal vez asesinarlo con amor. Recibe desde aquí mi postrera bendicion: Dios te prospere en tu nuevo estado: Dios dilate tus años en la mas perfecta salud: Dios te llene de bienes y de gracia, y te haga feliz eternamente.

A Dios hija querida. á Dios hija Carlota, para siempre recibe en tu corazon el de tu arrepentido padre. *Túdo.*

Bien se deja entender la conmocion que causaria en todos la lectura de esta carta, especialmente en los interesados. Cada uno manifestaba su dolor, á proporción de la parte que tenia en él. Carlota y Adelaida levantaban sus ojos hasta el cielo: Welstér estaba sin moverse, apo-

yando la frente en sus dos manos: doña Matilde y las demas señoras no podian interrumpir sus sollozos quando consolaban á Carlota: el coronel y el cura se paseaban en silencio por la sala, limpiándose los ojos cada rato: el señor Labin le dió la carta á Welstér humedecida toda con sus lágrimas, y se fué á sentar en un rincon. En una palabra, todos estaban penetrados de la ternura y el dolor.

Este se aumentó vivamente quando Adelaida, hecha un mar de lágrimas, se arrojó á los pies de Carlota, y abrazándola por las rodillas, entre avergonzada y compungida le decia: ¡ay hermana de mi alma! yo he sido la causa de tus desgracias y de la muerte de mi padre. Soy una vil, una indigna, que por un ratero interés tomé de ti una venganza cruel; pero el cielo me castigó por la mano de nuestro mismo padre. Yo llevaré en mi vida toda la vida las señales de mi malito proceder: pero las llevaré con gusto si logro volver á tu amistad. Perdóname, Carlota, perdóname, hermana de mi vida...

Era muy sensible Carlota para dejarla proseguir, y así levantandola á sus brazos, la estrechó en ellos. la besó mil veces en la cara, y mezclando sus lágrimas con las suyas, le decia: cállate por Dios, Adelayda: ya basta: ya todo se acabó: yo jamás he tenido agravio contigo: siempre te he amado, y desde ahora te juro que te he de amar mas que nunca....

Todos los concurrentes se interesaron en separarlas, y cuando á fuerza de llorar calmó un poco la congoja de las ños, dijo el coronel: ya basta, señoras, ya está bueno: seamos sensibles; pero no nos entreguemos á la pena, sin prudencia y sin moderacion. No se hable ya otra palabra sobre los pasados agravios, Don Tadeo y esta señora han borrado muy bien sus flaquezas con su sincera compuncion: ni Dios nos pide mas para perdonarnos, que un arrepentimiento verdadero.

Por lo que respecta á sentir la muerte de vuestro amado padre, es muy justo; pero ya se ha dado harto desahogo al sentimiento; ahora es menester sostener-

se en los motivos que teneis de consuelo. Advertid, que vuestro padre descansa en paz. Esa carta manifiesta una disposicion cristiana, y esta le abrió las puertas del paraíso.

Así lo debemos esperar de la misericordia del Señor. Si no lo hubiera querido para sí, si su condenacion hubiera estado decretada, la muerte lo hubiera sorprendido en uno de sus accesos de su locura; pero pues Dios le restituyó el juicio, y él se previno con tan cristiana disposicion, señal es que fué para salvarlo, pues Dios nada hace por acaso. ¡Ojalá que cuantos padres lo imiten en la culpa, tengan el tiempo, los ausilios y la resolucion necesaria para imitarlo tambien en la penitencia!

Así consoló el coronel un poco mas á las dolientes, y doña Eufrosina como tan obsequiosa, les sacó vino y soletas, que les obligaron á tomar.

Los demás señores procuraron variar la conversacion con disimulo hasta que lograron serenarlas. Don Dionicio les instó para que aquel día lo acom-

pañaran á comer las dos hermanas, Welstér, y el señor Labin, á lo que condescendieron gustosos. El coronel no quizo quedarse, y así se despidió de todos, y se retiró con su familia y el señor cura para su casa.

CAPITULO V.

Discurre el coronel sobre el estado religioso, y comienza á instruir á su hija acerca del matrimonio.

DON Rodrigo, que de todo procuraba sacar partido para la instruccion y aprovechamiento de Pudenciana, cuando estuvieron jntos en la mesa, dirigiéndose al padre don Jayme, le dijo: ¿qué le parece á V. señor cura, de la extraña historia de Carlot?

Qué me ha de parecer, respondió el prudente eclesiástico: sino que la mano del Señor ha andado entre todos sus actores; pues ha sido una grande felicidad que haya rematado de esta suerte. ¿Qué fuera de Carlot si hubiera profesado sin vocacion? Su vida sería muy infeliz, y su muerte quien sabe como. Welstér acaso hubiera prevaricado, creyendo que la

religion católica sostiene estos abusos. Por otra parte: ya que Carlot (por fin) no profesó, Adelayda pudo haber muerto entre las propias manos de su padre, que ya la ahorcaba, no pudiendo el señor Labin favorecerla sólo; porque yo como Aviejo débil, apenas hacia cosa de provechó, y por último, don Tadeo pudo haber muerto en su demencia, en cuyo caso se hubiera condenado sin remedio. Nada de esto sucedió. y todas estas desventuras se excusaron por unos caminos poco comunes; con que verá V. si andubo en esto la mano del Todopoderoso. Así fué en efecto, o dijo el coronel: yo de todo me alegro; pero más de que hubiera muerto don Tadeo como cristiano, y de que no hubiera profesado Carlotita. El estado de la castidad es el mas perfecto, quien lo duda; pero no es siempre el mas seguro. Hay clausura perpetua, el voto de pobreza, y de obediencia, son como la castidad, de consejo evangélico, no de precepto: por tanto, la vida religiosa no se debe abrazar sino con verdadera vocacion, conociendo muy bien lo que es, y á lo que obliga, y consul-

tando nuestras fuerzas. El que no sufre sobre sus hombros el peso de dos arrobas, menos sufrirá el de seis, y si se las echa acuestas, con imprudencia, caerá en tierra sin poderse mover por mas que quiera.

Así es en lo espiritual. Si apenas puede de Palmira cumplir los diez preceptos del decálogo, ¿cómo se atreve á cargarse de otros cuatro mas, que son los votos?

Antes de tomar el habito debia toda niña entender que no es lo mismo ser monja, que religiosa. Para lo primero basta con vestir el habito, y cumplir, aunque sea á fuerza, con lo material de las reglas; para lo segundo, es necesario saber desprenderse de todo de su propia voluntad, renunciar de corazon y para siempre el mundo, y sus placeres, y no perder un instante sin aspirar á la verdadera perfeccion.

Esto es muy fácil decirlo; pero no es así para cumplirse. ¿Cuántas muchachas entran á los conventos, toman el habito y profesan, llevadas de un fervor mundano, que ellas juzgaban vocacion? ¿cuántas ignoran qué cosa es ni á qué obliga el voto de castidad? ¿cuántas lo hacen sin

estar en edad, para saber qual es su vicio opuesto? ¿cuántas se retiran á los monasterios porque el mundo las desecha, ó por no perder el dote ó lugar que se proporciona, ó tal vez por fines menos honestos, como por no sufrir los desprecios de algun hombre querido é inconstante? ¿y cuantas por último, profesan por carecer de la resolución necesaria para oponerse á la perversa voluntad de sus padres, como iba á suceder á Carlota?

Todo esto es demasiado cierto; y no son pocos los egemplares que tenemos de monjas desesperadas con su estado, ni son menos los recursos hechos á Roma en solicitud de secularizarse. Ahora mismo viven en esta capital algunas que lo han conseguido, y todos las conocen.

El estado de religion vuelve á decir, que es el mas perfecto, y por lo mismo el mas agradable á Dios; pero por razon de su mayor gravamen, no es el mas seguro para muchos. *Pruébese el hombre á sí mismo*, dice S. Pablo; examine cada uno su vocacion, su espíritu, sus inclinaciones, su fervor, el fin que le lleva al claustro, y las obligaciones res-

pectivas que le impone el nuevo estado que pretende abrazar, y si despues de un ecsamen, sério, detenido y consultado, hallare que le conviene, abrázelo enhora-buena; pero si lo hace sin estas condicio-nes, abrirá despues los ojos, reconocerá sus pocas fuerzas, advertirá que no son bastantes para soportar él grave peso que se impuso, y cuando reflexione que no hay remedio para ecsimirse de él, enton-ces llorará su imprudencia, trabajará sin fruto y se precipitará á la desespera-cion; especialmente si es mugero.

Para las que entran en los monas-terios con verdadera vocacion, todo es suave, todo llevadero, todo facil. La castidad es una virtud angélica, la obe-diencia un sacrificio humilde, y la re-clusura un asilo contra los peligros del mundo.

No así para aquellas que entran por alguno de los motivos que he indi-cado. Para estas la castidad forzada que guardan sin ser vírgenes es cuanto al espíritu, es un martirio, la obediencia una esclavitud, la pobreza una mi-seria y la clausura una prision insopor-

table. ¿Cual será la vida de estas mu-geres infelices? No es mucho que al-gunas se hayan desesperado con tal vi-da. El doctor don Jose Boneta en su librito titulado: *gritos del infierno*, ha-blando sobre esto, refiere de aquella monja, que estando para morir, pregun-tó al confesor: *padre, si me muero, ¿dejaré de ser monja?* Si hija, respondió el confesor, y la miserable al instante co-menzó á acelerarse la muerte, apretándo-se el cuello con las manos. ¿Cual se-rá la vida de esta monja desesperada, dejándonos tan malas señales en su muer-te!

Todos los estados necesitan tiempo y madurez para elegirlos, y especial vocacion de Dios para abrazarlos; pero entre una casada y una monja, que hayan errado la vocacion, encuentro yo notable dife-rencia. La casada que no consultó bien su eleccion, y se haya ligada con un hombre que le dá mala vida, tiene aun, dos esperanzas que le consuelan: una es el divorcio que protegen las leyes y los cánones, en ciertos casos, y otra es que muera el marido. En el primer caso

se subtrae de su dominio, se separa de su compañía, y se libra de su tirano cruel; y en el segundo, se rompe el vínculo en lo absoluto, y queda libre para siempre.

La monja no es así: si no tiene un derecho muy claro para anular la profesión, y dinero suficiente para dirigir á Roma su negocio, lo que no se facilita sino de tarde en tarde, bien puede creer que no tiene remedio sino es á costa de su vida, que es lo mismo que no tenerlo.

No por esto se crea que yo pretendo malquistar el estado religioso. Estoy muy lejos de tal extravagancia. A nadie ni á mi propia hija, disuadiré en ningún tiempo de que sea monja. Sé que el santo concilio excomulga igualmente á los que violentan ó persuaden á las mugeres á ser monjas, como á los que *sin justa causa*, impidieren de algun modo el santo deseo que tengan de tomar el hábito, ó de hacer la profesión las vírgenes ú otras mugeres; pero, por lo que toca á Pudenciana, la instruiré en lo que es cada estado, y

cuales son sus respectivos deberes: le diré que en la casa del Padre celestial hay muchas habitaciones: que son diversos los caminos por donde el Señor llama á sus siervos: que lo mas perfecto es lo mejor; pero no lo mas seguro para todos, y segun esto, el estado de castidad es el mejor en lo general; pero si prudentemente considera que no lo puede observar como se debe, mejor es que se case. Este es el consejo del Apóstol: *mas vale casarse que abrazarse.*

Aquí concluyó su discurso el coronel, y Pudenciana lo escuchó con bastante atencion que era lo que su padre pretendia. El eclesiástico apoyó, como era regular, la solidéz de sus razones, y despues de haber acabado de comer, nos levantamos de la mesa.

Pocos dias despues, estando dbña Matilde sentada en el estrado, haciendo una labor con Pudenciana, se levantó esta á buscar no sé que cosa, y al volver, dijo su madre: ¡qué larga se vá poniendo esta muchacha! El coronel tomó de estas palabras ocasion para dar una oportuna leccionsita á Pudenciana, diciéndo-

le: en efecto, hija, ya estás bien grande. El tamaño de tu cuerpo señala tus años, y me avisa que debo ya darte las instrucciones correspondientes á tu edad.

Jamas me has hablado de mongío, ni yo escigiré de tí tal cosa. Has presenciado la historia de Carlota, y me oíste discurrir el otro día acerca de la perfeccion que se requiere profesar en la vida religiosa. Si esta no es de vocacion, no hayas miedo que yo te la persuada; pero si lo es, concurriré con mucho gusto al logro de tus santos deseos. Conque ¿qué dices? ¿quieres ser monja?—Hasta ahora, papá, la verdad, no lo pienso, respondió Pudancianna, y prosiguió su padre: pues eso es lo que me agrada, que me hables la verdad. Pero supuesto que no quieres ser monja, tal vez te agradará el matrimonio: ¿no es así...? Vamos, no te pongas colorada: no hay para qué.

El matrimonio es un sacramento santificado por el mismo Jesucristo. En el se puede servir á Dios como en cualquier otro estado elegido con verdadera vocacion, y si la tuya es para el ma-

trimonio, yo contribuiré al logro de tus deseos, pues pueden ser tan santos como los de la religiosa mas perfecta, si se reducen á servir á Dios en ese estado; mas para que seas buena casada, es preciso que sepas qué cosa es el matrimonio, como se ha de contraer para hacerlo: cuales son las obligaciones que impone, y como las ha de desempeñar una muger cristiana.

Pero antes, hija mia, te voy á dar un consejo muy útil, de cuya observancia depende toda tu felicidad. „Ahora que tu infancia ha pasado, no nos mires solamente como tus padres, sino como tus mas antiguos, tus mas fieles y mejores amigos, á quienes ciertamente la vida es menos apreciable que tu bien estar, á quienes no les falta esperiencia ni los conocimientos necesarios para darte en cada ocasion los mejores consejos.

Con este convencimiento, abre tu corazon á tu padre y á tu madre sin ninguna reserva: deposita en nuestro seno todos tus pensamientos, tus sentimientos, tus deseos: nada nos ocultes, ni aun tus faltas y flaquezas: bien persuadida

de que nunca abusaremos de tu confianza filial, que nunca contestaremos á tu franqueza con amargura ni severidad, sino siempre con una ternura verdaderamente paternal, y que dirigiremos tus pasos con tanta bondad como celo." (*)

¿Has entendido, hija? = Si, papá. = Creo que no me has entendido bien. Te lo diré mas claro. Ya tienes quince años, ó cerca de ellos, posees algunas habilidades que te recomiendan, y si no tienes una hermosura peregrina; á lo menos tu cara no carece de gracia y atractivo. Debo tambien advertirte, que vas á entrar en un mundo nuevo que no conoces, y así es necesario que te ponga el farol en la mano para que no tropieses entre sus innumerables precipicios.

Ya no eres la misma que ahora tres años. Tu naturaleza te lo avisa El movimiento de la naturaleza influye mucho en tu estado actual, y de las novedades que siente tu cuerpo, se debe inferir qué es

(*) El coronel acaso tomó estas palabras de la *Eufemia* del célebre alemán Campé, para persuadir á su hija con la autoridad de este juicioso escritor.

lo que sentirá tu espíritu.

En efecto tú te adviertes agitada de unas nuevas inclinaciones, y estas se aumentarán á proporción de lo que los hombres las fomenten. Si, hija mía: los hombres ya seduciendo tu virtud con artificios, ó ya alabando tu mérito con sencillez, procurarán inclinar tu voluntad á su favor. Por todas partes se verá asaltada tu inocencia, y combatido tu pudor sin advertirlo. Las calles, los sahanes, los paseos, las casas, y los mismos templos serán para tí otros tantos lugares en que pueda peligrar tu honestidad, con los repetidos asaltos que le dará el libertinage de un corrompido seductor. ¿Y qué deberémos hacer para asegurarte de esos asaltos? Fácil es la respuesta: tu madre deberá cuidarte sin cesar, yo aconsejarte con prudencia, y tú seguir con mucha docilidad mis consejos.

El primero que te doy es el que ya escuchaste. Miranos, no solo como á tus padres, sino como á tus mejores amigos, y los mas interesados en tu bien. En esta inteligencia, deposita en nuestros pechos tu confianza, abrenos tu corazón,

nada nos reserves, ni tus mas ocultos pensamientos, satisfecha de que te hemos de atender con dulzura, y te hemos de aconsejar con amistad.

Llegará tiempo en que las criadas, el aguador, tus amigas, tus parientas mismas serán los viles agentes del que solicite tus favores. ¡Infeliz de ti si mas que de nosotros te fiases de ellos! En tal caso tú pensarás que lisongan tu gusto, y que son acredores á tu reconocimiento, y engañada con este falso juicio, les descubrirás tus secretos, y pondrás en sus manos tu opinion, y entonces á Dios honra, á Dios crédito, á Dios reputación. De boca en boca no quedará uno que ignore tus flaquezas, si, lo que Dios no quiera, tubieres la desgracia de cometerlas.

Pero si reservándote de todo el mundo, te descubrieres únicamente con tus padres, entonces ¿cuanta será la diferencia? ¿con qué amor no te enseñaré á conocer los artificios de los hombres? ¿cómo no me valdré de mi experiencia, dandote lecciones oportunas para que te burles de las asechanzas que te quiera poner un libertino seductor? ¿con qué

cuidado no te libertaré de los peligros? ¿con qué proligidad no te evitaré las ocasiones que a ellos te puedan inducir? y si algun dia tú llegares á amar á algun hombre de bien merecedor de tu virtud, ¿con quanto gusto me prestaré á realizar tus intenciones, si estas fueren unirte con él en el estado santo del matrimonio? ¡Dichosa tú, hija mia, si cooperares por tu parte á que se verifiquen mis deseos! Estos no son ni pueden ser otros sino los de tu verdadera felicidad. A ella he aspirado toda mi vida, y que seas feliz será mi único conato, hasta que la muerte cierre mis ojos para siempre.

Pudenciana abrazó á su padre, y le besó la mano enternecida, dandole las debidas gracias por sus paternales consejos, y prometiéndole seguirlos ciegamente, pues estaba convencida de que se encaminaban á su bien.

Entonces el coronel le dió su bendicion y la envió á la cocina, diciéndole que queria cenar aqnella noche un bocadito de su mano. Pudenciana fué á hacerlo muy contenta, y luego que se retiró, prosiguió don Rodrigo hablando con

su esposa de este modo: ¿ya oíste el consejo que le acabo de dar á Pudenciana? pues tu necesitas de otros dos que no son de menos importancia.

El primero es, que le abras los ojos á tu hija..... No, no me mires, ni te asustes sin acabarme de oír. Las muchachas cuando entran en la pubertad no son lo mismo que en la niñez. Esto lo entiendes. Luego que llegan á esa edad entran á un mundo nuevo. Pasiones, inclinaciones, sensaciones, deseos, apetitos, ocasiones y peligros, todo es nuevo para ellas: Si al fermento de su sangre, si al trastorno de sus nuevas ideas, unidos á su poca experiencia, se junta una suma ignorancia acerca de lo que puede pasarles en el mundo, estan muy expuestas á perderse, ó lo que es lo mismo, á perder su virginidad con desventajas, porque malguardará una alhaja el que no sabe lo que vale.

Por tanto, es conveniente que le expiques con modo y con prudencia qué cosa es ser virgen ó doncella. Hazle ver que gran virtud es en una niña el recato, como señal segura de su virginidad cor-

poral. Dile en que consiste esta virginidad, como se puede perder y como se conserva: adviértele que perdida una vez no se restaura el honor sino mal, tarde y pocas veces: haz que se llene de temor cuando sepa que de su conservación depende el honor de las mugeres en el estado de doncellas, y que cuando se pierde, no se pierde sola, sino juntamente con la honra y la opinion: instruyela en los artificios de que se valen los hombres para seducir á las incautas, siendo el mas trillado y mas antiguo el proponerles un ventajoso casamiento: aconsejale que á nadie de estos crea ni corresponda sin darnos parte de cuanto le pasare: dile que los hombres que parecen mas rendidos y apasionados son los mas sagaces seductores, y los claros que publican la debilidad de la muger que encuentran facil á sus antojos: enseñale que lo que los hombres de bien aprecian mas en una muger para casarse con ella es el recato y su integridad corporal: declarale que los hombres de honor se conducen con mucha medida cuando solicitan una niña para esposa: dile que la que llega al ta-

llamo sin su virginidad ignorandolo el marido, se espone á pasar una vida amarga é infeliz, pues á la menor queja ó incomodidad que haya, le entregará en la cara su anterior licenciosa conducta, avergonzandola á cada instante, desconfiando siempre de su fidelidad, y mirandola con una indiferencia que en breve llega á ser un aborrecimiento declarado: repítele una, dos y tres veces en qué consiste el mérito y honor de una niña doncella: esplicale mas claro qué cosa es la virginidad, que gran preséa y cuanto le conviene conservarla; y por último dile que para esto debe en primer lugar, huir todas las ocasiones de familiarizarse sola con los hombres, sean de la clase ó condicion que fueren, é insiste en que nos descubra su pecho con la confianza mas sinséa.

Esto es, por lo que respecta á su bien moral; por lo que toca al fisico, permítele que cuando se ofrezca, oiga hablar de las pasiones y gravámenes que son consiguientes á su sexo: déjala que sepa como se debe conducir una muger en las diferentes épocas de su vida: de

qué cosas se debe precaver, cuales debe observar en obsequio de la conservacion de su salud, y del bien de sus hijos y familia: hazle ver que una muger enferma por su descuido y desarreglo, hace una mala madre para sus hijos, una esposa de bastante gravámen al marido, y un eterno fastidio de su casa. Todo esto debes enseñar á tu hija en esta edad, y esto será abrirle los ojos con provecho.

Es una ridícula preocupacion la de muchas madres que con pretesto de no abrirles los ojos á las niñas, las crian con tal encógimiento y con tal ignorancia que ni saben que es ser doncellas, ni casadas, madres ni esposas. Esto no llamo yo recato sino groserísima tontera. ¡Cuántas pobres muchachas han dejado de ser vírgenes sin saber lo que han perdido, ni las funestas resultas de esta pérdida! ¡cuántas se han hecho enfermas toda su vida por no saber manejarse en los tiempos de sus enfermedades periódicas! ¡y cuántas se casan, sin saber que obligaciones contraen en tal estado!

Lejos de ti, hija mia, semejantes

absurdas preocupaciones que apadrina la ignorancia con nombre de virtud y de recato. No, no consiste la virtud en ser estúpidos ni en ignorar lo que nos conviene saber, consiste en la sencillez del corazón y en la exacta observancia de los preceptos de la ley. El mismo Jesucristo nos dice: *sed sencillos como las palomas y avisados como las serpientes.* Y cómo será una niña cauta en medio de la seguedad? ni como se guardará de los peligros en que flucta su espíritu, su honor y su salud, si no tiene más luz que las tinieblas de una educación supersticiosa é ignorante.

No basta solo que instruyas á tu hija de los peligros que la cercan, es necesario que le evites todas las ocasiones en que los pueda hallar. Al hidrópico es menester quitarle el agua de delante, sin contenerse con decirle que le hace daño. Esto ya el muy bien lo sabe; y he aquí el segundo importante consejo que debes observar en la presente educación de Pudenciana. Ningun cuidado, ninguna vigilancia ni precaución está por demás en su presente edad..

«Pero no la cuida yo?» dijo Matilde: «¿quiere que la traiga como have-ros?» Si, señora, si, decía el coronel: no debe apartarse de tus ojos un instante. En la calle, en la casa, en las visitas en el templo, en todas partes ha de ser su custodia tu presencia. Si al ojo del amo engorda el caballo, al ojo de la madre se conserva la honestidad de la hija. Siempre las niñas han estado espuestas á una misma enfermedad, y siempre se les ha ordenado el mismo remedio de preocupacion. San Gerónimo que conocia bien el mundo, instru yendo á una señora llamada Leta en el modo con que debia criar á su hija Paula, le dice: *No la dejeis jamas ir á parte alguna, si no fuere en vuestra compañía, y ni á visitar las capillas de los mártires ni á las iglesias vaya sin su madre. No concientas tampoco que se ria y burle con ella ningun mancebo, ni de los que traen copete, y cuando hybieres de velar ó trasnochar para celebrar la fiesta de algun santo (*) hágalo nuestra donce- (*) En la primitiva iglesia acostumbra-*

lita de tal modo que no se aparte de su madre, ni aun por espacio de una pulgada. Hasta aquí el santo doctor á nuestro intento.

Su autoridad es muy recomendable; pero sin comparacion lo es mas la del Espíritu Santo, quien dice en las sagradas letras: (*) *si tienes hijos, enséñalos, corrígelos desde niños; si tienes hijas guárdales sus cuerpos*, esto es, su virtud, su virginidad. ¿Y cómo cumplirá con esta obligacion una madre abandonada que permite que la hija ya grande salga sola á la calle, ó cuando mas con una criada ó una amiga? que se esté sola, si se ofrece en el estrado charlando y aun retozando con el caballerito cortejante? ¿que con pretexto de visita se aparte de su madre dos tres, ó mas dias? ¿que á título de pobre, salga á la tienda los fieles celebrar á los santos mártires en los templos, empleando en ellos toda la noche de las visperas en cánticos y alabanzas. A este deshecho se llamaba vigilia, la que en el dia se ha conmutado por los pontifices en ayunos y abstinencia de carnes.

(*) Ecles. cap. 7. 25. y 26.

da y á hacer otros mandados? ¿ó lo que es peor que todo, á pedir prestado á algun hombre un peso ó dos? Pues todo esto se ve, y no se quedan ocultas las resultas. Lo mas gracioso es que muchas madres de estas, despues que ellas mismas permiten á sus hijas cuanto libertad apetecen, se asustan, y se escandalizan, así que las muchachas traen á sus casas el fruto del abandono con que las tratan. Entonces son las lágrimas, los gritos, los regaños y los golpes. Golpes que mas bien los merecen ellas que sus hijas, porque son la causa original de su ruina. Ello es cierto que si no hubiera tantas madres descuidadas, no hubiera tantas hijas prostituidas....

Aquí llegaba el coronel, cuando entró Pudenciana avisando que ya estaba la cena. El coronel mandó poner la mesa, y se fué á cenar con su familia.

CAPITULO VI.

En el que se refiere la conferencia de Pomposita con una amiga suya, y el so-

lemne modo con que los colegiales le pusieron por nombre QUIJOTITA.

Qué cierto es que los hijos, por lo comun, (*) son lo que los padres quieren que sean, ó como los hacen ser, o con su educacion, ó con su egeplo.

Ya hemos visto la conducta del coronel y de Matilde para con su hija, y las sanas instrucciones que le daban; y tambien hemos observado el modo con que educaron á Pomposa sus padres. Nada estraño es que fueran ambas primas tan distintas en costumbres, como fué la doctrina que recibieron.

Pomposita todo el tiempo lo empleaba en componerse, en mirarse al espejo, en hacer ademanes ella sola, en ensayarse á hacer dengues y favores con los ojos,

(*) No en lo general, porque hay padres muy buenos, que hacen cuanto está de su parte para que sus hijos se logren; y sin embargo, estos se pervierten por sí mismos; pero esto no es lo mas frecuente. Regularmente los hijos aprenden de las costumbres de sus padres, y corresponden á la educacion que se les dá.

ayudada del cristal, en que se pintaba su carita, y en recibir lecciones de su madre.

Es verdad que esta era su menos nociva directora, pues no veia en ella ni via cosa descaradamente opuesta á la sana moral. Otras tenia de mas infame condicion. Tales eran sus buenas amigas.

Entre estas habia una, llamada Rosimunda; muchacha pobre, alegre y lisonjera. Esta habia cautivado el corazon de Pomposita, de suerte que era la depositaria de sus secretos, y la plenipotenciaria de sus negocios. El lector querrá hacerse cargo de su caracter, y debemos en esto darle gusto.

Una tarde estando sola con Pomposita, sin advertir que yo la espiaba por el ahugero de una mampara, platicando con ella le decia: en verdad niña, que... no es por lavarte los cascotes; pero no eres bonita sino linda. ¡Caramba! que tienes una cara como el sol. Es mucho que á la hora de esta no tengas un sin fin de enamorados: yo no soy ni para descalzarte. y con todo eso tengo cuatro.

¿Como no? decia Pomposa: yo tambien tengo diez que me solicitan para casarse conmigo. y ninguno me gusta. Mira tú: uno es oficinista, tres son oficiales, y me han enamorado por sus grados, porque uno es teniente, otro capitan, y otro teniente coronel; mas ¿qué me puede dar ninguno de ellos, si todos estan á racion de hambre? Otro de mis enamorados es médico, muy bueno para ponerme á dieta: otro es abogado, que me dará muy lindos pareceres: tres son colegiales, de los que ya sabes que no llega su principal á una peseta; el último, que es el mejor de todos, es comerciante, y no pasa de un traperero. Ya verás tú qué tales son mis novios.

¿Con que en resumidas cuentas, decia Rosimunda: ninguno de ellos te gusta? = No, ninguno, porque el mejor es el comerciante, y no pasa de un baratillero por mayor. Aunque me pueda dar cuanto yo necesite, quieu sabe si tendrá para ponerme coche, y por fin, yo no me tengo en tan poco, que ya que me case, me contente con quedarme con mi nombre. No, yo he de mudar de nom-

bre cuando me case, ó no me caso nunca. ¿Pero, mi alma, como te has de mudar nombre? Solo las monjas hacen eso, decia Rosimunda; pero esa mudanza que tu quieres hacer, me coge muy de nuevo. Pues entiendolo, proseguia Pomposa: yo aspiro á casarme con un título para que no me digan la señora doña Pomposita, sino la marquesa de aquí ó de acullá. Mi sangre es ilustre, no soy pobre ni vieja; y así no pierdo la esperanza.

Ni la debes perder, decia la amiga; otras menos que tú han enmarquesado de la noche á la mañana: con que tú que eres como una plata de bonita, y con tantas gracias como saber baylar, tocar y cantar, ¿por qué no has de poder ser marquesa, ó cuando menos condesa ó baronesa?

No, eso de baronesa no me cuadra. Las baronías que se queden para los varones; pero los demás títulos para las señoritas de mi clase. Tampoco me cuadra casarme con un conde. porque entonces en quitandome el *esa* con nada quedo condesada; y así no, marquesa,

marquesa en todo caso.

¡Qué discreta eres, mi alma! ¡qué aguda! decía la adúladora Rosimunda: mira qué pronto, qué bien, y con qué gracia jugaste el equívoco de condesa y condenada. Vaya, si tú tienes mil gracias: cada día tienes más de que preciar-te; pero volviendo a nuestro cuento, tú haces muy bien de pensar de ese modo. Y como que sí, contestaba Pomposa: yo he de ser de título, y pesele al que le pese. ¡Ay, niña! habrá gusto comoirse llamar de señora, y no ese V. y ese doña filanita por aquí, y doña filanita por allí, que ya me tiene hasta los ojos. Marquesa he de ser, o me he de quedar para vestir imágenes. Si yo quisiera casarme, ya ves tú que me sobran novios; pero ninguno de ellos es marqués, y así se quedarán *sinque* (*); pero eso de que yo les dé mi palabra ¿cuando amores? (**)

Ello es cierto que a todos los entretengo, y les doy esperanzas; pero no más por chonguear y pasar el rato; pero no

[*] Refrancillo muy vulgar.

[**] Id.

porque los quiero.

Haces muy bien, niña, decía Rosimunda, de entretener te con esos babosos. Tú no tienes necesidad; pero si la tubieras, te diría que les arrancarás a todos cuanto pudieras; cosa que es muy fácil ensabiendo el modo. El asunto es decirle a cada uno de por sí, que es el preferido en nuestra estimación, que es el único que queremos, y que no amaremos a otros, ni por todo el oro del mundo. Con esto se engañan todos a un tiempo, y se dejan desollar vivos.

Peró no apruebo yo el modo de algunas tontas pedigüeñas que enfadan a los hombres, pidiendoles luego luego, y por lo claro. Esto es no saber vivir. Lo que debe hacer una muchacha de mérito, como tú, es escacear mucho sus favores a los amantes: irlos poco a poco apasionando, y cuando ya están borrachitos, entonces no se les pide nada por lo claro, sino que se les dá á entender que van necesitando esto, ó que le cuadra lo otro. Apenas una mujer se espresa con ellos de este modo, cuando los muy bobones se endrogan, se despulsan, y se sacrifi-

can; pero traen lo que una quiere; y entonces hace una que agradece la cosa, pero que no la quiere recibir, porque eso seria un chasco, y que se yo, y que se cuando. Ellos se apuran porque una reciba lo que han traído; una se resiste, hasta que por fin se coge, porque no digan que es desaire, y se dan muchísimas gracias.

De este modo se pelan vivos, y se quedan muy contentos los hombres, creyendo que una no es interesable, y que les hace mucho favor en pelarlos. Tal era el caracter de la directora de Pomposa; y de estas tenia varias. ¿Qué tal saldría ella?

En efecto, era cierto que visitaban su casa algunos colegiales, y que le echaban sus polvillos, pero de colegial; quiero decir, la chuleaban y se entretenian con ella, dándole á entender que la adoraban, y la pobre creía sus mentiras como los artículos de la fé. Algo hubiera dado porque no hubiera pisado su casa un colegial, pues á esta familia debió el titular contra su gusto, como vamos á ver.

Siete de ellos visitaban á doña Eufrosina y Pomposita, que mas valia la hubieran visitado los siete pecados capitales. Todos eran la piel de Barrabás, pero el mas maldito era un payo alto, obeso, chato, cariredondo, de ojos alegres y saltones, á quien llamaban en el colegio Sanson Carrasco. Este fué el soberano que tituló á la pobre Pomposita con la mayor solemnidad.

Una noche que el diablo lo tentó para el efecto, convidó á su cuarto ó aposento á sus amigos y contertulios, y luego que entraron, cerró la puerta con llave, los hizo sentar á la redonda de su mesa, y sin muchos cumplimientos les dijo: camaradas; he llamado á VV. para que entre todos nos soplemos amigablemente un regalito que señor padre me ha enviado de mi tierra.

Diciendo esto, sacó de su baúl dos quesos, un par de cagetas y unos biscochos, y de la ventana bajó una tinagita de agua y un vaso. Lo puso todo sobre la mesa, y en un instante le dieron vuelta al refresco.

Así que acabaron, sacó cada uno su

pañó de narices y se limpió el dulce de las manos y la boca. Iba ano á tomar el bandolon: pero lo embarazó nuestro payo, quien sentandose en el lugar preferente, les dijo con mucha seriedad: señores, amigos y compañeros míos: despues que habemos refocilado las barrigas con estas pocas migajas que nos han echo favor de regalarnos, bueno será que tratemos un negocio de gravísima importancia que días ha estoy para comunicaros, fiando el acierto en vuestra sapientísima resolución. Atendedme.

Ya sabeis como por constitucion inmemorial de los colegios, cada uno debe tener un sobre nombre. Yo cuando vine hallé esta costumbre establecida: recibí el mio con la mayor humildad, y despues acá he procurado cumplir con mis deberes, poniendo á todos su nombre, segun mi corta capacidad. Tú, por mi cuenta te llamas *Seneva*, por sentencioso: tú, el *aplastado*, por chaporro: tú, el *alambique*, por tus desaforadas narices: tú, el *discreto*, por que eres de. Querétaro: tú, el *zorro*, por astuto ó hipócrita: tú, la *niña*, por bonito y afemi-

nado: á mi me llamáis: *Sanson Carrasco*, por panzón, por grandote, ó por lo que os dá la gana; de manera, que cada uno de nosotros los presentes, ausentes, pretéritos y por venir, tienen, han tenido y tendrán su sobrenombre *usque insæcula*, sin que ningun vicho viviente en el colegio se quede sin el suyo, *de capite ad calcen*, esto es: desde el rector hasta el portero.

Reflexionando esto con la debida atencion y madurez, y considerando que nuestra jurisdiccion ó autoridad de poner nombres no está limitada dentro de las paredes del colegio; sino que se puede estender *ad libitum*, á nuestro antajo, he acordado que seria muy bueno, y muy loable, poner su nombre á una señorita á quien visitamos, y en cuya casa nos hacen agasajo. ¿Qué mejor prueba podemos darle de nuestra gratitud? ¿ni de qué mejor modo le pigaremos los viscochitos, y el chocolate que nos dá su madre, sino titulando á su hija *more nostro*, segun nuestro modo y nuestra crianza.?

En este caso encajándole un título.

lo acuestas á la hija de nuestra protectora, obraremos no solo con justicia, sino con habilidad magnífica.

En esta inteligencia, habeis de saber, preclaro é ilustrísimo congreso: que la señora doña Pomposa Langarito y Contreras, que en paz descanse..... ¿Pues qué ha muerto? preguntó el Zorro muy espantado, y Sanson respondió: ella no ha muerto, pero su nombre propio murió en ella desde esta misma noche y en virtud de hallarse sin nombre, os he combocado, sapientísimos, y prudentísimos señores, para que determinéis cual es el que se le debe poner.

El caso es de los mas graves, y de los mas urgentes: conque resolved *hic et nunc*, que nombre se le deberá poner á esta señora.

Por mi que se le ponga la *aventada*, dijo el *alambique*, con alusion á su mucha vanidad. Aunque hay alusion dijo el *aplustado*: es nombre muy bajo, y muy equívoco, pues quien no sepa por qué se le puso creerá que está enferma, y esto cede en contra del honor de su salud; lo que por ninguna ca-

sa nos es licito. Mejor será llamarle la *sacudida*. Ni por piensa, replicó el *discreto*: porque ese nombre tiene la misma nulidad que el que acabas de reprobar. Pueden pensar tal vez que se le puso porque es una coquetilla meneadora. Yo soy de opinion que se le llame la *Venus*, por hermosa. Aqui no se trata de lisongearla, sino de ridiculizar su caracter, dijo, *Séneca*: mejor será llamarla *Circe*. Ciertó es que es un nombre muy bonito, y significa ser una hechisera por su beldad, dijo el *Zorro*; pero aunque en la substancia la ridiculiza; para los que no saben quien fué *Circe*, ni tienen mas noticia sino que fué hermosa, no sirve ni significa uada el nombrecillo. En tal caso, y ya que ustedes quieren acomodarle un nombre de la mitología, mas bien le cuadra el de *Medusa*, pues todos saben que esta tenia serpientes enroscadas por cabellos, y esto alude tambien á los infinitos cacaroles de Pomposa. Es verdad, replicó la *niña*; pero ese nombre por ese motivo está mal puesto, pues aquí han dicho que se trata de ridiculizar su ca-

racter, no su cuerpo, ni su modo de vestir; y así si mi sentir valiera, yo le pondría la *desdeñosa*. Eso no significa nada, dijo otra vez el *aplastado*, porque nada particular espesifica de ella. ¿Qué muchacha bonita hay que no sea desdeñosa? y así ponerle ese nombre, es lo mismo que no ponerle ninguno, pues lo que á todos es comun á nadie es particular; y pues que entre nuestras opiniones hay tanta discordancia, diga V. S. su parecer, señor presidente.

Nada extraño es, sapientísimo congreso, dijo Sansón Carrasco: que en los grandes asuntos haya tambien grandes dificultades, ni que se encuentren las opiniones entre sí. Yo, despues de admitir vuestro tino, y vuestra ilustracion, ¿qué podré decir que merezca vuestra aprobacion apetecible?

Sin embargo, pues me habeis honrado dias hace con el título de vuestro presidente, y en vista de vuestra indecision, quereis que diga mi parecer. Con el permiso de esta respetable asamblea, y protestando siempre suge-

tarlo al mejor voto, digo: que debiendo tener el nombre que se le ponga á Pomposita las cualidades de ridículo, significativo, gracioso y conveniente, creo que no hay otro que mejor le cuadre, ni que reuna en sí todas estas circunstancias, que el de la *Quijotita*.

Si hacemos un paralelo entre la demencia, modales y caracter del caballero de los leones y la de doña Pomposa Langaruto, hallarémolos, que salvando la debida proporsion, hay entre ambos alguna semejanza. Probémoslo.

Don Quijote era un loco y doña Pomposa es otra loca. Don Quijote tenía muy lucidos intervalos, en los que se esplicaba bellamente, no tocándole sobre caballeria: doña Pomposa tiene los suyos, en los que no desagrada su conversacion; pero delira en tocándole sobre puntos de amor y de hermosura. El fantasma que perturbava el juicio de don Quijote, era creerse el más esforzado caballero, nacido para resusitar su orden andantesca: el que ocupa el cerebro de doña Pomposa es juzgar que es la más hermosa y la más cabal

dama del mundo, nacida para vengar su seso de los desprecios que sufre de los hombres, haciendo á estos confesar en campal batalla en el estrado, que la belleza es todo cuanto mérito necesita una muger para atraerse todas las adoraciones del universo. Don Quijote siempre esperaba llegar á ser emperador á costa de la fuerza de su brazo: doña Pomposa siempre espera ser cosa grande, título de Castilla cuando menos, á favor del poder de su belleza. Don Quijote tenia su dama imaginaria, á quien juzgaba princesa: doña Pomposa ya tendrá en la cabeza algun amante prevenido á quien hacer digno de sus favores; y este será un embajador ó un general. Don Quijote en los accesos de su locura á nadie temia: doña Pomposa en los suyos á nadie teme, y se espone á los mas evidentes peligros con los hombres, creyendo salir siempre victoriosa de sus asaltos. Don Quijote acometió una manada de carneros como si fuesen caballeros armados: doña Pomposa entra á las batallas amorosas que le presentan mil batalleros armados de malicia, con mas

confianza que si lidiara con carneros, y tanto fia de las saetas de sus ojos, que temo vuelva chivo al que se descuidare. Don Quijote.... pero ya habré cansado vuestra atencion, serenísimo congreso, con tanto quijotear. Si en efecto basta con lo dicho para probar que este nombre le conviene:

Conveniunt rebus nomina sæpe suis.

VV. SS. como tan sábios y entendidos determinarán si se le debe acomodar. Dixi.

Celebraron todos el gran talento, juicio y madurez de su presidente el señor Carrasco y *nemine discrepante*, se conformaron con su parecer, y se estendió el honorífico diploma.

Ya todo está hecho, dijo el Zorro; pero no basta que nosotros sepamos que Pomposa se llama Quijotita, es menester que lo sepa ella, y que lo sepan todos cuantos puedan. Para esto es necesario decirselo no á secas; sino con un versito que le guste. Este maldito Alambique es medio poeta, y él nos sacará del cuidado.

Soy contento, dijo el Alambique,

¿y qué se puede perder por servir á VV. y á la bella Quijotita? A ver el tintero para acá.....

En menos de dos minutos escribió el poeta una decimita que á todos les gustó; y el dijo: ya el verso está hecho, ahora ¿quién le pone el cascabel al gato? ¿quién lo lleva y como se le dá? porque á tanto no me arriesgo yo.

No hay que apurarse, dijo Sanson: el Zorro nos sacará de este cuidado, pues siempre los zorros son astutos. Amen, amén, amén, contestó el humilde Zorrillo, y quedaron de acuerdo en que lo llevarían el primer jueves: que irían todos los siete juntos, y para que no pudieran culpar á ninguno de ellos, ni venir en conocimiento de que eran los autores del pasquin, llevarían otros cuatro compañeros mas, con eso habia muchos de quien pudieran sospechar, y ellos, los tertulios de la casa, echarían la culpa á los nuevos compañeros que llevarán, en caso de que la Quijotita ó su mamá les reconvinieran. En esto quedaron, cuando la campana les avisó que era hora de cenar, y se fueron corriendo al refectorio.

CAPITULO VII.

En el que se cuenta una conversacion que tuvo el coronel con su sobrina Pomposa, y la gran cólera que hizo esta, cuando supo que le habian puesto Quijotita.

Al dia siguiente fué Pomposa, alias la Quijotita, á visitar á Pudenciana, para que le hiciera un cordon de chaquíra, de que colgar un retrato suyo. Estaban las dos muy divertidas mirando la miniatura, cuando entró el coronel á su cuarto, y le dijo Pudenciana: mira papá, y qué bonito está el retrato de Pomposa. Sí está, en efecto, y ya quisiera tu prima parecerse en todo al retrato. = ¿Pues qué el retrato no se parece á mí? dijo Pomposa. = El se parece á tí, le respondió su tio; pero tú no te pareces á él; porque el retrato tiene dos ventajas que tú no tienes. La primera es que está muy bien asegurado con el cerco, y no le dá ni el polvo, por estar debajo de vidrios; y tú no tienes mucha seguridad. ¿Con quien veniste? — Con la recamarera. = ¿Y tu madre porque no vino contigo? = Porque estaba ocupada. = Cualquiera ocupacion im-

porta menos que acompañarte, y no dejar
te andar sola en la calle. ¿Pues no le di-
go á V. que no vine sola, sino con la re-
camarera? = Grande persona para que te
cuides! = ¡A Dios tío! ¿pues que me ha de
suceder? = ¿Como que? darte un tropezon.
= ¿Que tropezon me he de dar? Si ya
soy grande. = Por lo mismo. Las niñas
grandes son las que tienen mas riesgo de
tropezar, y cuando en uno de esos
tropezos caen de espaldas, no sanan del
golpe en su vida. = Pues yo tendré cui-
dado de no caerme, tío. = Dios lo quiera.
= ¿Y no me dice V. qual es la otra ven-
taja del retrato? = ^{ay y yo solo no digo}
¿Porque no? mira: el retrato, guar-
dadito como esta puede durar cuarenta ó
cincuenta años sin que se le bagen los
colores, ni se le entristescan los ojos.
De aquí á ese tiempo estará tan bonito
como ahora; pero tío, si vives entonces,
ya seras una vieja arrugada, y regañona.
= Dime si no quisieras parecer teo al re-
trato en la conservación de tu hermosu-
ra. = ^{ay y yo solo no digo}
= Esp. verdad, tío; pero oyo he oído
decir, que la que es buena moza es bue-

na vieja. --- Eso has oído decir tú; mas yo
no he visto ninguna vieja que sea bue-
na moza. Todas las viejas son viejas, y
ninguna es bonita. La belleza de las mu-
geres tiene tres enemigos, y ninguna se
escapa de caer en manos de alguno de
ellos. O la enfermedad, ó la vejez, ó
la muerte dan cuenta de ese fragil dou
de la naturaleza. Una fiebre, unas virue-
las mal asistidas, ú otro accidente, de-
jan de la noche á la mañana fea á la
muchacha mas bonita; sino es esto, y vi-
ven sanas las hermosas, los años les arran-
can los dientes, les emblanquecen el pelo,
les pliegan y manchan el cutis, y las des-
figuran de modo, que ni ellas mismas se
conocen, al verse ben el espejo. Solo una
muerte temprana las libra de caer en
la fealdad. --- ^{ay y yo solo no digo}
= ¡Ay, tío! pues mas que me muera
yo muchacha, como no me ponga fea.
= Esa es mucha presunción, hija mía: es-
tas muy pagada de tu hermosura; pero
no te engañes. Mejor es que conserves
la belleza de tu espíritu que la de tu
cuerpo. Esta es una prenda de la natu-
raleza, que debes apreciar, y guardar por

ella infinitas gracias á su autor; pero no debes de ninguna manera fiar tu felicidad de tu carita.

La belleza de las mugeres puede ser el origen de sus dichas ó de sus desgracias temporales, segun el uso que hicieren de ella; pero como por lo comun hacen mal uso, se sigue, que apenas hay bonita que no sea desgraciada, especialmente entre las pobres.

La carita hermosa es el imán de infinitos seductores: estos cercan al dueño, y tratan de poner todos los medios para rendir su honestidad, y su recato. Si entre estos medios se cuentan las dádivas, y las promesas, de parte de los hombres, y la necesidad de parte de las mugeres, será casi un milagro hallar entre mil de estas una siquiera que tenga la firmeza necesaria para resistir tan poderosa tentación.

Por lo regular estas bonitas se rinden fácilmente, y rendidas á uno, despues son el estropajo de todos. Andan de mano en mano como en el juego los dados; y este es el modo mas corriente con que se labran su desgracia.

Las hermosas ricas no estan muy libres de estos peligros. Tambien se ven acosadas de enemigos que las seducen incessantemente; aunque el maldito interés no influye en ellas tanto. Este medio inícuo, tan poderoso quando se encuentra con la necesidad de la muger, no tiene fuerza ninguna, ó á lo menos, se debilita mucho quando esta no conoce la pobreza: por eso pienso yo que hay menos ricas infelices que pobres.

No has oído decir que *la fortuna de la fea, la bonita la desea?* pues esto no significa otra cosa, sino que hay algunas mugeres que no habiendo logrado de la naturaleza unos rostros hermosos, se dedicaron á cultivar su espíritu con la virtud y la instrucción, para hacerse amables de los hombres; y como estos, cuando son prudentes, solicitan mejor para casarse una muger que no una miñatura, de ahí es, que muchas de estas no bellas encuentran algunas veces unos hombres de bien que las estimen, conociendo el mérito que tienen, y de esta suerte puede una fea (*) labrarse su for-

(*) Se habla de aquellas feas que no

tuna: fortuna que deseará tal vez una bonita, que no teniendo más atractivo que su cara, pasa mala vida ó porque habiéndose concluido los días de su belleza, la aborreció el marido, que solo se casó con ella por bonita, ó porque, aun cuando le dure el palmito, el marido satisfecho, y aun cansado de placeres, comienza á ver los defectos que no vio cuando la pasión lo tenía ciego, y entonces la riñe; ella se resentida, como no acostumbrada sino á caricias. De estas riñas y continuas inco-modidades se engendrará el recíproco desprecio, precursor, casi siempre, de un aborrecimiento eterno.

Y en efecto, Despues de cuatro ó cinco meses de casados, de que le sirven al marido los bellos ojos de su esposa, que ni saben ver por sus intereses, ni aun ven lo que pasa dentro de su propia familia? ¿Con que gusto oirá este hombre porfias, retobos y tal vez amenazas de una boca hermosa y encarnada? ¿Para que querra unas manos torneadas y bien hechas, que no saben hacer espantán; no de una deforme espantosa....
 ¿O que notita tan consolatoria?

otra cosa sino gastar en lujo y desperdicios lo que el adquiere con tarea, y acaso con peligro, y responsabilidad? que complacencia tendrá én que su muger tenga un pie pequeño, si no para en su casa en todo el día; para que quiere tener un cielo en la cara de su muger, si no lo vé alegre ni sereno; sino siempre obscuro y tempestuoso, por razon de sus malos modos y disgustos y por último: el marido que pasa una vida tan amarga, se le dará muy dulce á su muger.

De todo lo dicho debes sacar dos consecuencias, y asentar un principio, que te será muy útil en el discurso de tu vida.

Primera: que siendo la belleza de la muger un bien tan fugáz y tan frágil, que se pierde con cualquiera grave enfermedad, é infaliblemente con la vegez, será harta imprudencia fiar en ella una felicidad constante.

Segunda: que los defectos del cuerpo se hacen muy tolerables, compensados con las perfecciones del espíritu; pero los defectos de una alma grosera y corrompida con los vicios, jamás pueden hacerse tolerables, aunque se escondan bajo de un rostro

hermoso. Conque, según eso, será prudencia y conveniencia propia (este es el principio que no debes olvidar) de la mujer, trabajar por ilustrar su entendimiento con la instrucción, y adornar su alma con las virtudes morales, cuyos medios son más eficaces que la belleza de la cara para hacerla amable de los hombres sensatos, y conducirla á una felicidad sólida y permanente.

Eh: infaliblemente ya les he dado un reto de conversacion. Sigán ustedes ensartando su chaquirá. Diciendo esto, se retiró el coronel y las dejó solas.

¡Ah caramba, niña, y que tieso es mi tío! decía Pomposa: mira que sermón tan largo nos ha hechado en tanto que el ayre. ¿Que siempre es así? Siempre, contestaba Pudenciana: mi papá no deja ocasión que no me instruya con buenos documentos y consejos. Dios se lo pague, y me lo guarde muchos años—¡Ay niña! ¿Pues qué te gusta que te esten sermoneando todo el día? -- Como esos sermones se reducen á mi bien, no me enfadan; antes los agradezco como es justo. Es verdad: pero lo harás tú, que ya estas

hecha. Yo como estoy acostumbrada, no sé qué se me había de hacer que me estuvieran predicando sin cesar. -- Pues hermana, si no te gusta oír á mi papá, no vengas á mi casa; por que yo no le he de decir que se calle la boca por no disgustarte. -- A mas, que la instrucción de ahora te la dió á ti para que yo la entendiera. Le tengo bien comprehendido su modo; así no creas que dirigió el sermón á tí.

Pero, después de todo, proseguía Pomposa: mi tío es muy escrupuloso, muy tétrico y adusto: me parece que te tiene en un puño, y que te pasarás una vida de monja recoleta. -- Pues te engañas de medio á medio; porque mi papá me quiere mucho, y tiene un genio muy dulce, y muy afable, y me da gusto en cuanto quiero. Si vieras como me acaricia, como si fuera una criatura de tres años, variarias de concepto, y aun te llenaras de envidia, si lo vieras cuando estoy enferma ¡Jesus! si es mucho. De un dedo que me duela, ya no sabe el pobrecito de papa que hacerse conmigo. El me cura, me contempla y me chiquea

con la mayor ternura. Yo fuera la hija mas ingrata del mundo si dejara de agradecer sus finezas. No tengo con que pagarlas sino con amarlo mucho, y darselo á entender, obedeciendolo en cuanto me manda y esto lo hago tan de buena gana, como que conozco que nada me manda ni me aconseja, que no sea por mi bien.

Pues entónces yo me habia engañado en pensar que te regañaba mucho, y te tenia muy oprimida; pero siendo como dices, haces bien de quererlo tanto. Lo mismo será mi tia no es verdad; =Lo mismo. Si mi mamá es un terror de amores.—Así son mis padres, niña. En todo me dan gusto, decia Pomposa. No hay bayle, tertulia, paseo, comedia ni fies tecita á que no me lleben: no hay moda en que yo no entre, y de las primeras: no hay amiga que no me consientan: no hay visita á donde yo no vaya: no hago cosa que no me alaban, y si hago algo malo todo me lo sufren con prudencia. En fin, ellos me dán gusto en cuanto hay, y yo puedo decir que soy dueña de mi voluntad, porque hago cuan-

to se me dà la gana, sin que jamás se me embarace; porque sí alguna vez tienta el diablo á mis padres, y no quieren llevarme á algun bailecito, ó dejarme ir á una visita, ya yo sé el remedio: pongo mal modo, y no como en todo el dia, y si esto no vale, lloro, y si no me vale llorar, me fingo enferma, y entonces ya no saben que hacer para consolarme; pero esto es muy de tarde en tarde; porque como les doy tanta guerra, y les cuesta tanto trabajo contentarme, ya se guardan muy bien de incomodarme; y así yo los quiero mucho, como debo, pues tengo tanta confianza con ellos, como tú con mis tios; aunque es verdad que no les hablo de tú; porque dicen que es mala crianza, y que los hijos deben hablar á sus padres de V. para que siempre les conserven el respeto.

Vaya, ese vestido me lo han cortado á mi tus padres, dijo Pudenciana. Mis tios sabran lo que dicen; pero, segun papá, el respeto de los hijos á los padres consiste en la obediencia, no en el tratamiento, pues este puede ser en si indiferente; y en caso de que sea lo

mismo hablarles de *tú* que de *usted*, como en efecto lo es, mejor es hablarles de *tú*: este tratamiento sin ser grosero inspira mas confianza: virtud necesaria en los hijos para amar á sus padres, y seguir sus consejos con firmeza. Entre los antiguos nunca se usó el *usted*. Todos se hablaban de *tú* lisa y llanamente, sin que por eso dejasen de respetar el hijo al padre, el criado á su amo, el esclavo á su señor, el vasallo á su rey, y todo subdito á su respectivo superior.

La diferencia de tratamientos se ha introducido por la soberbia de los hombres; pero no por una necesidad, pues sin ellos sabian hacerse respetar.

El tratamiento de *tú*, ciertamente que inspira mucha confianza; ¿pero de que confianza no es digno un padre y una madre? Nuestros padres, nos engendraron, nuestras madres nos concibieron y alimentaron en sus vientres, y nos han nutrido con su sangre: la de ellos circula en nuestras venas: tenemos su misma substancia: somos unos con ellos mismos, y para decirlo de una vez, nuestro cuerpo es una parte del suyo. Ha-

bra cosa mas conecsa y de mas íntima relacion? No tienen tanta entre si el marido y la muger, y es corriente que se hablen y se traten de *tú*.

Todo esto dice mi papá, y en efecto, yo conozco que es una preocupacion ridícula el creer que es preciso que los hijos traten de *usted* á sus padres, para que les conserven el respeto, Yo trato de *tú* á los míos, y á fé que no soy capaz de verlos disgustados un momento por mi causa.

Pero, por último: dime, hermana, ¿á quien debemos tener mas respeto, á Dios ó á nuestros padres; seguramente me respondes que á Dios: ¿y quien fué el mejor maestro de los hombres en todo, Jesucristo ó los hombres? Jesucristo dirás. Pues Jesucristo nos enseñó á llamarle de *tú* cuando llamamos á Dios como padre. Con que mira que fuera de razon van los que se escandalizan de que los hijos traten de *tú* á sus padres.

Dices muy bien, contestaba Pomposa; pero es fuerza que tú sigas la doctrina de tus padres, y yo la de los míos. Cada uno sabe lo que nos enseña, y á no-

sotros no nos toea sino seguir sus ejemplos y hacer lo que nos dicen que hagamos.

Estas conversaciones tubieron mientras tegían un pedazo de cordoncito. A la hora regular comieron, durmieron siesta, y á la tarde llegó el coche para llevar á su casa á Pomposa. Esta le rogo á Pudenciana que no dejara de ir el jueves proesimo; por que habia frasca, y se iba á celebrar el jueves de compadres, y quería que la acompañara. Quedaron en eso, y se despidió Pomposita de sus tios.

Pero como no hay plazo que no se cumpla, llegó el jueves, y doña Eufrosina envió á convidar al coronel y su familia para que fueran á su casa.

En efecto, fueron todos el juéves, no á la hora señalada; sino despues de almorzar; pero qual fué la sorpresa del coronel, de Matilde y Pudenciana al hallarse con la sala llena de gente, y á Pomposa en medio muy colorada, y hecha una vívora de rábia, con un papel en la mano diciendo: los colagiales, si, los malditos colagiales me han puesto por mal nombre Quijotita. ¿Que me ven esos maldi-

tos de Quijotjita? ¿Soy yo acaso loca, flaca, ni trigueña como don Quijote? ¿Soy hombre? ¿Tengo Rosinante? ¿Tengo escudero; acometo molinos de viento, ni hago ninguna fechoria como dizque hacia ese buén señor, que en paz descansó; Pues, por qué me han de llamar Quijotita; Maldito sea el que tal nombre me puso, y ojala yo supiera quien fué, que me la había de pagar, le habia de decir que era un grosero, malcriado y se habia de acordar de mi para todos los dias de su vida; pero ya que no lo conozco, á lo menos les prometo que no ha de volver á pisar mi casa ningun colegial.

De esta manera se esplicaba Pomposita, hecha una furia, hasta que el coronel le dijo: vaya, vaya: que te han hecho los colegiales, que estas tan enojada con ellos; Que me ha de suceder, tio, respondió Pomposa: que me ha de suceder; esos pícaros, groseros, indecentes, me han puesto por mal nombre Quijotita, y me lo han dicho casi en mis vigotes.

Mire V. que atrevimiento. Este papel me dejaron esos condenados dentro del clavo. Quien sabe como dñantres lo

pusieron sin que yo lo viera, y luego luego se despidieron y se fueron.

Decir esto Pomposa, y poner el papel en manos de su tío, todo fué uno Entonces el coronel se sentó, y como habia muchas personas de visita, lo hubo de leer en alta voz, y todos oyeron que decia ni mas ni menos como sigue:

*Pomposa: aunque seas bonita,
y aunque ves que te queremos,
no por eso dejaremos
de llamarte Quijotita:
y pues tu locura incita
á ponerte este renombre,
tén paciencia, y no te asombre
que ya sea en prosa, ó en verso,
diga todo el universo
Quijotita sea tu nombre.*

Acabó de leer el coronel: las visitas prudentes se sonreian, y las no prudentes soltaron la carcajada, con lo que se puso de peor condicion Pomposa. y hechando espuma por la boca decia: que dicen ustedes; no son infamias las de estos perros, maleriados, indecentes; Qui-



Deció esto Pomposa, y poner el papel en manos de su tío, todo fué uno.

jotita yo? ¿yo Quijotita? ¡Voto á mis pecados! Esto no es sufrible. ¿Que me habrán visto de Quijota estos maldicos? pero como vuelvan, yo les prometo que les he de decir cuantas son cinco, y los he de hechar muy mucho noramala de mi casa.

Asi se esplicaba la dolorida Pomposa, y por mas que hacian sus padres y las visitas por consolarla, diciendole, que quien hacia caso do esas cosas, que todo ello no pasaba de un mero juguete de muchacho: ella no se quietaba, sino que con lágrimas y gritos repetia el nombre de Quijotita, y tanto, que no quedó ni un criado que ignorara el chiste y el nuevo dictado ó título de su ama, á la que despues no conocían por otro nombre allá entre ellos, á lo ménos cuando esta los reñia con aspereza.

El coronel procuro que Pudenciana llevara á su prima Pomposa á la recámara, y cuando lo hizo, se levantó, fué adonde estaba y le dijo: mira, no seas tonta: con esos gritos y escandalos que has dado, no has hecho otra cosa sino perfeccionar la obra de los colegiales. Ninguna

necesidad había de que todos esos señores y señoras que estan en la sala hubieran sabido que te habian puesto ese nombre, si tú hubieras visto el papel sola, y lo hubieras ocultado con disimulo, habrias frustrado los maliciosos desig- nios de ellos, y todo se quedaria oculto; pero con tus alaracas no ha quedado perro ni gató que no sepa que te han puesto por mal nombre Quijotita.

Aunque es una grosera y malvada costumbre de poner nombres, y aunque es fuerza que se incomode aquel á quien se le pone; es tambien cierto, que nadie puede agraviarnos sino hasta donde nosotros querramos que nos agravien. Muchas veces es mayor nuestra colera que la injuria que nos hacen, y hay injurias que ni merecerian este nombre si nosotros no las calificaramos de tales.

Es increíble el partido tan ventajoso que podemos sacar de tener tanta prudencia y cachaza para disculpar á nuestros semejantes. Estas palabras: *inadvertencia, equívoco, chanza, tontera. &c.* valen un potosi para ahorrarnos de un sin fin de cóleras y pesadumbres al ca-

bo del año, cuando las sabemos acomodar á tiempo. Por ejemplo: si uno gasta conmigo una desatencion, y yo no quiero incomodarme, la juzgaré como una *inadvertencia*, de que todo hombre es capaz, y en este caso lo disculparé, y ya no me daré por sentido.

Lo mismo te hubiera sucedido á tí, si hubieras reflexionado en que los colegiales son jóvenes, alegres, capaces de divertirse con un entierro, y de chancar con un anacoreta. En este caso, tú te hubieras reido, y hubieras tratado de vengarte de ellos ingeniosamente y con secreto; pero como pensaste que atropeliaron tus respetos, y los de tu casa, y atribuiste á una groseria imperdonable su travesura, te incomodaste mucho, creyendote no menos que infamada sin razon, por una gente soez.

Mas ya se acabó todo, hija: ya se acabo. Serénate, sal fuera, presentate alegre, como siempre. en la tertulia, y no vuelvas á hablar sobre el asunto.

Algo se serenó Pomposa con los consejos del coronel; pero ya llegaron tarde. El daño estaba hecho, y desde entonces

comenzó á ser conocida entre todos por la niña Quijotita, lo que no habria sido, si ella hubiera sabido disimular. ¡Que cierto es que la prudencia compone todo, mejor que los gritos y los escándalos!

En fin, aquella mañana se pasó en bullas, brándis y alegría, á cuenta del bolsillo de don Dionicio, pero se festejaron los compadres. A la noche se dispuso el baile, y á las diez se retiró el coronel con su familia.

CAPITULO VIII.

Tun pequeño como interesante á los que lo leyeren.

NO fueron suficientes las razones del coronel para calmar del todo la cólera á nuestra Quijotita. Cada vez que se acordaba de su nuevo título y de la decimita que halló en el clave, rabiaba contra los colegiales y los llenaba de improperios. Sus espresiones cesitaban la risa de los que la escuchaban, y cada risa aumentaba el enojo de Pomposa.

Tanto se le cesaltó la bilis, que no solo se negó á tomar alimento, sino que

se resintió su salud de tal modo, que como á la media noche, la atacó un violento cólico, que puso en bastante cuidado á sus padres.

A la misma hora, á pesar de los fuertes agaaceros que por desgracia de los criados estaban cayendo, se repartieron todos estos en solicitud de médico y confesor. ¡Que trabajo no les costo hallar estos auxilios! Pero en fin, al cabo de mucho andar despues que calmó el agua, y por una dicha inesperada los encontraron y los llevaron á la casa.

El médico fué el primero que llegó y de consiguiente, el primero que se dedicó á cumplir con su oficio; pero con tan buena suerte de Pomposa, que con un ligero emético y otros remedios, calmó el dolor y se halló tan aliviada, que ya no se juzgó necesario el confesarla, aun habiendo llegado el sacerdote, que al ver esto, no pudo menos que enfedarse y decir: vean ustedes: por estos chascos no quieren levantarse de noche muchos padres. Está uno en su casa, acostado enfermo ó sano, dormido ó despierto, y derrepente zás golpes al zahuan ¿Que

es eso que se ofrece? Padre por amor de Dios una confesion aquí cerca, que se muere el enfermo. Eh. que pujando, que resongando se resuelve uno á levantarse: sáte á la calle, se espone á un ayre frio, ó á un aguacero, como yo ahora, llega á la casa y se haya con que ya no se necesita confesor. por que todo ha sido un chiqueo de la señorita. Ustedes dispensen que les hable tan claro; pero sien- to que me hayan incomodado sin necesidad. Bien hayan los padres que no se levantan de noche ni por Dios ni por sus santos; sino que despachan á sus parróquias á los que los llaman, por ejecutivo que sea el caso.

Todos se sorprendieron con el regaño del padre, y aun iba á satisfacerlo don Dionisio; cuando el médico, ahorrándole el trabajo, le dijo: padrecito, ¿que hemos de hacer? V. y yo estamos espuestos á semejantes lancees, por razon de nuestro ministerio. Yo tambien me he incomodado de mi casa. Es verdad, dijo el eclesiástico; pero á V. le pagan. = Y á V. tambien = ¿A mí quien me paga? ni aun que hubiera ignorante que me pagara,

créa V. que yo sería capaz de cometer tal simonia como vender el sacramento de la penitencia? = Ya se vé que no, padre mio: estoy muy lejos de presumir de V. ni de ninguno de su caracter, tal ecese- so; mas á la primera pregunta que V. me hizo de quien le paga, digo que Dios le pagará cuantas veces se incomode por cumplir con sus obligaciones. Y por lo que á mi toca no crea V. que soy un médico tan venal que solo me levanto de la cama cuando me promete mucho interes la visita. Yo, cuando me llaman á deshora, me informo de los síntomas que le advierten al enfermo, y si conozco que el mal es grave, me levanto al instante, y vuelo á socorrerlo, sia meterme en averiguar donde vive, quien es, como se llama, que empleo tiene, ni otras menudencias, para inferir si me estará bien ó no el salir de casa, como me dicen que hacen muchos de mis compañeros; aunque yo no lo quiero creer de ninguno, pues este proceder es una falta de caridad, y no como quiera, sino una falta criminal; porque el que no socorre á su projimo en necesidad grave,

lo mata, y yo no quiero ser reo de mas asesinatos de los que cometa por mi impericia en mi facultad; aunque estos son involuntarios, pues estudio y hago todas las diligencias que están á mis alcances para aliviar á los enfermos, no siempre con fruto, porque los mejores médicos andan á tientas poco mas ó menos, y solo el autor de la naturaleza sabe infaliblemente el modo como ésta obra.

Pero dejando esto aparte, padre mio: ni V. ni yo nos hemos incomodado sin necesidad. Efectivamente, esta niña estaba bien mala, y si los remedios no la hubieran laxado el vientre, acaso se hubiera muerto antes de amanecer. La naturaleza obedeció á la medicina, ó por que los remedios la obligaron ó por que Dios quiso; pero esto no prueba que la enfermedad no fuera grave. Todo dolor agudo puede ser pronóstico de muerte, si no cede á los medicamentos. Los dolientes de un enfermo ni pueden dirigir los remedios, ni prevenir la calidad del mal; y así hacen muy bien en implorar en estos casos los auxilios espirituales y corporales, y el médico ó el confesor que

se negare á impartirlos, es en mi juicio un reo de eterna condenacion; pues si el paciente por falta de socorros perece en esta vida, ó en la otra, ó en ambas, no sé como se disculpará para con Dios, ante quien se vive muy delgado.

Estas y otras cosas que dijo el médico, impusieron al confesor de modo, que abrazandolo dijo: gracias, amigo, gracias: Yo me he dado una leccion mas sabia y demostrada, que las que me enseñaron en las academias. Desde hoy ya sé que el alma que se pierda por mi causa me ha de hacer eternos cargos. No volveré á despachar á ninguno á su parroquia: sé que como sacerdote tengo amplias facultades para abrir el reyno de los cielos á cualquier pecador que acuda al asilo de la penitencia. Me escandalizaré de cualquier compañero mio que en igual caso que el presente regate este auxilio á los fieles, por quienes Jesu- cristo derramó su sangre con toda liberalidad; Vos señores dispensenme, que yo protesto la enmienda.

Don Dionisio y doña Eufrosina procuraron complacer al confesor y al médico

co del mejor modo que pudieron, y se concluyó este acto interesante.

CAPITULO IX.

En el que se trata de la historia de Iréne.

NO todos han de ser disgustos en esta vida; algunos ratos se han de consagrar á la alegría, y mas quando hay quien nos atise como doña Eufrosina que se empeñó con Welster, pasados los dias del luto para que tubiera un dia de diversion en su casa.

El ingles, que era muy político, no quiso que se pensara de él, que era misántripo ni mezquino; y así dispuso el dia de frasca que apetecia Eufrosina, por que muchas veces los hombres hacen algunas cosas contra su gusto por condescender con agenos respetos.

En efecto, se sitó este dia deseado de Eufrosina y sus amigas, convidando Welster á unos por ceremonia y á otros por amistad, como lo hacen todos en tales casos.

Entre los convidados por amistad, fueron el señor Labin, el coronel y

su familia, el cnra Don Jayme y otros. Carlotita se presentó ese dia con todo aquel lujo que le correspondia en su clase, sin degenerar en profano por que no es necesaria la indecencia en las mugeres bien nacidas para parecer mas hermosas de lo que son; mas para parecer coquetillas les es indispensable el des-coco y la desnudés.

Jacobo Welster era muy fino y poseía la ciencia del mundo; ciencia útil y necesaria á todos; pero que no todos saben manifestar. El y su esposa recibieron y trataron á sus convidados con la mayor atencion y generosidad, sin particularizarse con ninguno donde pudieran ser notados del comun de los concurrentes.

En esto me dieron una leccion apreciable de sociedad, y me proporcionaron un lugar para mormurar á aquellas gentes, que quando tienen una diversion en su casa, hacen distinciones groseras entre los convidados, dedicandose á obsequiar á los mas ricos con visible desprecio de los que no lo son; aunque estos sean sus antiguos amigos y á quienes han merecido mas

carño y más favores. Estas cuitadas personas, todas se atrojan, y no sabiendo como cumplir con las leyes de la adulacion y de la amistad, faltan á las sagradas que esta prescribe, por llenar las viles que aquella impone. Ordinariamente á los amigos y parientes se dejan sin lugar en la mesa, sin contestacion, y si se ofrece, sin comer, por obsequiar á las personas de cumplimiento. La disculpa con que palian su ingratitude y su falta de ciencias de mundo, es harto ridícula. Perdoná, mi alma, dicen las mugeres á sus amigas ó parientas: perdona que no esté contigo; ya vez que está ahí el conde ó el marquez, el canónigo, ó el cura fulano, y tú me has de dispensar por que eres de casa. A sombra de ésta fingida confianza tienen las visitas pobres que sufrir mil groserias y desprecios, hasta llegar á comer sobras, despues que las convidan. La prudencia les alaba. El americano Welster y su esposa habian aprehendido con escrutura la buena crianza; y así á nadie señalaron. Sabian muy bien las dos reglas de po-

lítica que se deben observar en éstos lances, y así no quedaron mal ni notados de ninguno. Las reglas dichas á mi parecer son las siguientes.

Primera: No convidar mas personas sino á proporcion del número de cubiertos que pueden poner, con veinte mas por los entremetidos, y sin dejar á los criados muertos de hambre en el dia de banquete.

Segunda: No particularizarse con ninguno; sino hacer á todos igual aprecio en el público. Se encierran en dos estos predeptos y es fácil su cumplimiento queriendo que se verifique. Welster y su esposa los observaron. Ningún convidado comió fuera de la mesa, y en lo restante del dia apenas se sentaron los señores Jacobo por un lado, Carlota por otro, un rato con esta familia, y otro rato con aquella, como todos conversaban, á todos divertian, y nadie tubo ocasion para quejarse. A la noche siguió el bayle; y todos se divirtieron sin emulaciones ni etiquetas. Como las diez de la noche serian quaa

do estando bailando Carlota unas cuadrillas, entro una señora, vestida de negro, con el velo echado en la cara, y un bulto bajo del brazo, la cual habiendose detenido un corto rato en la puerta de la sala, luego que observó que Carlota notenia que figurar en el bayle, entró apresurada, la tomo de un brazo, le hablo dos palabras, y se fueron á la recamara, ocupando otra señorita el lugar de Carlota.

Todos hicieron alto en esta novedad; pero ninguno fue en su seguimiento. A poco rato salió Carlota sola, y continuó el bayle hasta su conclusion, que fué á las dos de la mañana, sin que nadie supiera quien era la tapada; pero el lector es fuerza que lo sepa.

Al dia siguiente fué Welster á casa del coronel, á tiempo que iba á almorzar con su familia, lo recibieron todos con expresion y le dieron asiento en la mesa para que los acompañara en el almuerzo. Durante este le dijo doña Matilde: por fin, quien fue la tapadita de anoche, que cierto que nos dió algo en que pensar su silencio, la hora y el extraño traje en que entró? Aventuras, señorita, aven-

turas, respondió Welster: sobre esto vengo á consultar al señor coronel. El caso es este: la tapada es una joven de diez y ocho años, nada fea, y bien nacida, segun dice: se llama Iréne fué muy amiga de mi muger en el convento, donde la pusieron sus padres para ver si olvidaba á un joven llamado don Jacinto, con quien ella quiere casarse. En efecto, despues de seis meses de encierro, Iréne fugio tambien que ya habia prescindido de su amor que engañado su padre, la saco y la llevo á su casa muy contento.

Ocho dias hace, aun ignoraba Iréne por que motivo la habian sacado del convento; pero su padre la libertó muy presto de esta duda, diciendole, que le tenia ajustado un ventajoso casamiento, del que jamás tendria que arrepentirse, pues el novio la queria mucho y era muy rico. Iréne preguntó que quien era, y se le respondió que Don Cosme Santibañes. Iréne conocia bien al dicho Don Cosme, como que visitaba su casa con frecuencia, y así, luego que oyó nombrar el sujeto á quien la destinaban, se contristó, y no se determinó á hablar una

palabra; porque temia el caracter furioso de su padre, quien no se metio por entonces en inquirir su voluntad, sino que lo dió todo por hecho, y la dejó sola.

La pobre Irène inmediatamente procuró instruir á su amante de la resolución de su padre, y don Jacinto le contestó, que si ella lo amaba deberas, no se casaria con don Cosme, ni con un principe, pues para contraer matrimonio deben estar acordes las voluntades de los contrayentes; y así que si ella queria mantenerse firme y cumplirle la palabra que le ha dado de ser suya, no se casaria con otro aunque la matasen; pero que si se dejaba deslumbrar del interés, y tenia intenciones ó deseos de ser rica, en este caso ese usado era que le avisara, pues podía hacer lo que le estubiera mejor, mas que á él le costase la vida el perderla.

Irène recibió esta carta con la pena que se puede considerar, y resolvió no casarse con nadie, á no ser con don Jacinto, y mucho menos con don Cosme, pues dice que es un viejo, payo, muy barbaján, grosero y zeloso; pero como tiene dos buenas haciendas, ha alucinado no

solo á su padre, sino á su madre y á su hermano prometiendoles á todos una ventajosa mudanza de fortuna, luego que se verifiquen sus bodas. Con esto, todos estan interesados en que se case Irène con él; y aun cuando ella no manifestaba una declarada repugnancia, todos ellos no dejaban de persuadirla á que verificara con gusto el enlace, de suerte que lá infeliz Irène no tenia en su casa otra persona con quien desahogarse sino con una vieja, que la crió, llamada nana Felipa. Con ésta pobre lloraba y se quejaba amargamente.

Mientras esto pasaba, su padre no perdia tiempo para agitar el casamiento, como que tenia dinero á su disposicion. Irène que es muy cobarde á lo que entiendo, y teme mucho á su padre y al hermano, no hallaba modo como decirles que no queria casarse, y nana Felipa le aconsejo que se valiera de su confesor.

Lo hizo así Irene, y el buen sacerdote hizo tambien cuanto estaba de su parte, tanto para embarazar que se casara con don Cosme, cuanto para que

el padre decía su permiso para que se enlazaran con don Jacinto; pero todo fué en vano, porque don Lucas que así se llama el padre de Iréne es un poco peor que mi difunto suegro.

El confesor de Iréne le hizo ver que no debía ni podía violentar la voluntad de su hija, á abrazar un estado que le era repugnante, ni ligarse con un hombre á quien no tenia la mas minima inclinacion: que el don Jacinto era un mozo bien nacido, que lo conocia mucho y á sus padres, que era muy hombre de bien y si no tenia el caudal que don Cosme, no le faltaria á su hija lo preciso pues tenia en una de las oficinas reales de esta ciudad destino decente y con escala; para que ella que era una niña pobre, no estada desigual el casamiento: que era mejor dejar á las hijas casarse á su gusto, que no esponerlas á hacerse infelices toda su vida y de camino, á los hombres, con quienes las unen. En fin, el buen sacerdote le dijo cuanto pudo; pero como he dicho, todas sus diligencias fueron vanas: por que don Lucas estaba inescrutable. Decia: que nadie sabia mas

que él lo que le importaba á su hija; pues al fin era su padre: que era escusado lo persuadieran á que la dejase casar con el pelado de don Jacinto por que tenia á su favor la dragmática Sancion publicada en Madrid en 27 de Marzo de 1776, segun la cual no se casaria sino con quien él quisiera, mientras no estubiese habilitada de la edad, y que si se casara sin su consentimiento, ayudada de algunos que la quieran favorecer, anularia el matrimonio; pues como era su padre, tenia facultad para todo.

El eclesiástico lo procuró sacar de estos errores. Diciendole: que el espíritu de la ley era sujetar á los hijos para que no abusasen de su libertad en conocido perjuicio suyo; pero no ampliar sin limites la autoridad de los padres, permitiendoles se opusieran á los honestos enlaces de sus hijos, solo por codicia, venganza ó otros fines tan indignos como éstos: que el ser este el espíritu de la ley se puede ver con ella misma, pues deja á los hijos en absoluta libertad para que contrahigan matrimonio con quien quieran, y sin necesi-

sidad de la licencia de sus padres, luego que han llegado á cierta edad, en que se consideran con suficientes conocimientos y esperiencia, y que tambien era un error creer que el matrimonio celebrado en cualquier tiempo sin el permiso paternal era nulo, pues contra los que tal dijeran, habia fulminado una terrible excomunion el Santo Concilio de Trento en la ses. 24 del cap. 1.

Ninguna de estas ni otras razones del eclesiástico sirvieron para otra cosa sino para irritar al encaprichado don Lucas, y el confesor, viendo que nada conseguia, se despidió.

Inmediatamente el malvado padre, consultando con don Cosme, con su muger, con su hijo, y con todos, menos con Iréne, trató de apresurar el casamiento.

Para esto, luego que se fue el confesor, salió él tambien á la calle con el mayor disimulo, y á la una del dia volvió, y encerrandose con Iréne le dijo: parece que tú no has escarmentado con el convento, aun te inclina mucho ese pelagatos de don Jacinto, y repugnas casar-

te con el honrrado don Cosme, con un hombre maziso, de esperiencia, que te quiere mucho, y nos puede hacer felices á todos; por que es muy rico y tiene dinero que le sobra. Si vieras lo que te ha prevenido para darte de douas el dia que des el si, te espantarias. Un ropero te tiene todo de ropa nueva, de última moda y hecha á tú medida; porque con tiempo se ha pedido á tu madre, camisas, tunicos, medias, y hasta zapatos tuyos. Por lo que toca á alhajas, no tienen número, pues á mas de las de sus difuntas mugeres, que ha tenido dos, te ha comprado muchas del dia, y de valor. Fuera de esto, me ha prometido dotarte en seis mil pesos, por si muriere sin hijos: habilitarme con cuatro mil, para que yo los gire en lo que quiera, sin tomar el nada de las utilidades, y poner á tu hermano de administrador de una de sus haciendas con un buen partido.

Con que ya ves que estas fortunas no se proporcionan todos los dias: que si esta coyuntura se pierde, no se ofrecerá otra en toda la vida, y que tú puedes hacernos felices á todos, con solo que

olvides al picarillo de Jacinto y te cases con don Cosme.

Si yo te pidiera que ayunaras á pan y agua cuatro meses, que te desollaras á azotes: que te sacaras las muelas, ó que te dejaras matar, harías muy bien de no obedecerme, por que estos serian unos sacrificios muy costosos; pero que te cases con don Cosme que dificultad hay en ello, que inconveniente, que imposible? Es verdad que el ya es viejo; pero debajo de la barba cana vive la muger honrrada. Es un páyo tonto; pero tú no le has de querer para que te predique, sino para que te de gusto. A mas de que por lo mismo que es viejo, debes casarte con él de buena gana, por que en cuatro dias se muere: poca guerra te dará, y como tú le sepas hacer la barba, te dejará heredera de todo quanto tiene, que es bastante para hacernos ricos á todos, y entónces, cástate ahí que quedas muchacha, bonita y con dinero, y te casarás con quien te diere gana. Con que, que dices hija mia? te casas con don Cosme, por que ya esta todo prevenido?

Tapá, dijo Irene: yo no aprecio el dinero mas que mi gusto y si V. me pregunta la verdad, yo con quien quiero casarme es con don Jacinto, y por él despreciaré á un rey. ¿Eso me dices á mi, mocosa, perra, atrevida, malcriada, insolente? Le respondió don Lucas: pues oye: ya yo tengo empeñada mi palabra. Te has de casar con don Cosme, ó se ha de llevar el diablo toda mi casa. Ya me conoces, ¡eh! ya me conoces. Conmigo no se juega. No, pienses que yo soy como el pasguate del padre de la monja (lo decia por mi suegro) que se volvió loco, se murió y no hizo nada. No, yo no soy tan para poco. A mi me ahorrearán, pero ni me moriré de pesadumbre, ni será por nada, sino por algo. Mira: ya vez este puñal nuevecito? pues lo he comprado hoy para matarte si no me obedeces ciegamente, esta tarde á de venir el cura a tomarte el dicho, y yo he de estar presente. Conque resuelvete: ó le dices que es tu gusto casarte con don Cosme, ó ya puedes hacer actos de contricion, porque esta tarde mueres á mis manos. Diciendo esto, se salió del cuarto.

ó aposento.

Ya se deja entender el conflicto de esta infeliz muchacha. Comió por ceremonia. A la tarde á cosa de las cuatro llegó el cura de la respectiva parroquia con un notario: llamaron á Iréne: salió la triste forzada, y parado su padre detras de ella, metida la mano en el faldon de la levita, mirandola con ojos centellantes, la obligó á decir que sí, que era su voluntad casarse con don Cosme. Su mano trémula firmó su sacrificio, y se concluyó aquel acto terrible.

Al dia siguiente llevaron á su casa las donas; que segun ella dice, son de costo; pero las recibió con demaciada frialdad, y sobre esto la riñeron sus padres y su indigno hermano.

Esto fue el viernes: el sabado le dijo su padre que ya estaba conseguida la dispensa que llaman de *vanas*, que es de amonestaciones ó publicatas: que el domingo seria la boda ó la dada de manos, como suelen decir. ¿Como se quedaria Iréne con esta nueva? facil es inferirlo.

Llegó el domingo. En la mañana fué á verla el novio, y fue la primera

vez que le habló de amores; pero esto á presencia de todos sus tiranos. El paso cuenta de los mas célebres la muchacha lo que don Cosme es en efecto un macho cargado de plata: un vejancon muy rústico, criado en las batuecas, y lleno de ignorancia y de engrandecimiento con su diaero: circunstancias que lo hacen ridiculo y odióso hasta lo sumo.

Irene sufrió una hora de penitencia con estar hablando con el, la angustia de su corazon era mucha: no sabia como escaparse del proccimo peligro que la amenazaba, ni tenia de quien fiarse sino de nana Felipa para avisar á su amante que en aquella noche debian verificarse sus desgraciadas bodas; pero aun de nana Felipa desconfiaba, por que dice que es muy tonta y muy escrupulosa.

Sin embargo, atropelló con todo, y con muchas lágrimas y cuatro escuditos de oro de á dos pesos le suplicó le llevase á don Jacinto un papel mientras comian, y que no se volviese sin respuesta. El oro todo lo vence. La vieja llevó el papel, y despues de siesta entregó á Iré-

ne la respuesta de don Jacinto, que se reducía á decirle que desde las siete de la noche estaria un coche parado en la esquina, y el en un zahuan de enfrente de su casa, con otro compañero: que si se resolvía á no casarse, que hiciera por salirse, y que estando en la calle, verian entre los dos que se hacia.

Trabajo le costo á Iréne resolverse á una fuga tan inconsiderada; pero el tiempo corria, amaba á Jacinto, aborrecia al novio viejo y ya le parecia que la casaban con él en esa noche; y así ya cerca el toque de las oraciones se determinó á salirse de su casa. Hizo un lío con alguna de su ropa, y guardó sus alajitas y lo escondió debajo de la escalera.

A esa hora llegó el peluquero, la peinó muy bien, y su madre la compuso como novia con el mejor túnico y las mejores alhajas, que le habia comprado el viejo, quien dice que andaba muy contento, resurado, y hablador.

Don Lucas no cabia en si de gusto; la madre y el hermano estaban locos: los criados entraban y salian, previnién-

do el refresco, y la novia hizo tan bien el papel de que estaba muy alegre, que los engañó á todos completamente.

Pendientes estaban los viejos y ella del reloj. Los viejos deseaban que dieran las siete, á cuya hora esperaban al cura, é Iréne las deseaba tambien para marcharse. Cada rato preguntaba á su padre, que hora era, y este decia á Don Cosme: ¿que le parece á V. amigo? ya no ve la señorita la hora de que den las siete. Vaya, vaya, todo ha salido como se apetecia.

Apenas dió la primera campanada de las siete, se asomó ella al balcon, vió el coche en la esquina, conoció á su amante, y aprovechando un momento favorable, que le proporcionaron unas señoritas, que llegaron de visita, bajó corriendo: se vistió el túnico y la mantilla negra y se salió para la calle.

Al salir dice que entró el cura y otros señores: le dieron las buenas noches y pasaron de largo. Asegura Iréne que de su casa á la esquina donde estaba el coche se le hizo una legua, y cada instante pensaba que iba su padre detras de ella

y la mataba.

En fin, entre estos sustos llegaron al coche, subió y se alejaron de su casa á todo trote. Su querido Jacinto le procuró serenar y la obsequió del mejor modo; aunque ella nada quiso tomar.

En andar calles se les fué la noche sin atreverse don Jacinto á llevarla á ninguna casa de sus conocidos, por no esponerla á que se hablara de su honor. Ella tampoco queria ir á ninguna casa de sus conocimientos, por que temia que se lo avisaran á su padre. Con ésta irresolucion pasaron por casa á las diez de la noche, oyeron música, se informaron de que habia hayle, y preguntando que quien vivia allí, les dijeron que la monja, ó la Carlota, la muger del inglés. Al instante se acordó Iréne de su amiga y compañera, y le dijo á don Jacinto que en ninguna parte se juzgaba mas segura; por que Carlota la queria mucho, y era de muy buen corazon, y que á mas de esto su padre no podia presumir que estuviera allí, por que no la conocia sino por el nombre. Con esto se despidió de su amante, su-

bió la escalera, se detudo en la puerta de la sala para ver á Carlota, y luego que la conoció, se acercó á ella y se entraron las dos á la recamara como vieron V V. Esta es la aventura de la tapada. Ahora pregunto, señor coronel ¿que debere hacer en este caso?

En verdad que no es muy fácil la respuesta. caballero Welster, contestó don Rodrigo: por todas partes se presentan dificultades. Si V. la tiene en su casa, hay el riesgo de que lo sepa su padre, y que no solo le acarre á V. mil incomodidades, sino de que lo comprometa á un lance de honor; por que él es un necio atrevido, y V. no ha de consentir que la saque de su casa con tropelia. Si V se la entrega á él llanamente, es lo mismo que entregarsela al verdugo. Si se le da parte al juez eclesiástico, dirá que no tiene que ver en eso, y si al juez Real, puede mandar que la entregue V. á su padre. ó que se ponga en un deposito á su disposicion, y de todos modos queda espuestísima la muchacha entre sus padres, su hermano, y el tal don Cosme, pues todos conspira-

ran á su ruina. ¡Valgate Dios por padres crueles, y á que peligros esponen á sus hijas! ¿No ha consultado V. esto con nuestro amigo Labin?

Se lo consulté, respondió Jacobo; el es de parecer que la tenga yo en casa unos dias, mientras se vé como se pone en un convento de orden del juez, sin intervencion de su padre; pero no debe estar muy seguro de su parecer, pues el mismo me embió aca á consultar con V.

Pues yo suscribo á la opinion del sr. Labin; pero solo quisiera que se acelerara ese paso; porque importa mucho que el ingreso de Iréne al convento sea muy pronto.

En esto quedaron, y Welster se despidió para buscar á Labin, y dar traza de asegurar á Iréne.

A poco rato llegó Pomposita en coche, acompañada de la recamarera á ver á su prima con no sé que pretesto, El coronel, al verla sola, le dijo: ¿que no hay otra persona en tu casa de mas respeto que te acompañe? ¿es fuerza que la recamarera sea tu custodio? ó es la que le merece mas confianza á tu madre? ¿que

cosas!

Se conocio que se enfado un poco don Rodrigo; por que á poco tomo el sombrero y se salio para la calle.

Doña Matilde hizo que le dieran de almorzar á su sobrina, y se fué á hacer una labor que tenia entre manos, dejando á las dos niñas en la sala.

Llévaron el almuerzo á Pomposita, y mientras estaba almorzando la criada se sento junto á ella en un mismo canapé. Pudenciana noto bien ésta familiaridad y la comenzo á ver con atencion. Pomposita advirtio que su prima estaba incomodándose con ésto, y le dijo á la recamarera: levántate, hija, que para servirme la mesa no es menester que te sientes= Ora si, niña: ¿de cuando acá son esas monerías? ¿que es la primera vez que me siento con V.?=No, no es la primera vez que te doy licencia de que te sientes; pero eso no lo has de hacer en las visitas, ni delante de la gente, porque dirán que todas somos unas, y hás dé advertir que yo soy tu ama, y tu mi criada para que me trates con respeto.

¡Ay niña! ¡que soberbia ha amaneci-

do V. ahora! La verdad que esas son muchas qui jotadas. = Mira, Manuela, que no seas tan grosera ni malcriada porque.... = ¿Por qué, niña? = Por que te haré escupir las muelas á bñfetadas. — ¿A mi? si; pues cuando.... era menester que tubiera yo las manos amarradas para dejarme dar de V.

Iba Pomposa á levantarse con el tenedor en la mano, hecha un veneno contra su altanera criada: pero Pudenciana la contubo, y levantandose ellá se encarró á la moza, y con la seriedad que pudiera proceder una señora de edad, le dijo: ¿que es esto, insolente, atrevida? que no ves con quien hablas, ni donde estas? ¡eh! marchate pronto para fuera, antes que llame yo á mamá y te mande echar á palos de mi casa, llanota, malcriada, indecente. Señorita: yo no me meto con su merse, decia Manuela. = Ni te metieras: ¿pues como yo te habia de sufrir esas picardias ni esos retobos, que no se lo avisará á mi papá, y salieras de mi casa bien castigada. Sobre todo: yo no quiero conversaciones contigo. Mudate á la cocina, si quieres esperar á tu

ama, ó vete noramala de una vez, que yo le avisare á mi tia que te he echado. Si, si me iré, decia llorando Manuela; pero asi que me paguen lo que me deben: que no habia de ver la niña sino lo que yo les aguanto, y lo que hago por ella; pero yo le avisaré á la señora y á señor. y.... Vamos, Manuela callate la boca, decia Pomposita: ¿para que es eso? ya sabes que yo y mi mamá te quedemos mucho; pero no me gusta que delante de las gentes te propases con migo. Con esto se contentó la criada y se salio al corredor á esperar á su ama.

Así que esta estubo sola, le dijo Pudenciana: estoy muy admirada: no te conozco: ¿es posible que tú no solo hayas aguantado las perradas de esa grosera, sino que la hayas contemplado y dadole tanta satisfaccion? tú. que te vanaglorias de no dejarte de ninguno, y que hasta con mi tia te pones á tú por tú cuando se ofrece, te has abatido tanto á una sirvienta de porra? vaya, si me lo hubieran contado, hubiera dicho que eran mentiras.

Tienes razon de estrañarle, dijo

Pomposa; pero sabete que no [solo yo le aguento, sino tambien mamá. Yo le sufro sus retobos por cierta cosa, y mi mamá por que le debe seis meses de salario.

¡Que cosas de mi tia! ¡que olvido! no puede ser otra cosa, por que no le falta dinero. = Ya se vé que no: mi papá le da para todo; pero no le alcanza y se vé muy apurada hasta para completar el gasto de la semana. Como tiene tantos bayleccitos.... = Yo soy una mocosa; pero no hiciera ninguna fiestecita por no verme apurada, y sobre todo por que no habláran los sirvientes. Pero, niña, por eso sufre mi tia los retobos de Manuela, y tú porqué?

¡Ay niña! por que mira.... pero estamos solas? no hay nadie que nos oiga. = No. Pomposita: di lo que quieras que estamos seguras de que ninguno escuche lo que hablamos. — Pues oye: entre las visitas de mi casa, y entre mis muchos enamorados, me llenó el ojo y supo avasallar mi corazon un oficialillo de milicias, en términos que hube de corresponder á sus instancias. Ello es verdad, que el

muchacho es muy buen mozo, y muy fino. No me pesa de quererlo; pero tengo miedo por que mas de dos veces he estado para comprometerme. = Será para casarte; no es verdad? = Nada de eso. ¿Yo me habia de comprometer á casarme con un triste capitán? No digo, ni con un brigadier. Si fuera con un marques rico, tal vez... = Muy alto piensas, hermana; pero no queriendo casarte con ese capitán que te pretende no se en que estaria tu comprometimiento; pues una niña de tu estado y de tu clase, no puede comprometerse con un hombre á otra cosa que ha ser su muger. -- Pues yo me he visto comprometida á otra cosa sin que haya sido para eso. Ya se vé, tales han sido los riesgos. Mira tú que una noche me estube platicando con él en el descanso de la escalera. Otra vez... = Callate, niña; y es posible que te espongas á esos riesgos? ¿Que no te ha visto mi tia? no lo sabe? -- No, niña nido permita Dios. ¿Sabes quien me ha valido mucho? Manuela, por que ella ha estado al cuidado para avisarme. -- ¡Ah! pues por eso tu le sufres sus picardías, por

que no te acuse. -- Ya se ve que si: por eso la aguanto; si no como ella habia de alzar los ojos para verme. Pero no te admires de esto. Acaso yo sere la primera niña doncella que tolere á sus criadas, por que ha tenido la debilidad de fiarse de ellas: ya se ve, que no seras la primera ni la última que les tenga miedo, ni que pierda el crédito por su causa.

¿Que puede hacer una criada vil, que se emplea en estos oficios, sino callar las flaquezas de sus amos mientras estas les tapen la boca con dádivas; pero el dia que les dejen de dar ó que no esten de humor para sufrirles sus retobos y llanezas, entonces las descubriran no solo con sus madres, sino con cuantas puedan; por que entre la gente sin principios no tiene límites la venganza.

Bien haya mi papá que me aconseja que yo le dé cuenta de cuanto me pasare, sea lo que fuere. ¿Hasta de tus enamorados? preguntaba Pomposa; si, hasta de eso; ¡hay niña! cuando mi papá ni mi mamá habian de permitirme tal cosa? Dirian que eso era perderles el respeto. Mas se lo pierdes valiendote de esa criada y

mas te espones; por que si tú hubieras tenido el permiso que yo, es verdad que no le hubieras hablado á solas al capitán; pero tampoco te hubieras espuesto como dices.

Fuera de esto, para que las amas sean las que fueren, tengan boea para sus criadas, es menester que éstas no les sepan nada, que no tengan rabo que pisarles; por que de otra suerte, las mosas tienen á las amas como los cocheros á las mulas sujetas del fiador, y cada dia se insolentan mas, por que estan seguras de que les han de aguantar, por tal de que no descubran sus defectos.

Pepa la Gomes me contó el otro dia que una amiga suya le aguanta á una costurera que tiene, treinta mil porquerias, retobos y robillos de cuando en cuando. Su marido cada rato le dice que la eche; pero ella no se atrebe ni á regañarla; antes es una verguenza ver el abatimiento con que la sufre; y ¿por que? por que la tal costurera es la depositaria de sus cecretos, la criada de su mayor confianza y la que la acompaña á la casa de un señor, y el dia que lo sepa el marido, tal vez la mata-ra, y hara muy bien, por que no se casó

para ser mala; pero ya ves que lindo motivo tiene esa señora para ejercitar la paciencia con su criada. Yo, por mi, te aseguro que he de hacer cuanto pueda por manejarme toda mi vida con honor, por tal de que mis criadas, cuando las tenga, no se suban sobre mi, por el mal ejemplo que les dé.

Pomposita se avergonzó con la prudente reprensión de su prima, y no teniendo que decirle, vario conversación, y á poco rato se despidió de ella y de su tia.

CAPITULO X.

En el que continúa la historia de Irene.

¡QUE cierto es que los hombres miserables y siempre dependientes de los altos decretos, apenas podemos disponer con seguridad del instante presente, pues los fueros ya no penden absolutamente de nuestro arbitrio! Es muy poco avisado, á mi entender, el hombre que con una loca arrogancia dice: mañana haré esto, emprenderé tal cosa, sin añadir esta palabra: *si Dios quiere*, por que es nece-

sario contar con esta soberana voluntad para todas nuestras operaciones.

Cuando Welster hablaba con mi tutor acerca de poner á Irene en el convento, ¡que ageno estaba de que á esa misma hora la estaban sacando de su casa! Así fué.

El á la tarde volvió á la del coronel, acompañado del señor Labin y lleno de cólera le dijo: ¿Que le parese á V. señor coronel? no hemos quedado bien lucidos? cuando estube aca esta mañana fué el pícaro de don Lucas á casa y con la mayor tropelia se sacó a Iréne. auxiliado de cuatro soldados y un cabo, y por mas que Carlóta se opuso, no fue posible resistir á la fuerza. Lo que mas siento es que ni conozco á ese padre infame, ni se donde vive; que si no, juro á Dios que habia de saber quien era Jacobo Welster.

Envaine V. señor Carranza, le decía con mucha gracia el señor Lavin: envaine V. y no se precipite. ¿Que le importa á V. que sea un grosero el tal don Lucas? en eso el se agrabia y no á V. si hubiera ido á su casa de V. y en su presencia el solo hubiera sacado á Iréne, en-

tonces habria hecho mal; pero á lo menos se acreditará de osado, y habria manifestado que no tenia ni atencion ni miedo; pero ir con cinco soldados y cuando tú no estabas en casa prueba que temió, y este temor te debe servir de gran satisfaccion.

El Coronel y doña Matilde apoyaron el discurso del señor Lavin, y se sosegó Welster un poco mas. Mudaron conversacion, y entre otras cosas, preguntó Lavin al Coronel si habia de ir al teatro á la noche, por {que le aseguraban que la comedia era muy buena.

Pudenciana se empeñó para que su papá la llevará al coliseo; éste se informó de la comedia que era, y habiendo sabido que era la *misanthropía*, le dijo: si te llevaré: puntualmente es una pieza dramática que deben ver las mugeres. Su moralidad consiste en manifestar al alma los remordimientos, aficciones y sustos que sufre una muger noble cuando ha tenido la desgracia de ser infiel á un marido honrrado y amoroso. A esta comedia te llevaré de buena gana, y á otras como ella. Por ejemplo: á la que se titula *el amor*

fficial: á la andrómaca: al hombre agradecido: á la reconciliacion: á otra que se titula: si la muger es prudente domina y vence al marido. y á otras como estas; pero no te llevaré á aquellas, que á mas de oponerse al buen gusto del dia, corrompen las costumbres abiertamente, enseñando á las mugeres, y especialmente á las juvenes, incautas, cosas que jamas debian saber, como, por ejemplo: los artificios y enredos que muchas damas de comedia usan para burlar la vigilancia de los padres, y maridos cuando tratan de complacer á sus amantes.

Tales lecciones las aprenden las muchachas muy bien en las comedias tituladas: *casa de dos puertas no les muy facil de guardar: de fuera vendrá quien de tu casa te echara: guardar una muger no puede ser*, y otras asi que fuera muy útil que no se representaran jamas en nuestros teatros.

Aun aquellas comedias que no dañan sino al buen gusto debian desterrarse por incipidas. inverosimiles, y fantásticas. Ya VV. conoseran que hablo de las comedias mágicas, que vulgarmente llaman los empre-

sarios: *de pueblo*. Esto es: aquellas que todo su asunto consiste en echos maravillosos y que estan fuera del orden natural, increíbles, y que inducen á la supersticion. Sean ejemplos: *el májico de Cervan: Juana la Rabicortona: el májico de salerno: la Fuente de la Jadia* y á otras muchas. Estas comedias, si no se van á ver para gustar de la destreza de los mozos que sirven las tramoyas, ó de la habilidad del autor de las perspectivas, no tienen otro mérito por que verse. En ellas no se halla asunto digno, ilacion regular, genio poetico, ilucion, reglas cómicas, moral, ni gracia alguna que illustre al entendimiento, ni mueva la voluntad á acciones nobles y virtuosas. Todas son fruslerías, ecstravagancia, desaliños, trampantojos, y para decirlo de una ves, ridiculeses y titeres mas propios para divertir muchachos que para hacer perder el tiempo á muchas gentes que parecen juiciosas é instruidas.

Es verdad que contra esto me responderian los empresarios ó asentistas: que ellos tratan de sacar con ventajas el dinero que han invertido en la *empresá*: que tienen una larga esperiencia por si y por

sus antecesores de que estas clases de comedias agradan á el público, y con ellas se llena el coliseo; aunque sean ocho noches continuas, como se ha visto, y que segun esto, es preciso sacar la utilidad de estas comedias, y tener esperanza en ellas mejor que en las *de asunto*, pues á la comedia *del diluvio*, que es un diluvio de disparates, van mas gentes que á la de la *misanthropia*. Esto prueba, diran, que semejantes comedias son mas gratas á el vulgo que las que se presentan arregladas al arte, y entonces alegrarán con Lope de Vega, que *puesto que el vulgo las paga es justo, hablarle en necio para darle gusto*.

Pero don Tomas de Iriarte ya dió por tierra con esta especiosa disculpa cuando dijo: *que al pueblo si le dan paja, come paja, pero en dandole grano come grano*. Trátese en el teatro de pintar las pasiones con viveza: de enseñar el modo de moderarlas: de divertir con provecho á los espectadores: de corregir y de mover rectamente el corazon, y se verá que el pueblo concurre á ellas con mas ansia que á las de titeres.

Eso pienso que es difícil. decia

Matilde: ¿no ves como se atropella la gente en las comedias de *Sanson* del *Bruto de Babilonia* y otras semejantes, especialmente las mugeres, de modo que en muchas de ellas se quedan los hombres sin casuela porque aquellas no caben? ¿Conque como habian de dejar de verlas, ni como las habian de posponer á la *misanthropía*, ni á ningunas de esas otras que se llaman de capa y espada ó de argumento? =

Sabes como, hija: conque se desterraran del teatro las comedias de titeres, y las que pueden corromper las costumbres. El pueblo siempre anhela por diversiones en las ciudades populosas, y asiste á las que hay, sean las que fueren. Luego si solo se franqueasen diversiones útiles, asistiria á ellas lo mismo que á las frívolas, y poco á poco hiria perdiendo la aficion al mal gusto; porque hemos de estar en que la gente idiota siempre es amiga de la novedad, y como perciba algo de maravilloso en lo que ve; mas que la engañen con patrañas. Un trozo moral del *Otelo*, un retazo crítico del *café*, no vale tanto para el necio. como ver

volar una ninfa ó salir un sin fin de diablillos de una caja. Esto es muy material, provoca la risa, y no necesita mas que ojos para comprender su primor. Esta es la causa por que tienen semejantes comediones, mas espectadores y aplausos; pero quitensele al pueblo estos objetos materiales y ridículos, acostumbresele á que juzgue de las comedias con la razon y no con los ojos, y á poco tiempo de esta rutina yo pongo mi cabeza á que silva una comedia de maravillas.

Pero oye: decia doña Matilde: tú has dicho que la gente idiota es amiga de novedades y prodigios, y yo veo que á la Genoveba van muchísimas personas decentes. Vaya, si se llenan las bancas, y los palcos lo mismo que la casuela y el mosquete ¿que diré yo, sino que á las gentes decentes les agradan las tramo-
yas, los vuelos y las ficciones lo mismo que á las gentes vulgares.

En verdad que tu observacion es urgente, decia el coronel: y á no admitir una pura escepcion, probaria que tan vulgar es aqui la gente distinguida como

la plebeya, pues toda concurre con igual ansia á esos despilfarrados espectáculos; pero no es así, pues aunque van á tales comedias muchas gentes de buen nacimiento y buena ropa, esto no prueba que no sean vulgares, y tanto como el último mosquetero. El nacimiento, la ropa, ni aun los destinos no dan una migaja de ilustracion al que no la tiene, y de consiguiente el que piensa como el vulgo, y el que se divierte como el vulgo, es vulgar, mas que se vista ó se llame como quiera. De que se deduce que habiendo en todo el mundo vulgo rico, y vulgo pobre: vulgo decente y vulgo trapiento, no se debe estrañar que á estos comediones de pueblo concurra el vulgo de buena ropa con el de capa raída. Esto es claro.

Pero así como de un exterior lucido no se puede inferir un entendimiento ilustrado; así tampoco debes presumir que por que veas las bancas llenas de capas y levitas en tales comedias, van á verlas las personas de fino gusto. Por lo regular estas no van en esas noches, si ya no es por concurrir con algun ami-

go, ó por lo que se dice pasar el rato.

Todo eso está muy bueno, dijo Welstér; pero dejando la reforma de los teatros para los que tengan el talento y la autoridad necesaria para introducirla, yo quisiera que me dijera V. señor coronel, si será lícito ó no el frecuentarlos.

Esa pregunta se la debe hacer cada uno á su director espiritual, contestó el coronel; y seguir ciegamente su dictamen para asegurar su conciencia. Yo, hablando como padre de familia, soy de opinion que de ninguna manera puede ser lícita la frecuencia á los teatros; porque representandose en ellos dragmas buenos y malos, es moralmente imposible que dejen de corromperse los espíritus en alguno de los segundos.

A mas de esto, todos saben que los cristianos debemos obrar de tal manera que podamos ofrecer á Dios nuestras acciones y hacerlas meritorias á sus ojos, y quien será el hombre ó muger arreglada que pueda decir al Señor: *Dios mio voy todas las noches á la comedia por amor tuyo?*

Pero no tratindó ahora de una

verdadera perfeccion, á la que todos devemos aspirar, sino solo de saber si será pecado ó no ir al teatro, soy de opinion que el *frecuentarlo* no podrá menos que serlo, siquiera por el peligro á que casi con evidencia se espone el que lo frecuenta, pero no tengo por culpa ir al teatro tal cual ves, con las debidas precauciones y á cierta clase de comedias, en que mi familia, á mas de divertirse honestamente, puede sacar algun fruto moral, y siendo la de esta noche una de las mejores piasas de mi gusto. W. despues que tomemos chocolate, nos honrarán con su compañía.

Antes yo quiero, dijo Welstér, recibir esa honrra de V. y de las señoritas, porque he tomado un palco, y deseara que acompañaran á Carlota. Será como V. lo dispusiere, dijo el coronel. A poco llevaron chocolate, dulce y agua, y luego que refrescamos, nos fuimos á casa de Jacobo, y de alli al coliseo con la señorita Carlota.

Muy divertida estuvo Pudenciana en la comedia, aunque de cuando en cuando se incomodava mucho con el mor-

mullo de la gente que no les dejaba oír lo que le estaba gustando, y decia: ¿has visto papá que imprudencia y que falta de política la de esos habladores? si quieren platicar, ¿porque no se iran á una visita ó á un villar, y no aqui á incomodar á todo el mundo? ¡Bien haya la política de los ingleses, en cuyos teatros, segun me dices, luego que se levanta el telon, ya nadie habla sino en vos ¡baja! Yo la observaba con cuidado, y advertia que cuando la dejaban oír bien á cada escena mudaba de semblante; pero en la conelucion del dra ma no pudo contener el llanto.

Despues que volvimos á casa, le preguntó el coronel, que què le habia parecido la comedia? ella dijo: muy buena, papá; pero que lástima me dió Eulalia á lo último: ¡que triste, que arrepentida y avergonsada se presentó á su esposo! ¡que perdones le pidió tan sinséros! ¡con que humildad no se reconoció culpada! y que confucion no le causó la memoria de sus pasados extravios! ¡Pobrecita! yo no pude menos que llorar, al ver la seriedad con que la trató su esposo Carlos, que no hu-

hiera sido para ella tan cruel la misma muerte; porque no era una seriedad dura ni natural; era una seguedad tierna, y forzada en un marido amante y ofendido; en cuyo corazon batallaban á un tiempo el amor y la honrra.

Asi es, prosiguió el coronel: Carlos conocia la virtud de su esposa, la amaba; pero no podia sufrir sobre sí el juicio de los hombres, decidido contra él aunque con preocupacion. Había perdonado á Eulalia: él mismo prevendria las disculpas para el perdon: advertia que fué seducida incautamente: estaba satisfecho de su amor y su arrepentimiento: quisiera estrecharla entre sus brazos; pero su honor ultrajado, su mal correspondido amor con la infidelidad de su esposa se ponian en medio de los dos y no los dejaban estrecharse. ¡Que situacion tan triste para un corazon noble, sensible y enamorado como el de Eulalia!

A mi me compadeció demaciado, decia Pudenciana; pero mas lastima me daba Carlos. Este padecia, sin motivo, habiendo sido un buen marido. Eulalia padecia, pero con rason. Ella pagaba con

humillaciones vergonzosas la facilidad con que se dejó engañar por un ingrato corruptor. Sin embargo, una muger en este caso seria digna de toda compasion. ¡Ay! Dios me libre, papa, de verme jamas en la infelise situacion de Eulalia.

Este era el fruto que yo queria sacar de la comedia, dijo el coronel: A tí te ha compadecido Eulalia; pero conoces que ella tubo la culpa de las infelicidades que sufrió: advirtió que habia perdido la confianza de un buen marido, hombre de bien y que la habia amado tiernamente: reflexionó en todas las desgracias que habia echado sobre sí y sobre sus hijos, y agitada por el incesante grito de su conciencia, arrepentida de su delito no pudo en la ocasion hacer mas, sino implorar el perdon de su esposo en medio del dolor y la verguenza.

Si hubiera logrado algunos dias las constantes caricias de su infame seductor tal ves hubiera lisongeadó su delito y entretenido sus remordimientos. No tan pronto hubiera estrañado á su marido ni conocido toda la malicia de su crimen; pero lejos de disfrutar este placido sueño

por algun tiempo considerable, apenas el seductor satisfizo su pasion; cuando huyó de ella, dejandola en brazos de la miseria, de la desesperacion y de la infamia.

¡Que bella leccion es esta. hija mia, para hacerte concebir un justo horror contra el adulterio! Jamas olvides la comedia si Dios te destinare para casada: ni pienses que este pasage se queda en una ficcion del poeta, ni que es el único en su especie. Muchos han acaecido y acaecen todos los dias por este estilo. Si fuera lícito esponer sobre el teatro las debilidades de muchas casadas infieles á sus maridos, la vil correspondencia de sus seductores, la agitacion de sus espíritus, el detrimento de su honor, y los amargos dias que tienen que sufrir con sus esposos: aun cuando estos han tenido la generosidad de perdonarlas; se verian las escenas mas tristes y funestas.

Eseuchame, hija mia, con atencion: asi como las niñas doncellas horradas tratan de conservar su virginidad, asi las jovenes casadas deben conservar, á toda costa, la fidelidad conyugal, si piensan

con honor. Perdida esta virtud en la casada, no encuentra ninguna otra con que resarcirla á los ojos de su marido. La hermosura, la riqueza, la discrecion, el mugerio y las demas habilidades de que es suceptible el sexo femenino, son nada en la muger que una vez ha faltado á la fidelidad á su marido. Este si conoce las leyes del honor, por bueno que sea, verá con desprecio cuantas circunstancias tenga su muger recomendables, cada vez que se acuerde que le faltó á la fé que le prometio guardar al pie de los altares.

El adulterio es un crimen horrible, y mucho mas, cometido por parte de la muger. Todas las naciones; aun algun tanto civilizadas, han aborrecido el adulterio y mucho mas á las adúlteras. Las leyes penales que han establecido contra ellas las naciones, nos confirman en esta verdad. Casi todas son de esclavitud ó muerte: las nuestras mandan sea entregada la adúltera á disposcion del marido; pero la religion tiene modificada esta ley, y asi, habiendo queja de parte, la justicia las castiga con reclusiones temporales ó perpetuas.

¿Y no me dirás, papá, a que senten-

cian las leyes al marido en igual caso de adulterio? preguntaba Pudenciana, y su padre le contestó: segun son las circunstancias son los castigos; mas por lo regular, despues de procurar la separacion del concubinato, si la muger propia solicita divorcio, se le concede, por ser este uno de los casos de la ley. Dios dice: que el hombre que á sabiendas vive con una muger adultera es no solo nécio sino impio. Prov. 18. pero al marido se obliga á que ministre los alimentos á su muger y á sus hijos. Esta es la pena que las leyes imponen á los hombres.

Pues entonces ¿porqué es tanta crueldad con las mugeres? decia Pudenciana: ¿no es en ese caso tan delincuente la muger como el hombre? ¿no es igual el pecado? pues porque á la muger se castiga con tanto rigor y al hombre con tanta suavidad? = Por que no es igual el delito como piensas: es mas criminal en la muger, que en el hombre? = ¿Y en qué está esa mayor criminalidad? = En que el hombre solo agravia á la muger, pero esta no solo agravia, sino que infama al marido, y perjudica á la prole. = No lo en-

tiendo. = Pues yo te lo explicaré mas claro, para que toda tu vida mires con horror el adulterio.

Al contraer el Sto. sacramento del matrimonio se prometen el hombre y la muger una fidelidad mutua y eterna mientras vivan, y esta obligacion á que los dos reciprocamente se sujetan es tan estrecha, que siempre que uno ú otro faltan á ella cometen un gravísimo pecado. Oye lo que acerca de esto dice Dios en pluma de Salomon: *Horrorisate del adulterio, pues el hurto que no siempre es pecado grave, cuando lo origina la miseria y la grave necesidad del hombre oprimido de la hambre, puede ser compensado por un precio septuplicado; mas el que comete un adulterio, nada puede dar en reparacion del daño que ha causado. Cubrese el delincuente de verguezna é ignominia, cuya mancha ninguna cosa puede borrar. Pierde tambien su alma sin remedio; y el esposo ultrajado tarde ó temprano tomará venganza de su agravio. [*]*

Tal es la malicia del adulterio, pecado gravísimo ante los ojos de Dios, y

[*] Prov. 6.

que pierde las almas de los adúlteros sean hombres ó mugeres; y como que el marido y la muger se juraron recíprocamente una fidelidad eterna, como te dije, se sigue que siempre que uno de los dos falte á esta prometida fidelidad, ofende y agravia notablemente á su consorte; pero el agravio de la muger es mayor porque infama al marido, y perjudica á la prole.

Ya has advertido y podrás advertir en el discurso de tu edad que cuando una muger tiene un marido adúltero, lejos de ser infamada, es compadecida de cuantos la conocen: *¡pobrecita, de Fulanita! dicen ¡que mala vida pasa con su marido, despues que este se halla mal entretenido con Sutana!*

No se habla ni se juzga así del hombre que tiene á su lado una muger adúltera, aun cuando el ni dé lugar á ello ni lo sepa. Por lo comun este infeliz siempre entre unas ausencias cáusticas, que suelen ser peores si llega á hacerse publico el crimen de la perfida muger.

Pero ¿que grave responsabilidad tendrá esta por el perjuicio que acarrea á la prole? ¡Perjuicio enorme y cullas resultas

pueden ser irreparables!

Si una muger de estas lleva á su casa un hijo, fruto de su adulterio, ¿no conoces que aquel hijo extraño va á quitarles el pan de la boca á los propios del marido? ¿que será si hereda alguna parte de los hijos? y qué, si hereda casi el todo, como puede ser si hay en la familia algun mayorazgo vinculado? en estos casos el hijo adulterio usurpa, sin saberlo, los bienes, el título y los vínculos á los dueños legítimos del caudal. El los poseerá de buena fé; pero la responsabilidad caerá sobre la madre. Considera ¡cuanta será la turbacion, el remordimiento y la congoja de esta, especialmente en la hora de su muerte, hora de desengaños, hora terrible, y en que debe conocer toda la gravedad y reato de su culpa!

Sin duda, papá, decía Pudenciana: que ese lance debe de ser muy duro y muy pesado. Dios libre á todas de experimentar esos remordimientos. Por mi, le aseguro á V. que primero deseo mi muerte que verme en semejante caso, si es que Dios me tiene destinada para el matrimonio, y ahora conozco que con razon las le-

yes son mas rigurosas con las mugeres que con los hombres, porque estas agravian ó injurian al marido, y perjudican á la prole. ¡Ojalá todas las mugeres casadas entendieran bien estas cosas, quizá asi no se prostituirian tan facilmente!

Yo me alegro que pienses de ese modo, dijo el coronel, y apreciaré que siempre cultives esos tan cristianos y honrados sentimientos. =

Elo es cierto, papá, que las mugeres deben ser buenas para ser buenas casadas. Ya he comprendido lo que me has enseñado acerca de las obligaciones que tienen de ser amantes, honradas, fieles á sus maridos, cuidadosas de sus hijos, y económicas con su casa y familia; pero ¿qué cohque la muger sea buena, si el hombre es malo? En este caso, por mas que haga, todo andará sin orden y la muger en un martirio de por vida.

De todo esto saco que es menester mucha discrecion para elegir estado, y mucha mas para elegir marido, con quien se ha de vivir hasta la muerte. Yo quisiera que, pues me has enseñado á consultarte todo con confianza, me dieras unas

reglas para conocer á los hombres, por si estubiere de Dios que sea casada. Estas reglas me servirán de mucho, y quizás de su obsevancia pendera la felicidad de mi suerte.

El mismo interes que te dicta la pregunta, tengo yo para darte la respuesta, dijo el coronel; pero no es facil satisfacerte como quisiera: porque no lo es el señalar unas reglas seguras para el caso.

Muchos autores han tratado de prescrivirlas, y aun no faltó quien escribiese un libro con el titulo de *arte de conocer á los hombres*, título, á la verdad que promete mucho; pero que no se puede desempeñar por mas que se trabaje.

Si los hombres fuesen sencillos, si no se disfrutaran tan seguido, no fuera tan dificil conocerlos; pero tienen sus fases ó aspectos como la Luna, y las varian á cada instante, segun y como les conviene, y he aquí en lo que estriva la gran dificultad de conocerlos.

Si tu vieras á un caballero en la antecala de un grande, con el sombrero en la mano, puesto en pie, con un semblante muy alagüeño, y doblandose á fuerza de

cortecias con mas flexibilidad que el arbolillo tierno agitado de los violentos uracanes, dirías sin duda, que aquel hombre era muy atento, bien criado, afable, y humilde; pero si lo vieses despues que consiguió el empleo que solicitaba, si lo vieses digo, en su casa, lo advertirias orgulloso, sobervio, grosero, déspota é insufrible con sus subalternos é inferiores, y entonces confesarías que fué tu primer concepto equivocado. A pocas reflexiones que hagas sobre los hombres á este modo, verás que tienen distintas mascararas con que disfrazarse, y que por lo mismo es harto dificultoso el conocer á fondo su verdadero caracter. Solo un trato frecuente con ellos es el mas seguro termómetro para discernir sus legítimos temperamentos.

No obstante, te daré algunas reglas generales para que las observes, asegurandote que si no las olvidas, podrán ser muy conducentes á tu bien; pero será mañana, porque ya es tarde, y tu madre está durmiendose en la silla. Con esto se levantaron, se fueron á recoger, y al dia siguiente, á la hora de almorzar entró una criada

de doña Eufrosina, dando un recado ridiculo como suelen usarse entre tales gentes; ya se ve, que asi se los darán en muchas partes. Ave Maria santisima, decia la mosa: muy buenos dias dé Dios á sus mercedes. Que dice mi ama ¿que como está su mercé, que como le va á su mercé? ¿que como pasó la noche? que como está le señorita y la niña: que por allá está muy apesadumbrada la niña Pomposita: que aquí tiene su mercé este papel, y que á la tarde enviará el coche para acá y que no dejen de ir sus mercedes. Diciendo esto, entregó el papel á don Rodrigo, y este, presente ya su esposa, que acababa de entrar de la recamara, leyó de esta manera: *muy señor nuestro: la desgraciada Pamela falleció ayer á las seis de la mañana, y deseosa toda esta casa de manifestar el aprecio que le mereció cuando vivia, suplicamos á W y á su familia se sirvan asistir esta noche á las exequias que se le harán en la sala, en la que dirá la oracion funebre el barbilien que será algun dia don Leopoldo Arconas, cuyo favor perpetuarán en la memoria para su reconocimiento sus se-*

guras servidoras q. b. s. m. Eufrosina Contreras y Langaruto = Pomposa Langaruto y Contreras = Carlota Gomes Wellér = Maria Anselma Rubio. =

Está muy bien, dijo el coronel: di que irémos para allá esta tarde, Fuese la criada y doña Matilde deci: está bien gracioso el tal convite. Otros le visto yo mas ridiculos y con letras de molde, contestó el coronel: lo que me hace mas fuerza es la bella dispocision de tu hermana para gastar el dinero en bobrias. ¡Vea V. que cosas! Por que se muró una perrilla, armará esta noche una frasca de bayle y merendata, cuyos costos se le bajarán de treinta ó cuarenta pesos. ¡Eh! quiera Dios que no haga falta mañana ese dinero. Lo que yo siento es que nos prometen á desvelarnos y á pasar la plaza de gorriones; pero ¿como ha de ser es preciso contemporizar á veces con los prógimos, porque si nó, dicen que es uno insocial é intratable.

Si, papá, decia Pudencianita: yo de seo ir no por baylar ni por comer, sino por oír la oracion funebre en las honras de Pamela. Ello, ya me hago cargo que se-

rá una sarta de disparates; pero pasaremos el rato y nos reiremos un poco...; mas ahora que me acuerdo, papá: ¿que no me sigues diciendo lo de anoche? = No se me ha olvidado; pero será en otra ocacion, porque ahora tengo que hacer.

En efecto, acabaron de almorzar; el coronel salio para la calle: yo me despedí tambien hasta el medio dia que nos juntamos á comer, y despues de esto y de haber reposado un rato, se vistieron doña Matilde y su niña, y se previnieron para esperar el coche de la hermana, que llegó cerca de las oraciones de la noche, con mucho gusto de Pudencianita, que no veia la hora de ir á la casa de su tia para aumentar el lucimiento á las honras de Pamela, de las que se tratará en el capitulo que sigue.

CAPITULO XI.

En el que se da razon de las famosas essequias, conque honraron la muerte de Pamela, doña Eufrosina y la niña Quijotita.

Inmediatamente que llegamos á la casa mortuoria, nos sorprendimos, con el

aparato que encontramos; pues, á mas da que la sala estaba completamente iluminada y llena de gente lucida, en medio de ella estaba colocada una muy curiosa pira, en cuyo primer cuerpo que servia de zócalo ó pedestal se gravaron dos inscripciones y dos sonetos, que espresaban el sentimiento debido á la enfermedad y muerte de Pamela. En el lienzo ó costado principal se leia la siguiente inscripcion latina.

PAMELÆ.

Nobilissimi cani.

Optimæ stirpitis attavis progeniæ.

Angelopoli natæ.

Oppido Acaxeatensi educato.

Preclaris factis Merici coruscanti;

Inibique omniun lacrimis

Inmatura morte preemptæ.

Seculo XVIII. spirante.

Sua domus

Maximo merore confecta;

Munificentissimum hocce Mausoleum

In amoris monumentum peremne

Erexit.

En la frente opuesta se gravó la misma inscripcion, vertida al castellano

paraque la entendieran todos; pues aunque en este idioma no son comunes, parecia que en obsequio de una perra se debia dar principio á una moda tan importante.

A Pamela.

Perrita finísima.

Descendiente de abuelos de la mejor raza.

Nacida en Puebla.

Criada en Acaxete.

Admirada en Méjico por sus esclarecidos hechos,

Y allí mismo con universal sentimiento arrebatada por una muerte temprana.

A fines del siglo diez y ocho.

Su casa

Ocupada de la mejor tristeza

Para prueba perpetua de su amor

Le erigió este magnífico Mausoleo.

En el costado de la derecha se colocó el siguiente soneto.

*Llorad, señoras, con amargo llanto
manifestad con lutos la tristeza*

cubriendo de cenizas la cabeza,
y el semblante vistiendo del espanto.

Melancólico y lúgubre sea el llanto
conque el ayre resuene de esta pieza
y espresad que el dolor que os atraviesa
iguala la medida del quebranto.

¿No sentis de Pamela que cayendo
se encojase su tierna piernecita?
Pues sollozad, que aun lance tan horrendo.

Es fuerza que la pena le compita
con mugeriles lagrimas sintiendo
la cojera fatal de una perrita.

En el costado de la izquierda se pu-
so el siguiente

SONETO.

Muere Pamela. ¡O pena la mas dura!
corta la parca el hilo mas querido:
los filos del cuchillo enfurescido
truncan ya la que hacia nuestra ventura.

Esto la casa entera desfigura:
calla el pajar el trino repetido,
grita el loro, y el gato da un mahullido,
y se afligen el uno y otro cura.

En caso tal, según los pareceres
de sabias plumas de pasión desnudas,
aun invirtiendo el orden de los seres.

Dable era, sin pararse nadie en dudas,
que á frayles se metieran las mugeres
y los hombres á monjas calzonudas.

El segundo cuerpo lo llenaban cuatro
octavas con sus correspondientes gerogli-
ficos, espresando las principales virtudes
de Pamela, corroborandolas con ejemplos
de los perros célebres de la historia. El
primer cóstado tenia pintado una pierna
de perro, y por orla aquel testo de gramá-
tica latina: *pedibus æger*, y esta

OCTAVA.

Da la snerte que Durides al fuego
por su dueño Lisimaco se arroja,
asi Pamela sin tener sociego
da vuelta en la cornisa en que se arroja
y por ir á sus amas se cae luego,
se lastima una pierna y queda coja:
pero ó que gloria la que se granjeaba,
mientras que á cada paso mas cojeaba!

En el segundo costado se pintó un
diente con el epígrafe tomado de Virgilio,
in himine latrat, y la siguiente

OCTAVA

Si de Hilax y otros perros los ladidos
por anuncios del daño que amenaza
se miran celebrados y aplaudidos,
Elogiense Pamela, que en la casa
jama dejó á sus amos atardidos
Segun las propiedades de su raza.

Silenciosa ocupaba los umbrales,
elogios mereciéndose inmortales.

En el tercer costado se pintó una co-
lita, y por orla las palabras de Marcial:
blandeor omnibus puellis, y esta:

OCTAVA.

Sí Argo, perro de Ulises, fué famoso.
mostrando por su dueño sus conatos,
será inmortal Pamela por el gozo
que mostraba de su ama á los mandatos
su rabo, pues, aplaudase obsequioso,
sus fiestas y ademanes siempre gratos.
De su lealtad celebren la memoria
los fastos mas perrunos de la historia.

En el cuarto costado se veia pintada
una cabeza de perro con el epigrafe toma-
do de Horacio: *Mordis caput inquinet*, y
últimamente esta:

OCTAVA.

De Mera, perra de Icaro, se cuenta
que á la hija de este guió por que lo hallase:
mas por que de Pamela siempre atenta
el que mas conocia se demostrase
la gana contenia de que rebienta;
impidiendo la ropa se ensuciase,

¡Oh cabeza de tal conocimiento,
de que no se escapò el escremento!

Al tercer cuerpo adornaban cuatro dé-
cimas respirando moralidad, con relacion
á los geroglificos con sus correspon-
dientes costados, y son las siguientes.

Primer costado.

¡O tú que con paso lento
vas siguiendo tu camino,
ignorante del destino
de este triste monumento!
El pie deten un momento
y esta pierna considera
que mudamente parlera
al mismo tiempo que espanta
te enseña á fijar la planta
y librarle de cojera.

Segundo costado.

Caminante que en tu lira
ó en un burro aparejado
te pasas muy descuidado
sin ver siquiera esta pira;
tu trote deten y mira
ese diente singular
que contigo debe hablar,
seas tu el que quisieres ser,
pues quien no sabe morder,
sabe á lo menos ladrar.

Tercer costado.

Viajante que á tu caballo
metes espuela de duro,
y vas á galope puro
como el mas robusto payo:
preguntale allá á tu sayo
si esta cola debe hablarte:
creo debes aqui pararte,
aunque muy de prisa vengas
porque es difícil no tengas
rabo que puedan pisarte

Cuarto costado.

Currutaco botarate
de cascos á la gineta,
que vas tras de la retreta
con magestad de petate:
deja tanto disparate,
y humilde, rendido, atento
te pido por cumplimiento
pares el coche ó caleza,
y mirando esta cabeza,
vacies la tuya de viento.

En el cuarto cuerpo, sobre que se levantaba el último, no en la figura regular, sino en forma de basurero, para presentar el que fué sepulcro de Pamela, se pusieron cuatro epitafios en otras tantas endechas correspondientes á los geroglíficos de los respectivos costados

1.
Aquí yace Pamela,
cubierta de basofia:
si cojeas de algun pie,
espera que te manden
á la porra.

3.
Al muladar que miras
vino á dar una perra;
tu que lo eres también
con el rabo vendrás en
tre las piernas.

2
Este lugar inmundo
á Pamela contiene:
á igual se deberá ir
aquella que á cualquie
ra saca el diente.

4
Yace en un basurero
la compuesta Pamela:
basura es el adorno,
vanidad que trastorna
la cabeza.

Todos nosotros y cuantas personas allí estaban, celebrabamos el dibujo, la idea y las curiosidades de la pira; pero el coronel, luego que leyó los versos, me dijo: estas no son producciones de ninguno de los colegiales, que visitan la casa, ni menos de mi cuñada ni sobrina. Informate de quien es su autor.

No me costó mucho trabajo desempeñar mi comision, porque no faltó quien me sacara del cuidado luego luego; y así ya bien certificado, le dije á mi tutor: que quien habia ideado la pira, y compuesto la inscripcion, los sonetos y todo era el doctor don José Miguel Garrido y Vilcéc, [*] autor tambien de la oracion funebre

(*) El autor de la descripcion de la pi-

que dirá el colegial esta noche.

Siempre presumí que el autor de estos versos fuera algun literato conocido, porque hasta en los juguetes y distracciones de los sabios respiran la erudicion y la gracia. Ya deseo oír la oracion fúnebre, que me parece será un agradable jocoserio. No tardará mucho, le contesté, y en efecto, despues de un rato de buena música, se presentó sobre una catedrita el colegial destinado para el caso. Era bastante vivo, y así dió todo el lleno á la funcion, comenzando de esta manera.

ORACION FUNEBRE.

¡O crudelis Alexi! nil mea carmina curas. Virg. Egl 2. v. 6.

¡O cruel! te alejas sin que valgan nada los míos, el carmelita ni los curas. (**)
V. eg. 2. v. 6.

ra, y de la siguiente oración fúnebre fué, cuyos apellidos quedan anagramatizados en su lugar. La literatura de este benemérito ecco. es bastante conocida en ambos mundos.

[**] Este carmelita y estos eran unos eccos., visitas de confianza de la casa.

Solo con estas tiernas espresiones puede esplicarse la perdida lamentable que lloramos. En el punto que experimentamos tan terrible golpe, nos sobrecogio un súbito dolor; se esparció por nuestros semblantes el ayre lúgubre de la angustia: se convirtieron en rios de lágrimas nuestros ojos: poblamos la atmósfera de suspiros: nos desgredamos: nos dimos de bofetadas, y rasgando nuestras vestiduras, cubrimos de ceniza las cabezas.

Pero qué: semejantes demostraciones serán acaso suficientes para esplicar nuestra pena? ¿No deberiamos usar de otras mayores para llorar la muerte de la muy noble, muy esquisita y muy fina perrita doña Pamela? No, á la verdad: no era bastante detestar el hado, maldecir la fortuna, improperear las pareas y armarse de invectivas contra la guadaña de la muerte. Estas espresiones son comunes en las perdidas continuas: era necesario para singularizarnos, abanzar á mas, maldiciendo hasta el naranjo y carreta en que solia salir antiguamente el esqueleto horrible de la muerte; y aun era poco, deberiamos quejarnos asimismo de la difunta Pamela.

lla como si hubiera tenido la culpa del triste fallecimiento.

¡O tú, adolorida señora y affigida doña Pomposita, y la mas infeliz entre damas! á ti pertenece llenar la casa de gritos y alaracas, como lo has hecho, pues te toca mas de cerca la pérdida.

En efecto, el amor ardiente y correspondido de esta niña á Pamela, enlazó á ambas de tal modo, uniendolas y amasandolas, que de ellas formó de pasta un cordón que ardia á lo lejos: *formosum pastor Coridor ardebat Alexim*. La señorita tenia en su perra el dominio y sus delicias: *delicias dominæ*, y habia puesto en ella todas sus esperanzas: *Nequid sperare habebat*.

Pero descuidandose en que andubiese libre por todas partes, tauto entró en damas: *tantum inter densas*, que sufrió una horrible caída, de que no bastaron á curarla el andarla cargando, el discurrir mil remedios, ni el envolverla y ceñirla. Nada pudieron los hombres, el caeumen y las fajas: *umbrosa cacumina fag*. La embracilaban las señoras, y de ellas asida, venia ó iba: *asidue veniebat ibi*, hasta

que la dejaron en lo mas recóndito en el suelo: *hec in condita solus*. Escasó por fin el último aliento, por mas que su ama blasonaba que sanaria, y que en todas partes, en los montes, en las selvas, y en el estudio lo jactaba la enana: *montibus, et silvio estudio jactabat innanis*.

Entonces, en aquel triste momento se alborotó la casa, se turbaron los parientes, se affigió el carmelita, se conmovieron los curas, y la angustiada doña Pomposita, enclavijando las manos, volviendo á un lado y á otro la cabeza, elevando los ojos y dirigiendo á Pasos vocer, que arrebató de la boca del príncipe de los poetas, hizo resonar las paredes de la casa con estas lúgubres palabras: ¡O cruel te alejas sin que vulgan nada! los míos, el carmelita y los curas! ¡O *crudelis Alexi, mea meca carmina curas!*

Pero contengámonos, señoras; contengámonos las lagrimas en que nos obliga á desatarnos la memoria de aquel día. Después de la pérdida de Pamela no nos queda otro lenitivo que honrrar sus cenizas, sacando aprovechamiento de nuestra propia desgracia. A este fin yo vengo á la

ceros ver que su vida fué el mayor ejemplo, y su muerte el mayor desengaño. Este es el asunto y division del discurso. Para promoverlo con la magestad que exige la materia, y corresponde á la sublimidad de la naturaleza canina, son de desear lo influjos de los signos celestes de los brutos tauros, piseis, arieis y demás, para cuya consecucion es conducente la deprecacion del son de la cucaracha, cuando se dice: *safa, safa, demonio: malhaya tu estampa.*

Punto primero.

Si hubiera de elogiar á la incomparable Pamela en el estilo de los oradores profanos, yo ponderaria su calidad y finura, que la hacian preferente á los Mastines, Galgos, Podencos, Lebreles. Perdigueros, Perros de agua, Alanos, Dogos ó Iescuindles: hablaria de su patria la Puebla, me demoraria en su crianza y educacion al lado de una aya tan acreditada cual es la hermana del herrero del pueblo de Acajete, quien la acostumbrió desde su infancia á la abstinencia, y á llevar en los lomos el peso de un colchon de

arena, y en las orejas el de unos plomos: finalmente, describiria su penoso viage á esta ciudad atravesando montañas, y sufriendo las fatigas del camino hasta que en el puerto de Chalco se embarcó en la capitana [*] al mando de la famosa trágica la Jarocho, en la que navegó toda la laguna, y avistando sucesivamente al cabo de doce horas las cuevas de Mejicaicingo, Istacalco y Xamayca, dió fondo la embarcacion en el muelle del puente de la leña y saltó en tierra Pamela para servirnos de ejemplo, que es á lo que debo contraerme precisamente.

¿Cuántos no hubiera dado si su temprana muerte, acaecida antes de cumplir el primer año de su edad, no hubiera truncado su carrera en la niñez? De este modo mas puede elogiarse por lo que pudo ser, que por lo que fué. ¡Que alagüenas esperanzas las que de ella concebimos! Todos nos prometiamos, y no sin funda-

[*] Canoas especie de bote sin quilla: de estos hay muchos en un canal ó acequia que entra en Mejiço, y en ellos navegan, especialmente los pobres, á varios pueblos, pasando muchas veces por las lagunas de Chalco y de Tescoco.

mento, que en llegando á una edad adulta, sabria sentarse, pararse en dos pies, juntar las manos como quien pide, brincar para alcanzar un pedacillo de pan, abrir la boca para asestar al que se le tirase, hacer el muerto, y otras gracias que recomiendan á los de su especie, y con las que, tal vez, se hubiera hecho tan célebre como lo son en la historia Agro perro de Ulises y Durides de Luimaco: pero ¡ah! que se frustraron nuestros deseos, quedandonos el dolor del sólido apoyo en que se fundaban! Tales fueron las acciones que la visteis y con las que dió ejemplo singular.

Este era, á la verdad, el fin á que la destinó la naturaleza, al mismo tiempo que su buena suerte al servicio de una dama tan recomendable; y fuese ya por un efecto de su buena índole ó por un influjo de la superior estrella de su dueño, jamás se observaron en Pamela aquellas malas propiedades, que tanto se detestan en los de su clase. No aturdió la casa con ladridos á la entrada de cualquiera huésped, mortificando á sus amos: nunca mordió á persona alguna: no comía sino lo que le

habian, y guardó compostura y limpieza hasta en las operaciones precisas de la naturaleza. Puede decirse que tenia dientes y no mordía, lengua y no ladraba, boca y no comía y.... que se yo de que frase oportuna usaré para decir que ninguna cosa ensució jamás. Su ama misma encaecía esta circunstancia hablando con doña Pudencianita. Nunca, decia: nunca manchó mi ropa ni mi cama. No creas que hacia perjuicio: es nulo, prima, que nunca lo daba su excremento. *Nullum prima dabit excrementum.*

¿Y que dire de las acciones positivas que os enseñaba la sumision, la obediencia, el agrado y la docilidad? Acudia con prontitud siempre que se llamaba por su nombre, de cuya sumision la resultó la obediencia: no salia de la pieza en que se ponía; su colita parecia un sacudidor ó mosquetero, segun la batia, enarbolandola como arco á la presencia de sus amas para gratificarlas, y manifestó su docilidad, confederandose con el gato y enlazando con él la mas estrecha amistad. ¿Cuándo se ha visto ejemplar semejante? La especie en que mas viva con que significamos una enemiga.

ga mortal entre los hombres es decir que *andan como perros y gatos*: pues Pamela fué siempre superior á estas preocupaciones desde su niñez, haciendo migas con el gato, y como se espresa de la infancia diciendo: *cuando andabas á gatas*, de ella deberá decirse: cuando andava á gato ó con el gato.... ¡Que panegirico!

Pero fué mayor el que mereció por su paciencia en las enfermedades, enseñandoos con ella á sufrir las vuestras. Su debil y delicada complecion enfermiza, siempre la hacia adolecer, y la proporcionaba dar aquel ejemplo. Llamo por testigo de esta verdad á su ama deña Pomposita, que inflamada de una ardiente caridad de S. Lazaro, la atendia y la serraba, pudiendo por lo mismo, en su elogio esclamar con Hipócrates en sns aforismos: que aplicada, joven continuamente sana. *Que applicata juvant, continuata sanant.*

Aqui no disimularé el unico defecto de Pamela, porque no falte el sombrío en su hermosa pintura. Comensaron á levantarse las sospechas de que pretendia casarse con un Perrillo de inferior nacimiento. Los idicios eran vehementes, y la

casa toda se hallaba consternada al considerar iba á manchar su noble y esclarecida prosapia con tal abatimiento. Pero si fué capáz de abrigar deseos tan plevelos, tuvo la sublimidad de vencerse y de no llevarlos al cabo.

Despues que se averiguó la materia, y se encontró no ser juicio temerario el que corria, se opuso su ama y frustró tan detestable matrimonio, armandose con la pragmática prohibitiva de los casamientos desiguales, impidiendo toda comunicacion con el atrevido y mal aconsejado Iscuintle, (*) que la inquietaba, y protestando que por embarasar tal enlace, mas bien se envejeseria y convertiria su virginidad en orejon.

Vosotras, las que habeis dado tan singular narracion, y á quienes las dirige mi fervorozo zelo, os la debeis proponer como dechado, no en vuestras almachadillas, sino en vuestras mentes: no para vuestras costuras, sino para vuestras acciones. Jupiter soberano os ha manifestado visiblemente que destinó á Pamela para vtro. ejemplo

[*] Iscuintles en idioma mejicano significa: perros ruines.

Ella era flaca como doña Pomposita: enferma de las piernas como doña Eufrosina: de salud endeble como doña Matilde: aflusionada como doña Carlota: lagañosa como la tía doña María: chaparra como doña Adelayda y perra como todas.

Deban pues, esforzarse á imitarla cada una en aquella cualidad que la es mas conveniente. Doña Matilde, en sufrir las enfermedades sin desesperacion: doña Pudencianita en la sumision sin bachilleria: doña Carlota en la paciencia sin pachorra: doña Pomposita en el agrado sin zalameria: doña María la beata en la conservacion del doncellazgo; pero sin sambitatería, y todas en la finura; pero sin perrera; porque, á la verdad, solo lo bien obrado es lo que se saca de esta vida: todo lo demás tiene la misma substancia que el humo, que en el viento se desvanece, y pasa con la misma rapidéz que la brillante luz de los relampagos. La muerte de Pamela fué el mayor desengaño en este punto, que es el segundo de mi perruna oracion.

Punto segundo.

Yo bien sé que la vida no es sino un

viage para la muerte, ó un dorado coche. en que bonitamente y sin sentir, vamos caminando á ella. El tiempo es el coche-ro: el tronco de caballos que lo tiran, blanco el uno y el otro negro, son el dia y la noche: la infancia, adolescencia y demás edades, son las jornadas: los plácères del mundo, ventas en que tomamos algun descanso: las enfermedades son las cuestas y desvanes, en que se presipita este coche para llegar mas breve: las canas son el polvo del camino que emblanquece el pelo: las rugas, efecto del calor y fatiga que consume el humido: la coreoba é inclinacion del cuerpo con el arrastrar de pies, denotan el cansancio porque se ha andado ya mucho: la agonía es la garita del pais tenebrozo: la sepultura es la posada, y todas las cosas que nos rodean, son pregoueros que nos recuerdan ácia donde caminamos. Tal es el deshojarse las flores, tronchar una hacha cortante aun los mas empinados ocotes, desplomarse los mas sobervios edificios, y girar los rios al sepulcro de los mares y aun el sol y planetas á su ocaso.

Sé bien todo esto; ¿pero es posible

que habia de ser aun, mas breve la vida de Pamela, y que este astro luminoso habia de padecer eclipse casi en su mismo oriente? Por su pronta carrera me parecio Cometa; aunque yo nunca la reputé por tal, no obstante tener cola, porque comia. Pero lo cierto es que duró tan poco su luz que ni aun con los cometas pudo compararse. Con razon hablando su ama con su querida prima doña Pudencianita, usurpada la sentencia del juriscónsulito. Dime ¿que cosa será su termino de comparacion? ello es, decia, ello es sola lo que puede la vela *ejus est nolle qui potest velle*.

Dispensemonos describir menudamente aquellos últimos dias en que la vimos padecer, y sobre los que escige nuestro dolor, aun resiente, echar prontamente un velo. Aun no olvidais que andando por los bordes del corredor, y llamandola á este tiempo, al dar la vuelta, cayó abajo, que se encojó y la resultó una apostema en la cabeza: que de dia en dia se fué estenuando y enflaqueciendo hasta poder servir á una costurera, porque parecia aguja que comenzó á arrojar materia por to-

das partes, y que, dando la mas cruel penitencia á todas las narices vecinas, escaló un pestifero hedor y con él, el último aliento, dejando á las señoritas igualmente consternadas por su pérdida, como por la prueba que en ella palparon de lo caduco de las cosas mundanas.

¡Ay de mí! que apenas puedo sostenerme al recordar tan funesto catastrofe. Un nudo en la garganta me embarga las voces, y el corazon parece que se arranca para derretirse en lágrimas amargas con estos recuerdos dolorosos. Yo mismo veo con estos ojos con que veo á la venerable tia Maria, la hermosura de Pamela convertida en podredumbre: su losanía en languidez: su genio festivo y plentero en tétrico y abatido: sin gracia sus ojos: sin accion todos sus cuatro pies, y aquel cuerpo que las damas abrigaban en su regazo, arrojado por asquerozo en un sotano cuando enfermo de gravedad, y despues de su muerte en un muladar. Este fué su túmulo, su mausoleo y tal su último paradero.

Y si este es el fin del animalillo predilecto, estremescanse los demas, que sir-

ven de diversion á las damas y á los niños, y esperealo aun mas desastrado á vista del que experimenta el preferido entre todos. Ninguno á la verdad, es acreedor á mejor suerte. No el pajarito, que solo deleyta el oido, y á quien no se hace mas cariño que meterle alguna vez la maza en el pico y tocarle blandamente la cabecita, aunque haya una docena de canarios ó doce amarillos que silven. *Doces, Amari- lida silvas.* No el Loro, á quien no se hace mas aprecio que darle una sopa porque nos divierta, preguntandole su estado como si fuera á confesarse, ittem con su verba ecsáltandole la bilis, *item verba lia in bilis.* No el gato que solo entretiene arrastrandole un papel ó rodandole una bolita, por lo que solo se le honra con andarle por el lomo; pero no se pone á comer en la mesa, sino que se le dan migas en el suelo: *dat miscenit solum.* No el mono, de cuya cercania se huye, y solo agradan á lo lejos sus ademanes, gesticulaciones y maromas, ó que hagan titeres con las patas: *Titire tu patulæ.* No en fin, los que recrean con harto sacrificio suyo, como la mosca clavada con un popo-

te para que imite el ejercicio militar: el ratoncillo asido de la cola con un hilo para verlo correr sin que pueda escaparse: el mayate cubierto de cera, figurando un mono con movimiento y el murcielago afianzado de las alas para que chupe un sigarro.

A todos estos son superiores los perros por su lealtad, por sus conocimientos, por sus fiestas, y por sus innumerables gracias, dignos por lo mismo de las mayores atenciones, hasta dormir en una misma cama con sus dueños, y que las damas los equiparen á los de su especie. Pero entre todos se hará un lugar muy preferente la incomparable, archirrequintin, proto-perrita, que ha sido el objeto de mi oracion y cuya perdida os desengaña de que no debeis engreiros en cosa alguna de esta vida, supuesto que os ha faltado la que mas amabais.

¿Porqué, Pamela, jó querida y amada Pamela! porqué te alejas de nosotros? ¿Adonde te has ausentado sin dejarnos la esperanza de volver á verte? ¿Por ventura, envidioso el firmamento te ha arrebatado para añadirte á su toro, escorpion,

pescado, y carnero, formando de ti una nueva constelacion? ¿Has subido à agregarte al can celeste, ó te has introducido en la canicula? ¿Has descendido à acompañar al cancerbero, ó al abismo de las aguas, ó con el can marino? ¿Te has ido à la Tartaria con su gran Kan, ó con los perros de los moros? ¿Acaso con los canes de las vigas, ó bien al pais de los canes, que juzgo serán las Islas Canarias?

Pero ¡ay de mí! que en ninguno de estos lugares hemos de encontrarla. Ella sin duda se ha remontado al mas solitario cual es el nihilopotis porque no ignoraba la grave sentencia del Nebricence, que la hembra sola reposita: *quæ femina sola reposit.*

Esto, señoras, sirva de lenitivo à vuestra pena, ya que para mayor desengaño. carecisteis aun, del consuelo de heredarla, repartiendo entre todas sus miembros. ¿Que dulce os hubiera sido que hubiera dejado su pescuezo à doña Pomposita, sus dientes à doña Eufrosina, sus bigados à doña Matilde, su espinazo à doña Pupencianita, su colita fiestera à doña Carlotita, y sus ojos con su menudo entero

y relleno à la tia doña Maria!

Pero ya que no logristeis esta dicha, permita el dios Pan, que lo es de los pastores y por consiguiente, de los perros. ó bien Anreor ó la deidad sea la que faere, que preside à tan noble especie, y de cuya alta dignidad protesto à la faz del mundo no ser mi ánimo degradarla: permita, vuelvo à decir: que para reemplazar la perrita que llorais y amabais como à vuestros ojos, os nascan en ellos innumerables perrillas; que quando vayais à la Iglesia, el perrero sea lo primero que os encuentre: que no hagais jamás sino perrerías: que todas vuestras enfermedades se os emperren: que porque tengais quanto pertenece à los perros, no os falte ni la rabia, y que por fin, como tan conforme à vuestros génios, paseis el resto de vuestros dias en una vida perruna. Esta os deseo. =

Aqui dió fin el orador, que no podia negar haber estado su oracion de los perros. La gracia con que la dijo, le granjeó bastantes aplauzos y galitas; pero los inteligentes no cesaban de dirigir sus elogios al autor, que era quien en realidad los merecia, pues el que predica un ser-

mon soplado, no tiene mas mérito que el de trompa cuando suena con el viento que le introduce el músico.

Unos ponderaban el chiztoso estilo de la oracion: otros la estravagante y graciosa aplicacion de los textos: aquellos la erudicion y tropos retóricos que la adornaban: estos, las comparaciones y deseos ácia las señoras de la casa, y todos la moralidad que respiraba una pieza jocosa y por su naturaleza esteril.

Asi que paró el fervor de las primeras alabanzas, se siguió el refresco, como en todo pesame, porque ya se sabe que los duelos con pan son menos, y si Pamela hubiera sido rica y hubiera dejado su caudal á sus amas, entonces ¿que tal hubieran sido sus essequias? no habria funcion júbilo ni carnaval con que haberlas comparado; porque los duelos con dinero no son duelos, sino gozos, contento y alegría para los herederos.

Finalizado el refresco, se siguió el bayle, que duró hasta las tres de la mañana, segun supimos, porque el coronel se retiró á las diez con su familia.

Nadie pudo negar que tuvo un rato divertido; pero el coronel que no se des-

cuidaba en instruir á su hija sin ayre de leccion, decia en el coche: vaya, que hemos tenido una noche bien alegre a costa de mi hermana. Ella ha quedado hasta ahora medio bien, porque del todo jamás se queda bien en estas frascas. Pero en fin, la han alabado, y ha lucido el taco y gastado el dinero, á pretesto de la muerte de una perrita.

No, no habra bajado el costo de la fiesta de ciento ó mas pesos. Estos desperdicios, hija, se lloran en las casas y estas risas se convierten en lagrimas de los pobres herederos despues de que fallece el principal. Yo no repruebo algunas diversiones lícitas y moderadas, ni menos alabo la miseria ó la mezquindad; pero tampoco aprobaré una desicion general por toda clase de placeres como es la de Eufrosina. Para ella nada hay malo como sea fiesta, y cuando no las hay, ella las hace con cualquier motivo como esta noche. ¡Eh! quiera Dios, quiera Dios que nuestra sobrina no apetezca algun dia lo que esta noche ha tirado su madre.

Con estas conversaciones llegamos á casa, se dispuso la cena, cenamos y nos fuimos á recoger hasta otro dia. (FIN.)

INDICE.

DE LO CONTENIDO EN ESTE TERCER TOMO.	Pagina.
PROLOGO	1
Capítulo I. <i>En el que se refiere el alegre día de campo que tubieron todos en la huerta del cura de Tucuvaya y se comienza la triste historia de Carlota de Welster</i>	1
Cap. II. <i>Welster resuelve incorporarse á la Iglesia Católica; hace un análisis de los fundamentos mas sólidas de ntra. religion: recibe el bautismo y va á la Habana á negocios de comercio.</i>	27
Cap. III. <i>Descubre Adelayda los amores de Carlota á su padre, se indigna este, y la hace recibir por fuerza el habito de monja: pasa el año del noviciado y llega la Welster vispera de la profesion.</i>	46
Cap. IV. <i>En el que se concluye la historia de Carlota.</i>	76
Cap. V. <i>Discure el Coronel sobre el estado religioso, y comienza á instruir á su hija acerca del matrimonio.</i>	96
Cap. VI. <i>En el que se refiere la con-</i>	

ferencia de Pomposita con una amiga suya y el solemne modo con que los colegiales le pusieron por nombre Quijotita. 118

Cap. VII. <i>En el que se cuenta una conversacion que tubo el coronel con su sobrina Pomposa, y la gran colera que hizo esta, cuando supo que le habian puesto Quijotita</i>	135
Cap. VIII. <i>Tan pequeño como interesante á los que lo leyeren</i>	154
Cap. IX. <i>En el que se trata de la historia de Iréne</i>	160
Cap. X. <i>En el que continua la historia de Iréne</i>	188
Cap. XI. <i>En el que se da razon de las famosas exsequias con que honrraron la muerte de Pamela Doña Eufrosina y la niña Quijotita.</i>	213

FIN DEL TOMO TERCERO.

PQ7297

F37

Q8

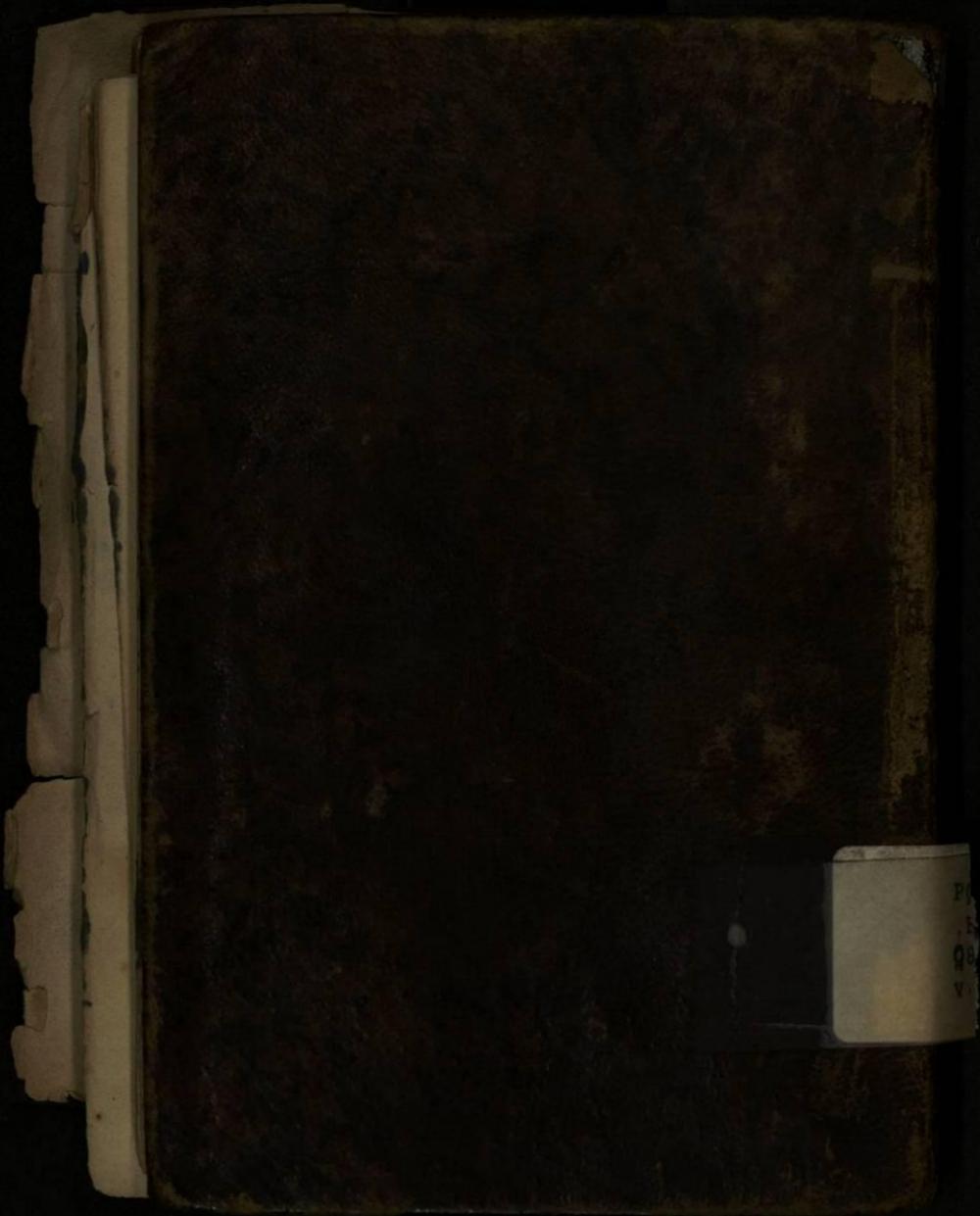
V.3

CAP. 14643

^{AUT. 198}
FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José J.

TÍTULO
El periquillo sarniento

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.M.L.



P
Q
V